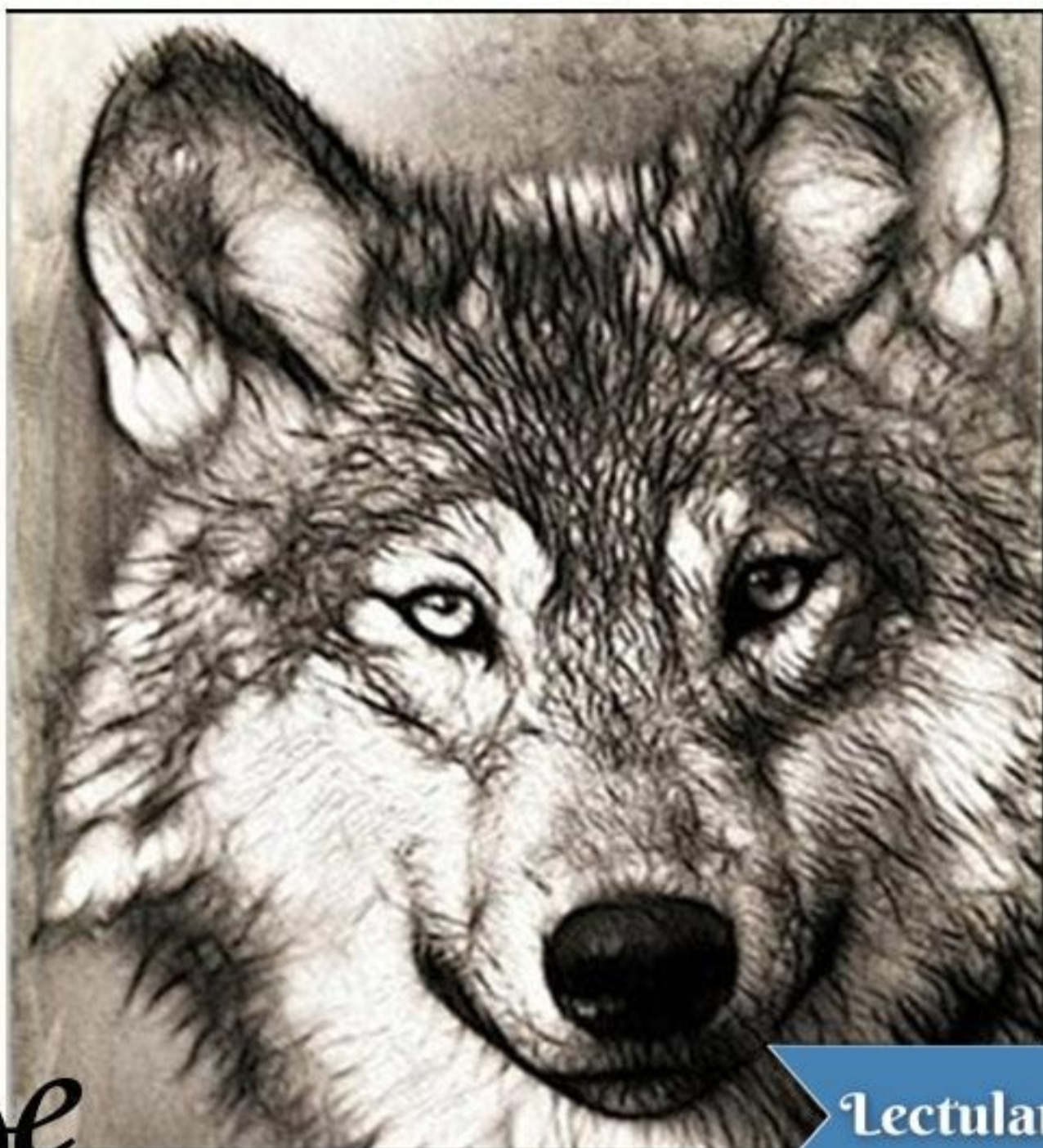


# JAMIES O. CURWOOD

## **Bari, hijo de Kazán**



se

Lectulandia

*Baree, hijo de Kazan* es una historia sobre un cachorro de perro-lobo salvaje engendrado por el *Kazan* y *Lpba Gris*. Esta historia es sobre la supervivencia de Bari, aún cachorro, al separarse de sus padres. Después de muchos sucesos donde se relata con gran detalle la vida salvaje en aquellos páramos, se encuentra con *Rama de Sauce* y su padre *Pierrot*, un trampero...

La novela fue llevada al cine como *Baree, Son of Kazan* (1918), protagonizada por Nell Shipman como *Rama de Sauce*. En 1925, David Smith rehizo una reposición con Anita Stewart.

**Lectulandia**

James Oliver Curwood

# **Bari, hijo de Kazán**

ePub r1.0

Titivillus 15.03.2018

Título original: *Baree, Son of Kazan*  
James Oliver Curwood, 1917  
Traducción: Th. Scheppelmann

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prefacio

Desde la publicación de mis dos obras «Kazán» y «El rey de los osos», he recibido tal número de cartas de aficionados a los libros que relatan la vida de los animales salvajes, todas pidiéndome detalles sobre ellos que me siento animado a consignar aquí, en el prefacio de la tercera de mis obras de este género, «Bari, hijo de Kazán», algo acerca de mis pretensiones al escribir novelas de esta especie.

Siempre me han disgustado las novelas escritas en un tono doctoral. Es como poder un dogal al lector confiado para arrastrarlo por los caminos que a lo mejor le desagraden. Mas si el relato de ciertos hechos reales es capaz de producir determinadas impresiones en la mente id lector, el caso es distinto y no otra cosa me propongo al escribir obras de este género. El pueblo norteamericano no es, hi ha sido nunca, amigo de la fauna en el natural estado de salvajismo, pues siempre que se ha puesto en contacto con la Naturaleza, lo ha hecho rifle en mano.

Mas ¿qué derecho —me preguntará el lector— tienes para quejarte de ello, tú que has sido un verdadero asesino de esa fauna? Ninguno, lo confieso. Poseo veintisiete armas de fuego y las he usado todas. Soy culpable de haber exterminado más animales de los que pueden haberme correspondido, mas ello no me ha servido sino de lección, pues he llegado al convencimiento de que si todos los individuos de la especie Humana, sin distinción de sexos ni estados, conociéramos la vida de las aves silvestres y los animales salvajes, nadie dudaría de que éstos poseen un corazón que late como el de nosotros y que tiene el mismo derecho a latir que el nuestro. Ver un pájaro que canta posado en una rama no significa gran cosa; pero vivir durante una estación entera con él, estar junto a él en la época del celo, en la del apareamiento y en la cría, y llegar a comprender sus penas así como sus alegrías, representa mucho. En este libro, así como en los otros dos que he citado, no he pretendido sino descubrir la vida de los animales silvestres que conozco, respetando en absoluto la verdad. Para llegar a amar a los animales salvajes y a perder nuestra afición a exterminarlos, es preciso conocer su vida verdadera, real, sin artificios de ninguna especie. Sus vidas, los hechos que constituyen sus vidas son tan novelísticos y tienen a veces una fuerza dramática tal, hay en ellos tantas cosas que los hacen semejantes a nosotros, que el biógrafo de animales no necesita apartarse un punto de la verdad para despertar un interés apasionado en el lector.

Por fin, después de haber abusado de la paciencia de éste, llego a las cuatro palabras que deseaba decir acerca de *Bari*, el héroe de este libro. *Bari*, en resumidas cuentas, es otro *Kazán*. Porque fue a *Kazán* y no a *Bari* al perro que hallé del modo que describo en este libro... a *Kazán* el perro feroz, dispuesto siempre a matar y con: el cual di casualmente en el preciso instante en que: su amo iba a matarlo de un tiro.

Juntos recorrimos muchos millares de kilómetros a., través del país norteño, siguiendo pistas que conducían a la Gran Estopa, hacia la bahía de Hudson, hacia el Ártico. *Kazán*, el perro feroz y asesino, casi un lobo, fue el mejor amigo irracional que tuve en mi vida. Murió cerca de Fort Mac-Pherson, situado a orillas del río Peel, y allí está enterrado. *Bari* es hijo de aquel perro y de *Loba*. *Gris*, la loba de pura raza. Rama de Sauce, la protagonista de esta novela, vive aún cerca del Lago de Dios, que es donde habitó siempre con su padre. En esta región fue donde, durante tres meses de holganza, observé: los hechos y la vida de la Ciudad de los Castores y emprendí algunas expediciones de pesca con el oso negro que conocerá el lector en este libro. Algunas veces me: he preguntado si el viejo *Diente Roto* no se daría cuenta de que contribuí a que la vida en la colonia de castores; que él regía no fuese alterada por nadie. Aquélla era la; comarca en la cual Pierrot preparaba sus trampas; y a Pierrot, padre de Rama de Sauce, regalé mi mejor rifle a cambio de su promesa formal de que no molestaría a mis amigos los castores, por espacio de dos años, promesa que me bastó, porque las personas de la raza de pierrot cumplen su palabra. El oso negro, el gran amigo de Bari ha muerto ya. Murió tal como describí en un callejón sin salida, mientras yo, paseando, me alejaba de la Ciudad de los Castores. Nos habíamos hecho muy buenos amigos y sentí mucho su muerte. La historia Pierrot y la de su esposa, Wyola, que poseía sangre de príncipes, es absolutamente cierta; están los dos enterrados uno junto a otro, bajo el alto abeto que había al lado de su cabaña. El asesino de Pierrot, en vez de morir como digo en la obra, pereció al tratar de alejarse hacia el Oeste, huyendo de la persecución de la Real Policía Montada. La última vez que vi a *Barí* estaba en la factoría de Lac-Seúl, en donde me alojó su encargado William Paterson; y las últimas noticias que tuve de éste las recibí por medio de mi buen amigo Frank Aldous encargado de la factoría de White Dog, el cual me escribió hace semanas diciéndome que había visto recientemente a Rama de Sauce, a su marido y a *Barí*, y que la felicidad de que fue testigo en aquella vivienda situada en lo más remoto de la selva, le hizo comprender la tristeza de su estado de soltero. Lo siento por Aldous. Es un inglés lleno de juventud y simpatía, que no tiene afectos de ninguna clase. Procuraré casarlo. Recuerdo ahora a una muchacha, hija de un cazador de zorras, que habita cerca de la Gran Estepa, muy linda y educada en una escuela de padres misioneros. Y como Aldous me acompañará en mi próximo viaje, tal vez tenga que decir algo de estos dos jóvenes en el libro que ha de publicarse después de «*Barí, hijo de Kazán*».

James Oliver Curwood

Owosso (Michigan), 12 de junio de 1917.

# Capítulo I

Para Bari, por espacio de muchos días a partir de su nacimiento, el mundo no fue más que una oscura y dilatada caverna.

Pasó los primeros días de su Vida en lo más profundo de un refugio formado por un montón de troncos caídos, j Allí su madre ciega, *Loba Gris*, había encontrado seguro cubil. *Kazán*, su padre, aparecía en él sólo de cuando en cuando, ostentando sus ojos de fosforescencia verdosa. Los ojos de *Kazán* fue lo primero que hizo comprender a Bari que existía algo más que su madre, al mismo tiempo que le proporcionaron la revelación de que poseía el sentido de la Vista. Experimentaba las sensaciones del tacto, del olfato y del oído, pero en aquella oscura guarida que formaban los troncos caídos no experimentó las de la vista hasta que tuvo ante él los ojos de su padre. De momento le atemorizaron, luego le produjeron extrañeza y, finalmente, su miedo se transformó en inmensa curiosidad. Los miraba con gran atención, pues le interesaba extraordinariamente ver cómo desaparecía aquel extraño brillo verdoso, cosa que ocurría cuando *Kazán* volvió la cabeza a un lado, para reaparecer súbita e inopinadamente. Tan rápidas eran estas apariciones que *Bari*, instintivamente, buscaba el cuerpo de su madre, la cual se echaba a temblar de un modo extraño siempre que *Kazán* entraba en la guarida.

*Bari*, como es natural, nunca conoció su historia. Jamás supo que *Loba Gris*, su madre, era una loba de pura raza: y *Kazán*, su padre, un perro. La naturaleza no dejaba de realizar en él la obra maravillosa del perfeccionamiento de su comprensión, pero siempre con ciertas limitaciones, *Bari* llegó a saber que su madre era ciega, pero nunca que esta ceguera fue causada por un linco con el que entabló terrible lucha. La Naturaleza nada podía decirle de la venganza que *Kazán* tomó del linco, de los años maravillosos de su apareamiento con *Loba Gris*, de su mutua lealtad, de las extrañas aventuras que corrieron en la gran extensión selvática del Canadá...

Aunque era tan hijo de *Kazán* como de *Loba Gris*, durante los primeros días de su vida sólo existió para Bari su madre. Ya se habían abierto sus ojos, ya había advertido que tenía patas, gracias a las cuales podía andar dando tumbos por la oscuridad, y nada existía aún para *Bari*, exceptuando a *Loba Gris*. Cuando fue bastante crecido para poder jugar con ramitas, con algunos tallos de hierba y con el musgo a la luz del sol, aún ignoraba cómo era su madre, únicamente sabía que era muy grande, suave y cálida, que le lamía la cara y le dirigía cariñosos gemidos, los cuales, al fin, tuvieron la virtud de hacerle proferir a él el primer ladrido, un ladrido débil e inseguro.

Y llegó el día maravilloso en que las verdosas bolas de fuego en los ojos de *Kazán* fueron acercándose al cachorro, aunque no sin cierta precaución. Hasta entonces,

*Loba Gris* no le había permitido aproximarse, pues la soledad era la primera de las leyes de su raza en los días inmediatos al nacimiento de los lobeznos. Un gruñido de su garganta bastaba para que *Kazán* se detuviese. Mas aquel día no se oyó el gruñido de la madre, sino un leve gemido expresivo de alegría y emoción, al cual contestó *Kazán* con otro plañido semejante.

Todavía despacio, como inseguro de lo que iba a hallar, *Kazán* se aproximó a la madre y al hijo, y éste se acercó más a la primera. *Bari* oyó como *Kazán* se dejaba caer pesadamente al suelo junto a *Loba Gris* y no sintió miedo alguno, sino una extraordinaria curiosidad. *Kazán*, que también estaba intrigado, husmeó en la sombra y, al sentir en su hocico el contacto del cachorro, sus orejas se enderezaron: Poco después *Bari* empezó a moverse y se separó un tanto de su madre, lo cual alarmó a ésta, pues, dominada nuevamente por su instinto lobuno, comprendió que ello era un peligro para *Bari*. Sus hocicos se contrajeron dejando al descubierto los dientes y su garganta tembló, aunque sin producir sonido alguno. En cambio, a cosa de dos metros de distancia, se oyó un gemido infantil y los chasquidos de la lengua acariciadora de *Kazán*. *Barí* experimentó una gran emoción porque acababa de encontrar a su padre.

Esto sucedió en la tercera semana de la vida de *Bari*. Había cumplido éste dieciocho días, cuando *Loba Gris* permitió a *Kazán* conocer a su hijo. De no haber sido por su ceguera y por el recuerdo de los tristes sucesos de la Roca del Sol, donde el lince destruyó sus ojos; *Loba Gris* hubiera dado a luz a *Barí*, a la intemperie y las patas de éste se habrían vigorizado antes. Conocería ya la luna, el sol y las estrellas; sabría lo que significaba el trueno y habría visto cómo algún rayo iluminaba el cielo. Mas al no haber salido de su cubil, a causa de la circunstancia expresada, no había podido hacer otra cosa que tambalearse a corta distancia de su madre y lamer con su roja lengüecita los pelados huesos que encontraba en su camino. Muchas veces lo habían dejado solo, pues frecuentemente su madre se marchaba cuando la llamaba *Kazán*, y nunca había sentido la tentación de acompañar a la que le dio el ser hasta el día en que la enorme lengua fría de *Kazán* acarició su rostro. En aquellos maravillosos segundos la Naturaleza obró en el cachorro un gran cambio, pues su instinto adquirió de pronto un pleno desarrollo, y cuando *Kazán* salió dejándolo solo en la obscuridad, *Barí* gimió para expresar su deseo de que volviese, de la misma manera que gemía a su madre cuando lo abandonaba para acudir a la llamada del macho.

El sol brillaba en el cénit, iluminando el bosque, cuando un par de horas después de la visita de *Kazán*, *Loba Gris* salió del cubil. Entre el nido de *Barí* y la parte superior del montón de troncos que constituía el cubil, había tal vez un espacio de diez metros lleno de ramas rotas y confusamente mezcladas, que no daban paso a un solo rayo de sol. Mas la negrura de aquellas tinieblas no podía asustar a *Barí*, porque éste aún no sabía, que existía la luz. Es más, sería el día y no la noche eh que le causaría la primera sensación de terror. Así, temerariamente y dirigiendo a su madre un débil ladrido para que le aguardase, se fue tras ella. Si *Loba Gris* lo oyó, no le hizo



caso alguno, y el ruido de sus uñas sobre los troncos se perdió en la distancia.

Aquella vez *Barí* no se detuvo ante el tronco de veinte centímetros de diámetro que antes le impidiera avanzar en aquella dirección. Se encaramó en él y rodó por el lado opuesto. Más allá estaba lo desconocido y se aventuró valerosamente hacia ello.

Empleó bastante tiempo en recorrer los primeros veinte metros. Traspuso un madero desgastado por las patas de *Loba Gris* y de *Kazán* y, deteniéndose de vez en cuando para llamar gimiendo a su madre, se alejó cada vez más en la dirección que seguía. A medida que avanzaba, iba advirtiendo como las cosas cambiaban a sus ojos. Hasta entonces no había conocido más que la obscuridad y ahora parecía que las tinieblas se fueran diluyendo en extrañas formas y sombras. Una vez observó el brillo cegador de la luz de un rayo de sol, y se asustó tanto que se echó al suelo y permaneció un instante inmóvil, luego siguió adelante. Un armiño se deslizó por debajo filé él. Oyó el leve roce de las patas de una ardilla y un curioso ruidillo que no se parecía a ninguno de los sonidos que producía su madre. Se había extraviado.

El tronco del árbol, sobre el cual avanzaba, ya no estaba en posición horizontal, sino que subía a confundirse con el caos de ramas de la parte superior del antro, haciéndose cada vez más espeso. Gimió y husmeó buscando en vano el rastro de su madre. Por fin llegó al extremo del tronco y perdió el equilibrio. Al caer profirió un grito de terror, pues la altura del tronco resultaba para él inmensa. Su cuerpecillo chocó primero con varias ramas y cuando por fin dio contra el suelo, apenas podía respirar del susto. No obstante, se puso inmediatamente en pie y, deslumbrado, cerró los ojos. Una nueva sensación de terror lo dejó clavado en el suelo. El mundo entero había cambiado instantáneamente para él. Todo estaba inundado por un torrente de luz solar y adondequiera que mirase veía cosas extrañas. Pero lo que más espanto le causó fue la luz del sol. Aquélla fue la primera impresión que tuvo del fuego y sintió en los ojos un dolor lancinante. Habríase vuelto al cubil, donde reinaba una oscuridad tan grata, pero en aquel momento apareció *Loba Gris* seguida de *Kazán*. Alegrementemente, la madre acercó su hocico al cachorro y *Kazán* movió caninamente la cola, cosa que también acabaría *Barí* por hacer, puesto que no era más que mestizo de lobo, y en su naturaleza había algo de perro. *Barí* trató de mover la cola, y *Kazán* debió advertirlo, pues se sentó sobre sus ancas emitiendo un ahogado ladrido de aprobación.

Y es indudable que, de haber podido hablar, hubiera dicho a *Loba Gris*:

—Por fin ha salido a la luz a la luz este pillastre.

Aquél había sido para *Barí* un gran día. Pues en él realizó dos grandes descubrimientos, el de su padre y el del mundo.

## Capítulo II

Mundo por cierto maravilloso, solamente habitado por animales salvajes y henchido de un inmenso silencio. La factoría más próxima de la Compañía de la bahía de Hudson se hallaba a más de ciento cincuenta kilómetros y el primer poblado de la civilización a unos quinientos, ambos en dirección al sur. Dos años antes Tusoo, el cazador *cree*, ejercía su dominio en aquella comarca que había heredado, de acuerdo con las leyes del bosque, de sus antepasados. Su propiedad había ido transfiriéndose de generación en generación, mas ahora carecía de propietario, pues Tusoo era el último vástago de aquella estirpe y había muerto de viruela al mismo tiempo que su mujer y sus hijos. Tampoco ningún otro ser humano había llegado a aquella comarca desde que muriera su dueño, y los lince, alces y renos habían podido multiplicarse sin temor a la escopeta o a la trampa del hombre. Los castores construían sus colonias sin ser molestados por nadie y las huellas de los osos negros eran tan abundantes como la de los venados más hacia el sur. Y donde antaño las trampas y los cebos envenenados de Tusoo restringieron la multiplicación de los lobos, ya no había la menor amenaza para aquellos parias de la selva.

Tras el sol de aquel maravilloso día aparecieron la luna y las estrellas, ofreciendo a Bari la primera visión de una noche verdadera, Era una noche espléndida. La roja luna llena navegaba por encima de los bosques inundando la tierra de una nueva luz que Barí consideró más suave y agradable que la del sol. Ahora imperaba en él su naturaleza de lobo y experimentaba una gran desazón. A la luz del sol había dormido, mas no podía hacerlo de la misma manera bajo el resplandor de la luna. Husmeó Inquieto alrededor de Loba Gris que estaba echada y, con la hermosa cabeza en alto, escuchaba los ruidos de la noche y los ladridos de Kazán que se había ido de caza.

Mientras andaba Barí por los alrededores del cubil, oyó tres o cuatro veces un suave ruido muy cerca de su cabeza y en una o dos ocasiones vio como una sombra gris cruzaba el espacio. Eran los enormes búhos del Norte que descendían para examinarlo. Si Bari hubiera sido un conejo y no un cachorro de lobo cruzado de perro, su primera noche bajo la luna y las estrellas habría sido también la última de su vida; porque al revés del conejo, no era cuidadoso y prudente. Por otra parte, Loba Gris no lo vigilaba mucho. El instinto le advertía de que en aquellos bosques no había para Barí más peligro que el de la proximidad del hombre. Por las venas del cachorro corría sangre lobuna, y respecto a los animales era un cazador y no pieza de caza.

En cierto modo, Barí se daba cuenta de ello. No le inspiraban el menor temor los búhos ni los chillidos que daban posados en lo alto de los abetos. Mas cuando vio que uno de aquellos alados cazadores se abalanzaba sobre un conejo y presencié la

terrible agonía del indefenso animal, recibió una impresión tremenda y se apresuró a volver al lado de su madre. Los gritos de la víctima fueron para él una revelación de la muerte, cuya presencia era tan asidua en aquel mundo selvático. Poco después volvió a experimentar una sensación semejante cuando, pegado a *Loba Gris*, escuchó los feroces aullidos de una manada de lobos que perseguían a un reno macho, y comprendió el significado y el encanto salvaje de todo aquello cuando, al despuntar el alba, regresó *Kazán*, llevando entre sus mandíbulas un enorme conejo que todavía se debatía desesperadamente.

Aquel conejo fue para *Barí* una revelación de sus instintos de caza. Dijérase que *Kazán* había obrado así para aleccionarlo, pues cuando el cazador soltó el conejo, *Sari* se acercó prudentemente a él. El pobre animal tenía el espinazo roto; sus redondos ojos estaban vidriosos y parecía exánime. Mas cuando *Barí* clavó sus dienteillos en la gruesa piel de la garganta de la víctima, ésta pareció resucitar. Los dientes no pudieron atravesar la piel, pero, con infantil ferocidad, el cachorro siguió apretando. Sentía las convulsiones agónicas del conejo y se consideraba autor absoluto de aquella matanza. Mientras la presa profería los últimos suspiros, él gruñía y tiraba de su cuello con toda su fuerza. Por fin cayó de espaldas con un trozo de piel entre los dientes. Cuando volvió al ataque, el conejo estaba ya completamente muerto, mas el cachorro continuó mordiendo y gruñendo hasta que *Loba Gris* se acercó y con sus agudos dientes despedazó al animal cazado. Después se dieron un banquete con él.

Así fue como *Bari* aprendió que para comer era preciso matar, y desde entonces, a medida que pasaban los días, iba creciendo en él, debido a lo que había en su sangre de lobo, la afición a la carne. Mas también había heredado mucho de perro de *Kazán*, Su pelaje era de un precioso color endrino, lo cual le valió, más adelante, el nombre de *Lobo Negro*. En el pecho lema una estrella blanca y del mismo color era la puma de su oreja derecha. A pesar de que no tenía más de seis semanas, su cola era peluda y larga, como la de los lobos. Las orejas eran iguales a las de *Loba Gris*: afiladas, cortas y puntiagudas. Además, siempre estaban erguidas, escuchando. Su lomo prometía ser igual al de *Kazán* y cuando estaba en pie, tenía toda la apariencia de un perro de trineo. Sólo se diferenciaba de éste en que, para contemplar las cosas, se colocaba de lado a ellas, lo cual es propio de los lobos y no de los perros, pues éstos miran siempre de frente.

Tenía ya dos meses, cuando una espléndida noche en que el cielo estaba lleno de estrellas y la luz de la luna de junio brillaba con tal intensidad, que dijérase que estaba a la altura de las copas de los árboles. *Han* se sentó sobre sus ancas y lanzó su primer aullido, el cual tuvo un sonido que lo acreditaba de lobo. En seguida se acercó a *Kazán*, como profundamente avergonzado de su aullido, y movió la cola como si pidiera indulgencia. Esto último acusaba su instinto perruno. Si *Tusoo*, el viejo cazador indio, lo hubiese visto entonces, habríale bastado ver el movimiento de su cola para comprender que en lo profundo de su corazón y de su alma —si podemos

conceder que la tuviera—, *Barí* era perro.

Otra cosa habría ilustrado a Tusoo para juzgar a *Bari*. A los dos meses, los cachorros de lobos, llevados de sus instintos salvajes, truecan sus juegos por la caza de animales más débiles que ellos. Sin embargo, *Sari* seguía jugando. En sus excursiones alrededor del cubil, nunca había llegado más allá del arroyo, esto es, a un centenar de metros de donde su madre estaba echada. Había ayudado a despedazar a muchos conejos, muertos y moribundos, y se consideraba extraordinariamente fiero y valeroso. A la novena semana de su vida fue cuando libró el terrible combate con el joven búho en el lindero del bosque.

El hecho de que el enorme búho de las nieves hubiera instalado su nido en un tronco rajado que había cerca del cubil, cambió por completo el curso de la vida entera de *Barí*, del *mismo modo* que la ceguera de *Loba Gris* alteró la suya y el garrote de un hombre dio nuevo rumbo a la de *Kazán*. El tronco, que había sido agrietado por un rayo, estaba situado cerca del arroyo, en el bosque, rodeado por altos abetos y envuelto en la penumbra aun en pleno día. *Barí* había ido muchas veces a aquel misterioso rincón del bosque, dedicándose al examinarlo con curiosidad y detenimiento.

El día de la lucha, el atractivo que sobre él ejerció el lugar fue más poderoso que nunca. Penetró en él lentamente, los ojos brillantes y las orejas erguidas para recoger el más leve rumor que pudiera producirse. El corazón le latía apresuradamente y la penumbra envolvía al atrevido cachorro que entonces había olvidado por completo a su padre y a su madre. Se hallaba ante una posible aventura y ello le seducía grandemente. Oyó unos luidos muy tenues y extraños, como de garras, alas y plumas, lo cual le estremeció deliciosamente. Bajo sus patas no había hierba, plantas ni flores, sino un pardo tapiz de agujas de los abetos que le permitía andar blandamente y apagaba el ruido de sus pisadas.

El árbol en que se hallaba el viejo búho estaría a unos trescientos metros del cubil y *Bari* pasó por su lado y se internó en un macizo de jóvenes bálsamos. Allí, interceptando su camino, fue donde se tropezó al búho joven con el que libró el temible combate. El ave era mucho más pequeña que *Bari*, pero tenía un aspecto horrible. Al cachorro le pareció un extraño animal sin cuerpo, todo ojos y cabeza. *Kazán* no le había presentado nada semejante y durante un largo momento permaneció inmóvil contemplando a su extraño enemigo. En cuanto al búho, no movía ni una pluma, mas cuando *Bari* comenzó a avanzar paso a paso y con extraordinaria precaución, se agrandaron aún más sus ojos y se le erizaron las plumas en la parte superior de la cabeza, como si las hubiera azotado una ráfaga de viento. Aquel pajarraco era luchador por naturaleza; sobrábale valor y le atraía la sangre, y hasta el mismo *Kazán* habría andado con cuidado al ver aquellas plumas erizadas.

Cuando se encontraron frente a frente, ambos se examinaron con la mayor atención. Si en aquel momento *Loba Gris* hubiera podido ser testigo de la escena, no habría dejado de aconsejar a *Bari*: «Huye con toda la celeridad que te permitan tus

patas». Y también el viejo búho hubiera aconsejado a su hijo: «No seas tonto y emprende un raudo vuelo».

Mas ni *Loba Gris* ni el viejo búho estaban presentes y se entabló la lucha.

El joven búho fue quien la inició. *Barí*, dando un ladrido, retrocedió mientras el pico del enemigo se clavaba como un tornillo candente en la tierna carne de su hocico. El ladrido de sorpresa y dolor que lanzó entonces *Bari* fue la primera queja y la última que profirió durante la lucha, porque prevalecieron en él sus instintos de lobo y ya no sintió más que coraje y ansias de matar. El búho produjo un extraño sonido que tenía algo de silbido cuando hizo presa en el hocico de *Barí* y éste gruñía furiosamente mientras se revolcaba luchando por libertarse de aquel pico que le atenazaba terriblemente.

Por espacio de un minuto, *Barí* no pudo hacer uso j de sus dientes, mas luego, por casualidad, logró acorralar a su enemigo contra las ramas de un arbusto y su hocico quedó libre. Hubiera podido emprender la fuga, mas, lejos de hacerlo, se arrojó contra el búho con extraordinario furor. El ave cayó hacia atrás y *Barí* se apresuró a clavarle los dientes en el pecho, pero fue como si hubiese mordido una almohada, pues las plumas no dejaron que sus dientes llegaran a la carne del ave. Con todo, *Bari* siguió apretando y apretando. Ya casi había llegado a la piel, cuando el búho logró cerrar el pico sobre una de sus orejas.

El picotazo causó un dolor terrible a *Barí*, el cual hizo un esfuerzo supremo para perforar con sus dientes la espesa coraza de plumas de su enemigo. En la lucha ambos rodaron por debajo de los bálsamos, hasta el borde del cauce por el que corría el arroyo. *Barí* perdió presa, mas el búho siguió apretando de firme la oreja del cachorro. El hocico de éste sangraba. Parecía al pobre animal que le estuvieran arrancando la oreja. En aquel momento, el instinto avisó al joven búho que podía usar las alas como arma de combate. En realidad, un búho no empieza a luchar de verdad hasta que emplea esta arma, y profiriendo un graznido de júbilo, comenzó a golpear con las alas a *Barí*, de tal manera, que éste quedó atontado. Viose obligado a cerrar los ojos y dar mordiscos al azar. Por primera vez desde que comenzó la lucha sintió el deseo de huir; trató de liberarse haciendo palanca con sus patas delanteras, mas el búho, tan tardo en el razonamiento como decidido en la lucha, no lo soltaba.

En aquel momento, cuando la evidencia de la derrota se presentaba claramente en el cerebro de *Barí*, el azar lo salvó. Sus dientes se cerraron sobre una de las patas de su enemigo, el cual profirió un graznido de dolor. La oreja del perro quedó libre, y éste, profiriendo un gruñido triunfo, apretó más sus dientes sobre la pata del búho.

En la excitación de la lucha, el cachorro no había oído el tumulto del arroyo que corría por debajo de ellos, y desde el borde de una roca, adonde habían llegado sin dejar de luchar, cayeron ambos a la fría cociente henchida por las lluvias, la cual apagó el último gruñido y el último graznido de los pequeños luchadores.

## Capítulo III

Para el joven búho, después de haber tragado la primera bocanada de agua, ésta resultó casi tan poco peligrosa como el aire, pues, flotando en ella debido a su plumaje, se deslizó corriente abajo con rapidez, maravillándose de la celeridad y facilidad con que aquélla le transportaba.

En cuanto a *Barí*, la cosa era distinta. Se fue al fondo con la rapidez de una piedra. Un fragor espantoso llenó a sus oídos; se sintió sumido en una densa oscuridad, e imposibilitado para respirar, consideró que la situación era desesperada. Dio una y otra vuelta a impulsos de la corriente y navegó seis metros por debajo del agua. Luego salió a la superficie y, desesperadamente, empezó a mover las patas. Mas esto no le dio buen resultado, porque la extraordinaria rapidez con que le arrastraba la corriente apenas le permitió hacer un par de respiraciones, y en una distancia de unos seis metros permaneció nuevamente sumergido. Por fin llegó a un pequeño salto de agua, semejante a una cascada en miniatura, y por ella cayó dando volteretas a impulsos de las espumosas aguas. Fue a parar a un remanso profundo y muy frío, de donde, medio muerto, pudo encaramarse: a la arenosa orilla.

Largo rato estuvo tendido al sol, sin poder moverse siquiera. Le dolía la oreja y sentía en el hocico el escozor, de una quemadura; tenía además el cuerpo y las patas doloridos. Cuando empezó a arrastrarse por la arena, para alejarse del agua, se consideraba el cachorro más desdichado de este mundo. Había perdido por completo la orientación y en vano miró a su alrededor en busca de algún objeto familiar, de algo que pudiera guiarle para el regreso a su cubil. Todo lo que veía era absolutamente nuevo para él. Ignoraba que la corriente lo había llevado a la orilla opuesta de aquélla en que se hallaba su refugio y que para llegar a éste habría sido preciso cruzar nuevamente el arroyo. No hizo más que gemir. De haber ladrado, *Loba Gris* le habría oído, porque el cubil no estaba a más de doscientos cincuenta metros corriente arriba; mas los instintos lobunos de *Barí* obligábanle a permanecer silencioso. Sólo leves gemidos profirió su garganta.

Por fin emprendió el camino corriente abajo, en dirección opuesta al cubil, y cada paso que daba lo alejaba más de su madre. De cuando en cuando se detenía para escuchar. El bosque se hacía más denso, oscuro y misterioso y su silencio le causaba miedo. Sin embargo, al cabo de media hora habíase operado en *Barí* tal transformación que, de reaparecer el joven búho, le habría recibido alegremente; no para atacarlo, sino que habría tratado de averiguar, por medio de su exenemigo, el camino que había de seguir para volver al lado de su madre.

Hallábase ya a unos setecientos metros del cubil, cuando llegó a un lugar en que

la corriente se bifurcaba, y siguió el brazo que se dirigía al Sudeste, El arroyo se deslizaba entonces con mayor lentitud y como ya no tenía tantas piedras en su cauce, apenas causaba ruido. El agua en aquel paraje era tranquila, negra y profunda como el bosque. *Barí* se adentraba cada vez más en los antiguos dominios de Tusoo, el cazador indio. Desde la muerte de este cazador, ningún animal era asediado en aquellos lugares ni siquiera por los lobos, pues éstos preferían las llanuras para sus expediciones de caza. En cuanto a *Kazán* y *Loba Gris*, no habían recorrido nunca aquella orilla del arroyo.

Pronto se halló *Barí* junto a un remanso tranquilo y oscuro en el que el agua parecía más bien aceite por quietud que mostraba. El corazón del cachorro latió apresuradamente cuando de pronto y muy cerca de allí surgió del agua un animal grande, brillante y esbelto y tomo tierra a poquísima distancia de él. Era una nutria macho.

Ésta no había oído a *Barí*, y casi en el acto apareció también su hembra en un extremo del remanso seguida por tres nutrias que dejaban al nadar brillantes estelas en las inmóviles aguas. Lo que ocurrió luego hizo que *Bari* olvidara por espacio de unos minutos que estaba perdido en el bosque. La nutria macho había desaparecido bajo la superficie y salió por debajo de su hembra, que nada sospechaba, con una fuerza tal que casi la hizo salir enteramente del agua. Instantáneamente desapareció otra vez y la hembra lo persiguió furiosamente. *Barí* estaba muy lejos de sospechar que aquello no era una lucha, sino un juego. Dos de las pequeñas nutrias atacaban a la tercera que, al parecer, luchaba furiosamente, y el espectáculo excitó de tal manera a *Barí* que no sentía ya frío ni dolor; por sus venas corría la sangre excitada y, olvidándose de todo, profirió un ladrido. Instantáneamente desaparecieron las nutrias, dejando agitada el agua del remanso... No pasó nada más. Poco después, *Barí* se alejó del agua y continuó su camino.

Eran aproximadamente las tres de la tarde y el sol debía alumbrar aún en el cielo a pesar de lo cual éste se nublaba más y más, y la extrañeza y el miedo hicieron que *Barí*, apresurara su marcha. Muy pocas veces se detenía para escuchar, mas en uno de aquellos intervalos oyó un sonido que le hizo proferir un alegre gruñido. Había oído el distante aullido de un lobo, y creyendo que era de *Kazán*, corrió a través del bosque hasta perder el aliento. Entonces se detuvo y prestó atención durante largo rato, pero el aullido no se repitió. En cambio, del Oeste llegó el rugido de un largo trueno y poco después un formidable relámpago iluminó el cielo con lívido resplandor. Precediendo a la tormenta, se produjo un violento vendaval, tras el cual un segundo relámpago y un segundo trueno parecieron, buscar a *Barí*, cinc estaba acurrucado debajo de un enorme abeto. Era ésta la segunda tormenta que presenciaba. La primera le produjo un profundo terror, por lo que se apresuró a guarecerse en el cubil, mas ahora no halló otro refugio que el hueco formado por una gruesa raíz y allí se cobijó gimiendo de miedo y llamando a su madre, pues añoraba la blanda protección de *Loba Gris*. Al mismo tiempo anhelaba el abrigo y el calor del cubil. No

obstante, sólo halló la tempestad que comenzó a azotar el bosque.

*Barí* no había oído nunca fragor semejante, así como jamás vio que tal cantidad de relámpagos iluminaran el cielo. A veces le parecía que todo se incendiaba y que la tierra se estremecía bajo el estampido horrible de los truenos. El pobre cachorro cesó de gritar y se contrajo cuanto pudo debajo de la raíz, que en parte le protegía contra el tremendo diluvio que se desplomaba desde el nublado cielo. A excepción de los momentos en que brillaban los rayos, era tal la oscuridad del día, que *Barí* no podía ver claro a seis metros de donde se hallaba. Al doble de esta distancia erguía un tronco muerto que semejaba un fantasma cada vez que las exhalaciones eléctricas alumbraban el cielo y la tierra. Parecía desafiar el fuego celeste hasta que, por fin, un rayo le hirió. Una azulada lengua de fuego cayó sobre el viejo tronco, produciendo una tremenda explosión que hizo retumbar los ámbitos de la selva. El enorme tronco se desplomó cual abatido por un hacha gigantesca, cayendo tan cerca de *Bari*, que éste sintió sobre él el azote de una lluvia de astillas y partículas de tierra. El cachorro no pudo contener un aullido de terror mientras trataba de ocultarse más debajo de la raíz.

Con la destrucción del viejo tronco pareció que la tempestad había desahogado su cólera. Alejáronse los truenos hacia el Sudoeste, produciendo en su alejamiento un ruido semejante al que producirían diez mil carros que rodasen por el bosque, y al mismo tiempo las exhalaciones eran cada vez más débiles. La lluvia, cesó casi enseguida, mas no sin que mientras tanto se hubiera inundado por completo el hueco en que *Barí* se cobijara, y el cachorro permanecía allí empapado y tembloroso de miedo, cual si esperara otra catástrofe.

Aguardó largó rato. Cuándo se despejó el cielo era ya de noche. A través de los árboles, *Barí* podría haber visto las estrellas si hubiese levantado la cabeza para mirar hacia lo alto, Sin embargo, permaneció inmóvil en su cobijo. Pasaron las horas y el pobre cachorro, maltrecho, a punto de ahogarse, postrado por la debilidad y el dolor, no se atrevía a moverse. Finalmente se quedó dormido, mas su sueño fue agitado e intranquilo. De cuando en cuando gemía llamando a su madre. Cuando despertó y se aventuró a salir de su refugio, era ya de día y brillaba el sol.

Al principio, *Barí* apenas podía mantenerse en pie. Tenía las patas envaradas y como dislocados todos los huesos del cuerpo. La oreja le dolía en el punto en que se había coagulado la sangre, y cuando trató de arrugar su herido hocico, no pudo contener un aullido de dolor. Estaba, además, horriblemente sucio y de su pelo pendían costras de barro seco. Aquel cachorro, que el día anterior estaba gordo y brillante, veíase ahora flaco y en tan deplorable aspecto, que habría inspirado lástima a quien lo mirase. Y, por primera vez, sintió la roedura del hambre.

Cuando prosiguió su camino, continuando en la misma dirección que emprendiera el día anterior, hízolo con el mayor desaliento. Sus orejas ya no se erguían prestando atención y no sentía la menor curiosidad por nada. En cambio, experimentaba un vivo deseo de reunirse con su madre, un ansia filial mucho más fuerte aún que su hambre,



que era grande. Necesitaba acurrucarse junto a *Loba Gris*, sentir la cálida caricia de su lengua y escuchar el gemido acariciador de su voz. También echaba de menos a *Kazán* y al cubil. Todo ello fue causa de que profiriera lastimeros gemidos, semejantes a los que habría lanzado una criatura abandonada.

El bosque comenzó a clarear y ello le dio un poco de ánimo. También el calor del sol aliviaba los dolores de su cuerpo. Mas su hambre era cada vez mayor. Hasta entonces su alimentación había dependido de un modo exclusivo de *Kazán* y de *Loba Gris*, y ahora pagaba las consecuencias de tales mimos, pues se sentía incapaz de buscarse por sí mismo la comida, como por su edad debió de saber hacer. Ello era debido, en gran parte, a la ceguera de *Loba Gris*, porque desde su nacimiento la madre no había ido de caza con *Kazán*, y, naturalmente, *Bari* pasó a su lado más tiempo del que era conveniente, a pesar de que muchas veces sintió fuertes deseos de irse con su padre. Sin embargo, la Naturaleza se esforzaba ahora en darle a entender que había llegado la ocasión de que se buscara la comida y de vencer su ineptitud. Lenta, pero firmemente, comenzó a pensar en los tres o cuatro mariscos que descubrió y devoró en el arroyo, cerca del cubil. También recordó la almeja que hallara abierta y lo exquisita que estaba su carne. Una extraña excitación fue apoderándose de él y llegó el momento en que quedó convertido en un cazador.

Conforme se aclaraba el bosque, el arroyo iba siendo menos profundo. *Bari* empezó a husmear por los bancos de arena y las piedras entre los cuales se deslizaba el Riachuelo, mas sin obtener éxito alguno. Los pocos cangrejos que vio huían con excesiva rapidez, y en cuanto a las almejas, tenían las valvas cerradas y eran éstas tan fuertes, que hasta al mismo *Kazán* le habría sido difícil romperlas con los dientes. Hacia el mediodía consiguió dar caza a un pequeño cangrejo y lo devoró en un abrir y cerrar de ojos. Aquel escaso alimento le infundió ánimos nuevos; durante la tarde cazó dos cangrejos más y al oscurecer sorprendió un conejo que estaba escondido bajo un arbusto. Si *Barí* hubiese tenido un mes más, hubiérale podido dar caza también, pero ahora no pudo evitar que el conejo escapase con vida. Tenía el cachorro aún mucha hambre, porque, tres cangrejos repartidos en todo un día no son suficientes para hacer desaparecer la sensación de vacío de estómago, y la Afile *Barí* sentía era cada vez más fuerte.

Al aproximarse la noche, el miedo y la sensación de soledad se iban apoderando nuevamente de él. Antes de pile se hiciera completamente de noche, encontró abrigo bajo una enorme roca, en donde había un cálido y blanco lecho de arena. Desde su lucha con el búho había recorrido tan larga distancia, que el cobijo de la roca pe hallaría a unos doce o catorce kilómetros del cubil. Estaba muy cerca del arroyo y a ambos lados se extendía el bosque de cedros y de abetos, denso y oscuro; y cuando salió la luna y las estrellas llenaron el cielo, *Barí* pudo observar que el agua del arroyo brillaba casi lo mismo que si fuera de día. Frente a él y extendiéndose hacia la corriente, había una faja de blanca arena. Una hora más tarde apareció en ella un enorme oso negro.

Hasta que *Barí* viera a las nutrias jugar en el quieto remanso del arroyo, no conocía a más animales salvajes que los de su propia raza, los búhos y algunas aves de reducido tamaño, los conejos y otros cuadrúpedos tan chicos como él. Las nutrias no le asustaron lo más mínimo, pues no tenían siquiera la mitad de la corpulencia de *Kazán* y él juzgaba del poder de los animales según el tamaño que tuvieran. Mas el oso era un monstruo a cuyo lado el mismo *Kazán* habría parecido un pigmeo. Era enorme. Y si la Naturaleza trataba de demostrar a *Barí* que en el bosque existían otros animales más importantes que los lobos, los perros, los búhos y los cangrejos, fuerza es reconocer que le presentaba ejemplos realmente convincentes, pues aquel oso negro pesaría sus buenos trescientos kilogramos. A buen seguro llevaba una temporada alimentándose de peces, pues estaba gordo y reluciente. Su pelaje, a la luz de la luna, parecía de terciopelo negro, y andaba imprimiendo a su cabeza un curioso movimiento de rotación. Al observar que el oso se detenía en la faja de arena, a menos de tres metros de su escondrijo, *Bari* sintió tal espanto que se echó a temblar como poseído por alta fiebre.

Evidentemente, el oso lo había olfateado. *Bari* podía oír sus fuertes respiraciones. Vio también el brillo de sus ojos de un color pardo rojizo cuando miraba con desconfianza hacia la roca bajo la cual se cobijara el cachorro. Si éste hubiera comprendido que, a pesar de su insignificancia, estaba poniendo en cuidado al monstruo, sin duda alguna hubiese preferido lanzar un ladrido de alegría. Ello era debido a que los lobos inspiraban a aquel oso un poco de miedo y *Barí* despedía el olor característico de ellos. Y justamente cuando más fuerte era esta emanación en los hocicos del animal, llegó a sus oídos el aullido algo distante de un lobo.

Profiriendo un gruñido de contrariedad, el oso se apresuró a alejarse. Consideraba a los lobos como malos enemigos porque no atacaban nunca de frente y porque se limitaban a correr tras él durante horas y más horas, esquivando, con rápidos movimientos, cualquier ataque directo. No valía, pues, la pena de permanecer, en una noche tan hermosa como aquélla, en sitio donde había lobos. Y decididamente, el oso negro se marchó de allí. *Barí* le oyó zambullirse de nuevo en el arroyo y alejarse chapoteando por él. Entonces, el amedrentado cachorro lanzó un resoplido de alivio.

Sin embargo, las aventuras no habían llegado aún a su término. *Barí* había escogido para lecho un lugar al que los animales iban frecuentemente a beber o para cruzar allí el arroyo que dividía el bosque. Poco después de haber desaparecido el oso, oyó crujir pesadamente la arena y un ruido de cascos que golpeaban las piedras. De pronto apareció un enorme alce cuyos extendidos cuernos llenaban casi todo el espacio libre que quedaba entre los árboles. *Bari* quedó estupefacto. Si el oso pesaba trescientos kilogramos, aquel ser gigantesco que tenía delante y cuyas patas parecían tan largas que le daban la apariencia del que anda con zancos, pesaba, por lo menos, el doble que el oso. Seguían al alce su hembra y una cría, la cual parecía ser toda patas. Esto era ya demasiado. *Bari* se introdujo tanto en el ángulo que formaba la piedra con el suelo, que semejaba una sardina en conserva. Y allí estuvo durmiendo

hasta la mañana.

## Capítulo IV

Cuando *Bari* se aventuró a salir de su escondrijo, al amanecer del día siguiente, se sentía mucho más viejo que cuando se encontró con el búho, cerca del cubil. Si la experiencia suple a la edad, había adelantado mucho en las últimas cuarenta y ocho horas. Despertóse con una concepción del mundo más amplia. El mundo era muy grande; había en él muchas cosas, entre las cuales *Kazán* y *Loba Gris* no eran las más importantes. Los monstruos que viera a la luz de la luna despertaron en él la necesidad de tener precaución y el conocimiento de que los fuertes hacen presa sobre los débiles. Sin embargo, aún medía la fuerza y la importancia de los demás animales sólo por su tamaño. De aquí que para *Mí* fuera mucho más terrible un oso que *Kazán* y un alce que un oso.

Afortunadamente para *Barí*, su instinto no se aguzó hasta el punto de hacerle comprender que los de su propia raza, los lobos, eran extraordinariamente temidos por los demás animales provistos de garras, pezuñas y alas. De otro modo, al igual que el muchacho que cree poder nadar antes de haber aprendido a ejecutar los movimientos precisos, podría haberse equivocado perdiendo la vida a consecuencia de su error.

Con la mayor prudencia, el pelo del espinazo muy erizado y gruñendo ligeramente, *Bari* olfateó las huellas que en la arena dejaran *el oso* y el alce. El olor del primero le hizo gruñir más fuerte y siguió sus huellas hasta el borde del arroyo. Luego continuó su marcha errante y también la busca de algo que comer.

Por espacio de dos horas buscó en vano algún cangrejo. Luego salió del bosque, asomándose a un llano devastado por un incendio, en donde todo era negrura. Los troncos de los árboles, no devorados completamente por el fuego, se erguían en la soledad como negros postes. El fuego había acaecido en fecha relativamente reciente, el otoño anterior, y las cenizas todavía cedían a las pisadas de *Bari*. A través de aquella desolada extensión corría el arroyo y sobre él resplandecía el cielo azul, iluminado por el sol. Ello invitó a *Bari* a proseguir la marcha. Los zorros, los lobos, los alces y los renos se habían apresurado a volver grupas a aquella muerta región, que el año siguiente sería un nidero de caza, nías ahora estaba tan completamente desprovisto de vida animal y vegetal, que ni siquiera los búhos hubiesen hallado algo que comer.

Lo que engañó a *Bari* fue el cielo azul, el sol brillante y el terreno blando que pisaban sus patas, pues era agradable andar allí después de sus dolorosas fatigas por el bosque. Continuó siguiendo el curso del arroyo, aunque no había la más pequeña posibilidad de encontrar algo que comer. El agua era sucia y negra y el mismo cauce

estaba lleno de residuos medio quemados que habían convertido el barro en fango negro. Al cabo de un rato, *Bari* se detuvo y miró a su alrededor, mas ya había perdido de vista el verde bosque del que se alejara. Estaba solo en aquel desolado desierto de árboles chamuscados, tan silencioso como la muerte, pues ni siquiera se oía el piar de un pájaro. Sobre las blandas cenizas no sentía el roce de sus pies, mas no estaba asustado, sino que, por el contrario, allí se creía seguro.

¡Si al menos pudiera hallar de comer! Ésta era la obsesión del cachorro. El instinto en él no estalla lo bastante desarrollado para darle a entender que todo lo que veía a su alrededor significaba el hambre más espantosa. Continuó buscando, lleno de confianza, mas al fin, transcurridas algunas horas, la esperanza empezó a morir en él. El sol se hundió tras el Oeste y el cielo perdió su tono azulado brillante; la brisa comenzó a soplar suavemente por la pelada extensión y, a veces, caía al suelo alguna rama carbonizada, produciendo un ruido seco.

*Barí* no pudo seguir adelante. Una hora antes de oscurecer estaba echado en aquel desierto sin fuerza ya y muerto de hambre. El sol había desaparecido detrás del bosque y la luna salía por el Este mientras el cielo iba llenándose de estrellas. Durante toda la noche permaneció *Bari* como muerto y al llegar la mañana arrastróse hasta el arroyo para beber y, algo reanimado por el agua, continuó la marcha. En aquella circunstancia tan grave de su vida imperaba en él la sangre de lobo, incitándole a luchar por la existencia hasta el fin. De haberse dejado llevar por lo que tenía de perro, no hay duda que hubiese muerto echado, mas su ánimo no decayó, y, al fin, salió victorioso de su empeño, pues recorrió medio kilómetro más y llegó de nuevo al bosque.

Tanto en los bosques como en las ciudades, la oportunidad representa un importante papel. Si *Barí* hubiese llegado al bosque una hora más tarde se habría muerto, pues ya no le quedaban fuerzas para buscar un cangrejo ni para matar al pájaro del tamaño más reducido. Sin embargo, llegó precisamente cuando un armiño, el más cruel y más sanguinario de todos los animales, estaba matando una pieza.

Esto ocurría a un centenar de pasos del abeto bajo el cual *Bari* estaba echado, casi dispuesto a resignarse a su muerte. Aquel armiño era un terrible cazador; su cuerpo medía unos diecisiete centímetros de largo y la negra cola pesaría por lo menos cinco onzas. Los dedos de un niño habrían podido rodear su cuerpo entre las patas delanteras y las traseras, y su cabecita cónica, con sus ojuelos rojos, podía pasar por un agujero de un par de centímetros de diámetro. Desde hacía varios siglos, el armiño tenía un importante papel en la vida. Él fue quien, cuando su piel valía alrededor de cien dólares, indujo a unos caballeros aventureros a que atravesaran los mares al mando del príncipe Ruperto; también el armiño era responsable de la constitución de la poderosa Compañía de la bahía de Hudson y el que contribuyó al descubrimiento de medio continente, porque, casi por espacio de tres siglos, luchó por la conservación de su vida contra la amenaza de los cazadores que lo perseguían sin tregua. Y ahora, aunque no valía su peso en oro, continuaba siendo el más listo, el

más fiero y más cruel de todos los animales que poblaban aquellas regiones.

Mientras *Barí* estaba echado debajo de su árbol, el armiño se acercaba a su presa. Ésta era una gallina silvestre que estaba escondida en unos matorrales. Ningún ser vivo podría haber visto los movimientos del terrible animal, pues parecía una sombra, y, a veces, un rayo de luz. Se ocultaba tras un tronco no más grueso que la muñeca de un hombre, para reaparecer al instante, volviendo a desaparecer como si nunca hubiera existido. Así fue acercándose a la pobre gallina hasta hallarse a un metro de ella, la cual era su distancia favorita para: dar el salto. Lo dio y, con gran precisión, fue a parar, a la garganta del volátil, y sus dienteccillos, agudos como alfileres, se clavaron en las plumas y en la carne de la víctima.

El armiño estaba ya preparado para lo que entonces, ocurrió, pues siempre sucedía lo mismo cuando atacaba, a una gallina silvestre. Las alas de ésta eran poderosas y su primer movimiento de defensa era siempre el de emprender el vuelo, por lo cual, también esta vez, se elevó en el aire con estruendoso aleteo. El armiño no soltó la presa, y sus dientes se clavaban cada vez con más fuerza en el cuello de la víctima, sujetándola a la vez con las patas delanteras. Ascendió, pues, con la gallina, aferrándose más y más a su cuello, hasta que, a un centenar de metros más allá, la pobre víctima cayó vencida al suelo.

Fue a parar a muy poca distancia de *Barí* el cual, por unos momentos y sin comprender que tenía comida a su alcance, estuvo contemplando asombrado aquella masa de plumas que luchaba denodadamente. La gallina agonizaba, pero todavía agitaba las alas violentamente. *Barí* se puso en pie de pronto y, después de reunir todas sus fuerzas, se precipitó sobre el animal. Sus dientes se clavaron en el pecho del ave y fue entonces cuando vio al armiño. Éste levantó la cabeza, soltando la presa que hiciera en el cuello del volátil y sus rojos y amenazadores ojillos miraron por un momento a *Bari*. Pronto se convenció de que éste era demasiado grande para que fuera prudente que él intentara el ataque y, profiriendo chillido de cólera, huyó. Debilitáronse las alas del ave y se estremeció su cuerpo en una última convulsión. Cuando se cercioró de que había muerto, *Batí* comenzó su banquete.

Con un violento anhelo de venganza el armiño se hallaba cerca de allí, asomándose de vez en cuando, pero sin aproximarse nunca más de unos cuantos metros de *Bari*. Sus ojos estaban más rojos que nunca y algunas veces emitía un chillido de rabia. Que le robaran de aquel modo una gallina, era cosa que nunca había sufrido. Sentía ardientes deseos de dar un salto y clavar los dientes en la yugular de *Bari*, mas tenía demasiado sentido común para ir de aquel modo a una derrota segura. Habríase atrevido a pelear contra un búho, y hasta con su hermano mayor el visón; pero en *Bari* reconoció al lobo y sabía que con éste no debía desahogar su cólera sino a distancia. Después de un rato, recobró el buen sentido y salió en busca de otra presa.

*Bari* se comió la tercera parte de la gallina y ocultó cuidadosamente el resto al pie de un enorme abeto, luego fue al arroyo a beber, y después de haber saciado el

hambre y la sed, el mundo le pareció muy diferente, h resumidas cuentas, la felicidad depende, en gran arte, de lo que se haya sufrido, pues la mala suerte y dolor constituyen luego la medida de la buena suerte futura. Así le ocurrió a *Bari*. Cuarenta y ocho horas antes, el hecho de tener el estómago lleno no le habría proporcionado la décima parte de felicidad que ahora sentía. A la sazón ya no experimentaba más que un deseo, y éste era el encontrar nuevamente a su madre. Con todo, las horas terribles que acababa de pasar hicieron de él, moralmente por lo menos, un lobo adulto, y la añoranza de su madre era seguramente, más débil y lo sería cada vez más, en tanto que daba ya, la importancia merecida a la necesidad de encontrar alimento.

Aquella tarde, *Barí* durmió una larga siesta junto al escondrijo y al despertar desenterró el resto de la gallina y cenó, Cuando llegó la cuarta noche de su solad, ya no se ocultó como lo hiciera anteriormente; sentíase singularmente despierto y a la luz de la luna y de las estrellas recorrió los alrededores, asomándose al bosque incendiado. Desde allí escuchó con el mayor interés los remotos aullidos de una manada de lobos que luchaban por cobrar alguna pieza. Y oyó sin temblar el fantasmagórico ulular de los búhos, pues tanto, r los ruidos como los silencios empezaban a tener un nuevo significado para él.

Durante todo el día permaneció en las cercanías de su escondrijo, y cuando ya hubo devorado el último hueso se marchó. Se había internado en una región en donde la cuestión de hallar alimento ya no era un problema difícil para él. Era aquélla una comarca en la que abundaban los lince, y como donde éstos se dallan, hay; también conejos, *Bari* encontró numerosas huellas de estos inofensivos animales. No le resultó difícil ocultarse y matar alguno de los pequeños conejos que pasaban. Y así vivió una semana, merced a lo cual engordo y ganó considerablemente en fuerzas. Mas, por fin, se cansó; de aquella seguridad y el espíritu aventurero propio de los de su raza, así como el deseo de encontrar a su madre, le obligó a dirigirse al Noroeste.

Así fue como llegó a los cazaderos de Pierrot, el mestizo. Pierrot, hasta dos años antes, se tenía por uno de los hombres más afortunados de aquellas selvas. Ésto acontecía antes de la *mort rouge*<sup>[1]</sup>, la terrible epidemia desoladora del Gran Norte. Era mestizo de francés y se había casado con la hija de un jefe indio, con la cual vivió en su cabaña de troncos a orillas del Gray Loon por espacio de muchos años, en la mayor prosperidad y dicha. Tres cosas enorgullecían a Pierrot en aquel selvático mundo que habitaba: Wyola, su esposa de sangre real, su hija y su reputación de cazador. Hasta que llegó la epidemia, había sido completamente feliz. Luego, hacía de esto dos años, la epidemia se llevó a su esposa, y aunque él continuaba viviendo en la misma cabaña, ya era un hombre diferente, pues tenía el corazón enfermo, y habría muerto de pena de no quedarle su hija, Rama de Sauce. Este nombre se lo había dado su madre porque la joven había crecido con la gentileza de ese árbol y poseía la belleza rústica de su madre con algo de la gracia francesa. Tenía a la sazón dieciséis años, unos maravillosos ojos negros y un cabello tan hermoso, que un agente de Montreal que pasó una vez por allí trató comprárselo. Caía en dos brillantes

trenzas que eran tan gruesas como la muñeca de un hombre y le llegaban hasta las rodillas. «*Non, m'sieu* —dijo Pierrot, mientras en sus ojos se advertía un extraño brillo—. No están en venta».

Dos días después de que *Bari* se introdujera en sus terrenos de caza, Pierrot llegó a su cabaña muy apurado y preocupado.

—Algún animal está haciendo constantes víctimas entre los castores —explicó a Rama de Sauce, hablándole en francés—. Es sin duda un lince o un lobo. Mañana —añadió sonriendo.

—Iremos a cazarlo —interrumpió la joven, hablando su dulce idioma *cree*.

Cuando Pierrot sonreía de aquella manera y decía «Mañana...», siempre quería indicar que ella podría acompañarle en la aventura que se proponía emprender.

Al día siguiente, al oscurecer, *Barí* cruzó el Gray Loon por un puente formado por algunos troncos flotantes que se habían encajado entre dos árboles. Cerca del puente había un pequeño claro, y en él se detuvo el lobezno para disfrutar de los últimos rayos del sol poniente. Tal era su actitud —abatida la cola, erguidas las orejas, abierto el hocico, para percibir cualquier ruido o cualquier emanación por insignificante que fuese— que ni un solo morador del bosque habría dejado de tomarlo por un lobo.

Desde un macizo de bálsamos situado a un centenar de metros, Pierrot y Rama de Sauce estuvieron observando a *Barí* cuando cruzó el puente. Había llegado la ocasión favorable y el cazador levantó su rifle para apuntar, mas entonces, Rama de Sauce le tocó suavemente el hombro, murmurando:

—Déjame tirar a mí. Yo también puedo matarlo.

Con un gesto de satisfacción, Pierrot cedió el arma a su hija y dio por muerto al lobezno, porque Rama de Sauce, hacía blancos maravillosos. Y la joven, tras apuntar cuidadosamente a *Bari*, oprimió con su dedo el gatillo del arma.



## Capítulo V

Rama de Sauce apretó el gatillo y *Barí* dio un sallo. Antes que la detonación, sintió el choque de la bala. Tras el brinco rodó por el suelo, como impelido por un tremendo garrotazo. De momento no experimentó dolor alguno, mas luego sintió como si un cuchillo candente le perforara la carne. El dolor fue causa de que prevalecieran sus instintos perrunos y profirió un gemido lastimero mientras se revolcaba.

Avanzaron Pierrot y su hija. En los ojos de la joven había un relámpago de orgullo, mas instantáneamente contuvo el aliento y sus dedos se aferraron nerviosamente al cañón del arma. Pierrot ahogó también una exclamación de gozo al oír los gemidos de *Barí*,

—*Uchi moosis*<sup>[2]</sup>! —gritó Rama de Sauce en su idioma cree.

Pierrot le tomó el rifle, exclamando:

—*Diable!* ¡Un cachorro de perro!

Y echó a correr hacia *Barí*. Sin embargo, el retraso que le originara el asombro dio lugar a que tuviera tiempo para recobrase de su aturdimiento. Al ver a los dos seres humanos que corrían hacia él, los juzgó otra clase de monstruos del bosque y, profiriendo un nuevo alarido, se apresuró a meterse entre las densas sombras de los árboles. El sol estaba a punto de ponerse, y la sombra que reinaba entre los abetos inmediatos al arroyo ofrecieron a *Bari* un buen refugio. Había sentido miedo ante el oso y el alce, mas hasta entonces no había experimentado una verdadera sensación de peligro. El enemigo le perseguía; oía sus voces y el ruido de sus pasos. De pronto cayó en un hoyo que había surgido inopinadamente en su camino.

Recibió el cachorro un gran susto al ver que le faltaba la tierra bajo las patas, mas no por eso profirió aullido alguno. Su naturaleza de lobo le aconsejó que pendiera donde estaba sin hacer ruido y así estuvo, sin respirar apenas. Las voces se aproximaron hasta resonar sobre él, mientras los pies de los monstruos casi asomaban por los bordes de la cavidad. Desde el fondo de ella pudo ver a uno de sus enemigos, Rama de Sauce. Estaba en pie, y los últimos rayos del sol le iluminaban el rostro. *Barí* no apartaba los ojos de ella, pues, prevaleciendo sobre su dolor, sentía una extraña fascinación. La joven se llevó las manos a la boca y con voz que era suave y quejumbrosa y que al mismo tiempo confortaba singularmente el pequeño corazón de *Barí*, gritó:

—Uchimoo! Uchimoo! Uchimoo!

Luego oyó otra voz, la cual le pareció mucho menos terrible que algunos sonidos del bosque.

—No podremos encontrarlo, hija mía —dijo esta última voz—. Seguramente se ha ocultado en alguna parte para expirar. ¡Vámonos!

Al llegar al lugar en que *Barí* había sido herido. Pierrot se detuvo y señaló un tierno arbolillo cercenado por la bala que disparara la joven y ésta comprendió en seguida lo sucedido. El estrecho tronco, no más grueso que el dedo pulgar de la joven, había desviado ligeramente la bala, salvando a *Barí* de una muerte segura. Esta revelación la hizo volverse nuevamente y llamar:

—¡*Uchimoo! Uchimoo! ¡Uchimoo!*

Sus ojos no estaban animados ya por la emoción de la caza.

—No te entenderá —observó el padre, atravesando el claro—. Es un perro salvaje, mestizo de loba. Tal vez es hijo de aquella perra de guía que se le escapó a Koomo el pasado invierno para reunirse con los lobos.

—Seguramente se morirá el desdichado.

—*Ayetun*, sí, morirá.

Sin embargo, *Barí* estaba muy lejos de morir. Era un cachorro demasiado robusto para morir de un balazo que no había hecho sino atravesarle la pata delantera. Porque esto fue lo *que* ocurrió: una pata herida y sin que la lesión interesara el hueso. Para salir de su escondrijo aguardó a que la luna iluminara el bosque. Cuando dejó el refugio, tenía la pata entumecida; ésta ya no le sangraba, mas el dolor le repercutía en todo el cuerpo, un dolor tan vivo, que no hubieran podido causárselo una docena de búhos que le hincaran sus picos en el hocico y en las orejas. El moverse le agudizaba horrorosamente los dolores, mas no por eso se resolvía a estarse quieto, porque instintivamente comprendía que alejándose del hoyo en que cayera, se alejaba también del peligro. No podía haber obrado con más acierto porque poco después llegó a aquellos lugares un puerco espín y se cayó dentro del hoyo. De haber estado allí *Bari*, habría sido tal la cantidad de espinas que se le clavarán en el cuerpo, que seguramente le habrían causado la muerte.

Por otra parte, el movimiento fue beneficioso para *Bari*, pues impidió que se le enfriara la herida, la cual si no grave, era muy dolorosa. Durante los primeros cien metros anduvo sólo con tres patas sanas, mas luego observó que también podía hacer uso de la que tenía lesionada. Por espacio de medio kilómetro anduvo a lo largo del arroyo, y, cada vez que alguna rama le rozaba la herida, *Bari*, en vez de gemir de dolor, mordía el obstáculo rabiosamente mientras lanzaba un gruñido de hostilidad. Ahora que estaba ya fuera del hoyo, el efecto del disparo de Rama de Sauce excitaba cada vez más su sangre de lobo. Sentía una creciente rabia, no contra alguien o algo en particular, sino contra todo. Lo que experimentaba no era el sentimiento que le impulsara a combatir con el búho. Aquella noche, lo que había en *él* de perro desapareció. La acumulación de sus infortunios fue causa de que en su naturaleza imperara la sangre del lobo salvaje y vengativo.

Fue aquélla la primera noche en que *Bari* no se echó a dormir y ni sintió miedo alguno por lo que pudiera surgir de las tinieblas. Por vez primera habíase entablado

una lucha seria entre las dos naturalezas que había en él la del lobo y la del perro, y éste había sido vencido. De cuando en cuando se detenía para lamer su herida, gruñendo hostilmente, como si sintiera enemistad hacia su misma lesión. De haberlo visto y oído; Pierrot, es indudable que, comprendiendo en seguida lo que le sucedía, hubiera dicho: «Lo mejor que puede; hacer es morir, pues nada ni nadie logrará arrancarle; el demonio que se le ha metido en el cuerpo».

Con semejante humor salió *Bari* una hora más tarde del bosque inmediato del arroyo, asomándose a una llanura que había junto a una colina. En esta llanura era donde habitaba el mayor de los búhos que visitaban los cotos de caza de Pierrot. Era tan viejo que casi estaba ciego y, por consiguiente, nunca cazaba como los demás animales de su especie. No se escondía entre las ramas sombrías de las copas de los abetos o de los bálsamos, durante la noche planeaba suavemente vigilando la oportunidad de abatirse sobre una presa. Tan débil era su vista, que desde la copa de un árbol no habría distinguido un conejo y tal vez confundiera una rata con una zorra.

Sin embargo, el viejo búho poseía una gran experiencia y, acurrucándose en el suelo, permanecía inmóvil y sin hacer el más leve ruido, esperando con la paciencia de Job a que alguna pieza se acercara a él. De cuando en cuando cometía algún error. En dos ocasiones confundió un lince con un conejo y en el segundo ataque perdió una pata. De aquí que cuando se posaba sobre una rama para dormir, había de sostenerse sobre un solo pie. Cojo, medio ciego y tan viejo, que incluso había perdido los mechones de plumas que los búhos llevan sobre las orejas, poseía aún fuerza proporcionada a su volumen, y cuando estaba encolerizado podía hacer oír a veinte metros de distancia el ruido de su pico al cerrarse.

Llevaba tres noches abandonado de la fortuna, y la cuarta, su desdicha subió de punto. Dos conejos pasaron por su lado y a los dos atacó, mas al primero no lo pudo ni tocar siquiera y el segundo se le escapó dejándole el pico lleno de pelos. De aquí que cuando llegara *Bari*, el búho estuviera muy hambriento, Aunque el cachorro hubiese podido ver dónde estaba escondido el enorme búho de las nieves y que éste se disponía a saltar sobre él, no es probable que hubiese emprendido la fuga, porque estaba excitadísimo y, a su vez, se hallaba bien dispuesto para la lucha.

El búho lo vio cuando atravesaba el pequeño claro, junto al cual estaba en acecho, y se acurrucó erizando; de tal manera las plumas, que su cuerpo quedó convertido en una bola. Sus ojos brillaron como dos azules bolas de fuego mientras *Bari*, a veinte metros de distancia, se detenía para lamer su herida. El búho aguardó sin hacer el más leve ruido. *Bari* continuó avanzando y pasó a metro y medio de distancia del matorral. Fue entonces cuando el búho, repentinamente, dio un sallo y cayó sobre el lobezno.

Aquella vez *Bari* no profirió grito alguno de dolor ni de espanto. Ésta es una de las más claras características de los lobos; ningún cazador les habrá oído jamás lanzar un gemido implorante después de haber caído en una trampa o de haber recibido un tiro o un palo, sino que siempre les habrá visto morir enseñando los dientes. Aquella

noche imperaban en *Bari* los instintos de lobo. Así, pues, el búho atacó a un lobezno y no a un inofensivo can. La primera embestida del búho derribó a *Bari*, que por un momento se sintió sujeto por las enormes alas abiertas de su enemigo, mientras éste, para evitar la resistencia, procuraba cogerlo con su garra única, al mismo tiempo que le daba furiosos pico lazos.

*Uno* solo de éstos habría bastado para abrir la cabeza a un conejo, mas pronto advirtió el búho que no era precisamente uno de estos roedores lo que tenía bajo su cuerpo. A la embestida respondió un terrible gruñido que hizo recordar al búho su encuentro con el lince, su perdida garra y lo difícilmente que escapó con vida de aquella lucha. La vieja ave de rapiña se hubiera batido en retirada, mas *Bari* ya no era el cachorrillo que combatiera con el joven búho de la selva. Las penalidades y la experiencia lo habían desarrollado y endurecido considerablemente; sus mandíbulas ya no estaban en la edad de succionar los huesos sino en la de romperlos, y antes de que el búho pudiera huir, los dientes de *Bari* se clavaron en su pata sana.

En el silencio de la noche se oyó entonces un poderoso batir de alas y *Bari* cerró los ojos temiendo ser herido por los fuertes aletazos de su enemigo. Mas siguió apretando con firmeza y cuando sus dientes atravesaron la carne de la pata del viejo búho, lanzó un retador y colérico gruñido. La buena fortuna le había permitido hacer presa en la pata sana del búho y se dio cuenta de que su victoria o su derrota dependían de que la soltara o no. El viejo búho no tenía oír a garra que clavarle y estaba cogido de tal modo que ni siquiera podía atacar a *Bari* con el pico, Por eso continuó batiendo furor las enormes alas.

A pesar de que éstas hacían mucho ruido, no causaban a *Bari* daño alguno. Ahondó más con los dientes; sus gruñidos iban siendo más feroces a medida que sentía el sabor de la sangre de su contrario y experimentaba el deseo de matarlo, como si con la muerte de aquella ave nocturna se le ofreciese la oportunidad de vengarse de todas las heridas y penalidades que sufriera desde que perdió a su madre.

El búho no había sentido hasta entonces verdadero miedo. El lince lo dejó cojo, pero se marchó apenas le causara la herida, sin gruñir, sin obstinarse en no soltar su presa como el lobezno. Millares de veces había oído el viejo búho el aullido de los lobos, y el instinto le indicó que ahora se encontraba entre las garras de uno de ellos.

Había visto pasar raudas las manadas entre las tinieblas de la noche y siempre procuró mantenerse oculto en la sombra, pues para él, como para otros muchos animales, el aullido del lobo significaba la muerte. Sin embargo, hasta el momento en que los dientes de *Bari* se habían clavado en su pata, no había temido verdaderamente al lobo. Muchos años necesitó para que tal sentimiento se le impusiera, mas ahora que ya se había apoderado de él, advirtió que jamás experimentara la sensación de pavor con tanta fuerza.

Repentinamente cesó de dar aletazos y trató de elevarse, Abriéronse sus anchas alas como enormes abanicos, batiendo el aire, y, a poco, *Bari* sintió que el ave lo elevaba. Mas no por eso soltó a su enemigo y a los pocos instantes los dos volvieron

a hallarse en el suelo.

El búho trató nuevamente de elevarse y esta vez lo hizo con mejor fortuna, porque se remontó casi a dos metros de altura, también con *Bari* afianzado a su pata, mas cayó de nuevo, y tras de intentar por tercera vez librarse de los dientes del perro, cayó exhausto, con las enormes alas extendidas y produciendo fuertes chasquidos con el pico.

Gracias a su instinto de animal carnívoro, *Bari* comprendió que debía tratar de morder en otra parte del cuerpo del búho. Soltó, pues, la pata y mordió en sido distinto, mas esta vez no hallaron sus dientes más que plumas. El búho aprovechó esta oportunidad para emprender el vuelo, aunque dejando la boca del lobezno llena de plumas. Así, pues, *Bari* se quedó solo en el teatro de la lucha.

El lobezno no logró dar muerte a su enemigo, pero fue el vencedor de la lid. Había llegado su día, o mejor dicho, su noche. Estaba el mundo lleno de nuevas promesas para él. Y un momento después, se dejó caer sobre sus ancas, olfateando el aire en busca de su vencido enemigo; luego, como si quisiera desafiar al monstruo alado para que volviese a pelear a muerte, levantó su hocico hacia las estrellas y exhaló su primer aullido de lobo.

## Capítulo VI

La lucha de *Bari* con el búho fue un verdadero remedio heroico para el primero, porque no solamente le dio confianza en sí mismo, sino que hizo desaparecer de su sangre su antigua fiebre de perversidad. Ya no gruñía ni mordía las cosas durante su caminata nocturna.

La noche era maravillosa. La luna se hallaba en el cenit y el cielo estaba cuajado de estrellas, de tal mudo, que en los lugares descubiertos había casi tanta claridad como si fuese de día, con la ventaja, además, de que aquella luz era más suave y agradable. El silencio y la tranquilidad eran completos. No soplabla la brisa y a *Bari* le pareció que el aullido que diera había despertado los ecos del mundo entero.

De vez en vez, el lobezno oía algo, y cuando esto sucedía, deteníase para prestar atención. A lo lejos, oyó el suave mugido de una hembra de alce y un gran ruido de algo que caía con fuerza en el agua de una laguna situada a poca distancia. También llegó a sus oídos entrechocar de cuernos. Era que dos machos cabra solventaban una ligera cuestión a trescientos metros de distancia. Sin embargo, siempre era el aullido de los lobos lo que más llamaba su atención, haciéndole sentir una emoción que hasta entonces no experimentara por nada. Era la llamada de los de su raza, y ello le atraía cada vez con mayor fuerza.

Era todavía un cachorro errabundo, y esta tendencia de vagabundo es lo que primero se apodera de todo animal salvaje en cuanto se siente con fuerza para valerse por sí solo, circunstancia sin duda que entra en las miras de la Naturaleza para alejar a los animales de las relaciones familiares y evitar los cruces entre los consanguíneos. *Bari*, al igual que los jóvenes lobos que buscan nuevos cazaderos, y que los zorros que descubren nuevos mundos, no tenía razón ni método para la marcha errante. Andaba sencillamente de una parte a otra, y necesitaba algo que no encontraba, mas la voz de los lobos se lo indicó.

Las estrellas y la luna llenaron a *Bari* de un indefinido deseo y aquellos aullidos distantes le hacían comprender mejor la soledad en que se hallaba. El instinto le advertía que solamente buscando encontraría lo que necesitaba, lo cual no era ya *Kazán* ni *Loba Gris*. Ahora que había logrado alejar de sí la rabia propia del lobo, gracias a su lucha con el búho, se apoderó de él nuevamente el sentimiento del perro, un instinto de sociabilidad que le impelía a acercarse a algún ser para entablar amistad con él, sin importarle que fuera animal de pluma o de pelo, ni que tuviera garras o pezuñas.

El balazo y la lucha reciente sostenida le tenían maltrecho y rendido, y cuando llegó la mañana, se cobijó bajo unos alisos, al borde de otro lago de reducidas

dimensiones, donde estuvo descansando hasta el mediodía.

Luego empezó a buscar algo de comer entre los cañaverales y cerca de los lirios acuáticos y, hallando un cangrejo muerto y medio comido por un visón, acabó de devorarlo.

Aquella tarde la herida ya no le dolía tanto, y al anochecer apenas se resentía de ella. Desde que por poco dejara la vida en manos de Rama de Sauce, habíase dirigido invariablemente hacia el Norte, siguiendo por instinto el curso de las corrientes, mas sus progresos fueron lentos, y cuando nuevamente llegó la oscuridad, se hallaba tan sólo a diez o doce kilómetros del hoyo en que cayera después de recibir el balazo de la joven.

Aquella noche no anduvo mucho, pues el hecho de haber sido herido al anochecer y su lucha con el búho un poco más tarde, le hacían precavido. La experiencia le había enseñado que las sombras oscuras y los puntos sombríos del bosque podían ocultar peligrosas sorpresas. No es que tuviera miedo, mas tampoco sentía el menor deseo de entablar nuevas luchas. De aquí que considerara la prudencia como un signo de valor y evitara cuanto pudiera los peligros de la oscuridad. Un extraño instinto le hizo buscar su cama de aquella noche en lo alto de una roca por la que se encaramó difícilmente. Tal vez era un recuerdo atávico de su madre, *Loba Gris*, cuando años atrás buscó refugio para su primera maternidad en lo alto de la Roca del Sol que dominaba el bosque, de cuya fauna formaba ella parte con *Kazán*, y donde más tarde quedó ciega a consecuencia de su lucha con el lince.

Esta otra roca, en vez de elevarse a treinta o cuarenta metros como la del Sol, no alcanzaba mayor altura que la de un hombre. Estaba junto al cauce del arroyo y tras ella veíanse los primeros abetos del bosque. Durante varias horas *Bari* no durmió, sino que permaneció despierto y alerta, moviendo las orejas de modo que recogieran todos los ruidos que pudiesen llegar a él. Pero aquella noche sentía más curiosidad que alarma. Su educación había progresado hasta el punto de que comprendía que él era solamente una pequeña parte de aquella maravillosa tierra que había bajo las estrellas y la luna, y sentía ardientes deseos de trabar más íntimo conocimiento con ella sin necesidad de luchar ni de recibir nuevas heridas. Aquella noche ya sabía el significado de las sombras grises que flotaban silenciosamente en la atmósfera del bosque y bajo la luz de la luna; eran los búhos, los monstruos de la misma raza del enemigo que combatiera. Oyó ruido de pezuñas, acompañado del que producían otros seres al atravesar los matorrales; también llegaron a él mugidos de alce y voces que nunca oyera el agudo ladrido de una zorra; el grito, semejante a una carcajada, proferido por un somormujo en un lago situado a medio kilómetro de distancia; el maullido de un lince que se difundía por espacio de varios kilómetros en el bosque; los suaves graznidos de las chotacabras mientras volaban. Oyó exíjanos murmullos en las copas de los árboles, producidos por el viento, y una vez, cuando más silencioso estaba todo, un macho cabrío que se había acercado a su roca, al percibir en el aire la emanación del lobo, salió de estampía, presa de vivo terror.

Todos aquellos sonidos tenían nuevo significado para *Beorí*, que rápidamente aprendía a conocer el mundo que lo rodeaba. Brillaban sus ojos y la sangre corría excitada por sus venas; a veces estaba varios minutos sin moverse. Mas, de todos los sonidos que llegaban hasta él, ninguno le interesaba tanto como el aullido de los lobos. Lo escuchó varias veces, en algunas ocasiones muy distante, tanto, que parecía un murmullo, que casi se extinguía antes de llegar a él; luego lo percibía sonoro y claro, alterado por la proximidad de la caza, y entonces despertaba en él la emoción y el deseo de compartir la aventura y la salvaje orgía de la carne desgarrada y de la sangre fluyente. Era la llamada de los de su propia sangre, de los que componían las fieras manadas a que un día perteneciera su madre. Era la voz de *Loba Gris* que lo buscaba en la noche, la sangre de *Loba Gris* que lo invitaba a formar parte de la Hermandad de la Manada.

*Barí* escuchaba tembloroso y a veces gemía suavemente y miraba en la dirección de que procedían aquellos ruidos. Deseaba marchar y la Naturaleza lo invitaba a ello, mas la atracción que le producía la llamada de las fieras luchaba con instintos opuestos, los caninos, transmitidos a su cuerpo por incontables generaciones en que imperara la sumisión y pasividad, y estos instintos fueron los que contuvieron al cachorro en lo alto de su roca.

A la mañana siguiente, el cachorro encontró muchos cangrejos junto a la orilla y satisfizo su apetito con su carne succulenta hasta que le pareció que había acabado su hambre para siempre. Nada le había parecido tan sabroso desde que se comiera la gallina silvestre que arrebatara al armiño.

A media tarde *Barí* llegó a un apacible lugar del bosque. El arroyo tenía allí mayor profundidad y en algunos sitios se ensanchaban sus orillas hasta formar como pequeñas lagunas, de modo que tuvo que dar dos veces considerables rodeos para seguir las márgenes. Avanzaba silenciosamente, escuchando y sin dejar de vigilar. Desde el aciago día en que abandonó, mal de su grado, el cubil, no se había sentido tan a gusto como en aquélla tarde, pues le parecía que atravesaba una región desconocida, en la que podría encontrar amigos. Tal vez ello era otro milagro o misterio del instinto natural, porque se hallaba en los dominios de *Diente Roto*, el castor. Allí era donde *Kazán* y *Loba Gris* habían cazado en días anteriores a su nacimiento, y no lejos de allí *Kazán* tuvo el duelo subacuático del que escapó con vida a duras penas.

*Barí* no sabía nunca estas cosas; ni siquiera se daba cuenta de que estaba recorriendo viejas pistas, mas algo le impresionaba de extraño modo. Husmeó el aire, como si en él descubriese olores familiares, algo semejante a un aliento muy débil, a una promesa indefinible y misteriosa.

El bosque iba espesándose conforme *Barí* avanzaba. Su aspecto era maravilloso. No había maleza de ninguna clase y el cachorro experimentaba la impresión: de hallarse en una enorme y misteriosa caverna, a través de cuya bóveda pasaba a veces la suave luz del día, para dejar en el suelo doradas manchas del sol. *Barí* recorrió



tranquilamente un kilómetro a través del bosque, sin ver más que algunos pájaros; apenas se oía cosa alguna. Luego llegó a una laguna algo mayor, alrededor de la cual crecían espesos los alisos y los sauces, mas no había, en cambio, otros árboles más corpulentos. Vio el brillo de la luz de la tarde en el agua y, de pronto, oyó ruidos que acusaban la proximidad de seres vivos.

Pocos cambios se verificaron en la colonia de *Diente Roto* desde la fecha de su lucha contra *Kazán* y la nutria. El anciano patriarca estaba más grueso y, naturalmente, más viejo. Dormía más que antes y tal vez no tenía tanta prudencia. Estaba dormitando sobre el dique cubierto de fango y de maleza cuya construcción había dirigido como ingeniero en jefe, cuando se acercó *Bari* hasta hallarse a unos doce metros de él. Tan silenciosamente llegó el cachorro, que ninguno de los castores lo vio ni lo oyó. Se echó, ocultándose en un matojo, y con el mayor interés observó los movimientos de *Diente Roto*, el cual despertaba entonces. Sostúvose por unos instantes sobre sus cortas patas y luego, apoyándose en su cola plana y fuerte, se enderezó vigilante. Después se arrojó al agua produciendo gran estrépito.

Transcurridos algunos instantes, *Bari* vio el pantano lleno de castores, cuyos cuerpos y cabezas aparecían, desaparecían y atravesaban las aguas velozmente, lo cual extrañó sobremanera al cachorro. Era la agitación que producía en la colonia todas las tardes. Las colas de los animales golpeaban ruidosamente la superficie del agua, mas sobre los chasquidos que producían prevalecían sus silbidos; luego, tan repentinamente como empezara, terminó el juego. Probablemente había veinte castores, sin contar los pequeñuelos, y como si obedeciesen a una señal —que *Bari* no pudo oír— se quedaron tan quietos y silenciosos que apenas se percibía el más leve ruido. Algunos de ellos se sumergieron y desaparecieron por completo, mientras otros salían a la orilla.

Los castores pusiéronse a trabajar sin pérdida de tiempo y *Bari* continuó observando sin mover siquiera una ramita del matojo tras el cual se hallaba, pues quería comprender y se esforzaba en clasificar a aquellos animales entre la serie de sus conocimientos de las cosas. Los castores no le producían el más leve temor, aunque reparara en el tamaño o en el número de ellos. La quietud que observaba *Bari* no era hija de la discreción, sino más bien de su deseo de conocer mejor a aquellos hermanos de cuatro patas del pantano, pues su presencia empezaba a hacer menos solitario el bosque. Y entonces, a muy poca distancia de él, a menos de tres metros, vio algo que casi colmó el deseo de compañía que experimentaba.

Sobre un pequeño espacio de tierra que se elevaba sobre el agua, andaba un castorcillo al que, por su gordura, un indio hubiera denominado «Umisk» y el cual iba acompañado por tres de sus compañeros de juego. Era *Umisk* casi de la misma edad que *Bari*, poseía su misma altura y era tan grueso como alto. La Naturaleza no puede producir, fuera de los oseznos, animal cuadrúpedo más lindo que un pequeño castor y habría ganado el primer premio en cualquier exposición de individuos de su especie. Sus tres compañeros eran un poco más pequeños que él. Le seguían,

produciendo extraños ruidos y arrastrando también sus colas. Semejaban pequeños trineos. Estaban gordos y su piel era gruesa y peluda y a *Bari* le parecieron simpáticos en extremo, tanto, que su corazón latió alegremente al verlos.

Sin embargo, no se movió, y apenas se atrevía a respirar. De pronto, *Umisk* se volvió hacia uno de sus compañeros y lo derribó de un empujón; en el acto los dos restantes se echaron sobre él y los cuatro rodaron en confuso montón, agitando las patas y las colas y emitiendo al mismo tiempo extraños gritos. *Bari* comprendió que aquello no era lucha, sino juego. Se levantó y, olvidándose de donde estaba, no se fijó más que en lo que veía, es decir, en los cuatro juguetones castores. Por el momento, las duras enseñanzas que obtuviera de la Naturaleza fueron olvidadas por completo. Ya no era un animal luchador, cazador o buscador de sustento, sino simplemente un cachorrito cuyos deseos de jugar eran más fuertes que su misma hambre. Necesitaba acercarse a *Umisk* y a sus compañeros y jugar con ellos alegremente; quería decirles, si tal cosa era posible, que había perdido su hogar y a su madre, y que, últimamente, había sufrido muchas penalidades y se proponía permanecer con ellos, si no tenían inconveniente.

De su garganta surgió un débil gemido, tan tenue que ni *Umisk* ni sus compañeros pudieron oírlo, pues, por otra parte, estaban sumamente ocupados.

Suavemente dio *Bari* el primer paso hacia ellos. Luego otro y siguió avanzando hasta hallarse a dos metros de los pequeñuelos. Sus orejas mostrábase abatidas y vía la cola tan aprisa como le era posible, mientras los músculos de su cuerpo temblaban de alegre emoción ante la diversión que lo aguardaba.

Entonces fue cuando lo vio *Umisk*. Su rechoncho cuerpecillo se quedó inmóvil, como petrificado.

—¡Hola! —pareció exclamar *Bari* moviendo, no ya cola, sino su cuerpo entero y expresando tan claramente este saludo con movimientos como un hombre que hubiera usado de su lenguaje—. ¿Me permitís jugar con vosotros?

*Umisk* no contestó. Sus tres compañeros miraban a *Bari*, sin hacer tampoco el menor movimiento. Mostrábase atónitos y aquellos cuatro pares de maravillosos ojos se fijaron en el forastero que tan inopinadamente surgiera ante ellos.

*Sari* hizo un nuevo esfuerzo, Tendió en el suelo sus patas delanteras y agitó frenéticamente la cola; luego cogió un palito con sus dientes.

—¡Vamos, dejadme tomar parte! —parecía decir—. Entiendo mucho de juegos.

Y como si quisiera probar lo que decía, arrojó el palito al aire, profiriendo en seguida un ladrido.

Mas *Umisk* y sus hermanos parecían haberse conversé en figuras inanimadas.

De pronto, un enorme castor que se acercaba a nado empujando un tronco destinado al nuevo dique que se *construía*, vio a *Sari*. Abandonó el tronco en el acto y, mirando hacia la orilla, golpeó repetidamente el agua con su cola. Fue como sí un rifle disparara repetidamente; el anuncio de peligro de los castores puede oírse, en una noche serena, desde cerca de un kilómetro de distancia.

Apenas en la colonia resonó tal aviso, las colas de todos los castores comenzaron a golpear el agua. Desde el pantano, desde los canales ocultos y desde los arbustos midió sumergidos parecían decir a *Umisk* y a sus compañeros:

—¡Huid, huid en seguida!

*Bari* estaba rígido, inmóvil. Muy asombrado, vio como los cuatro castores se echaban al agua y desaparecían. Oyó los chapoteos de otros al meterse también en el agua y a ello sucedió un extraño y desagradable silencio. *Bari* gimió suavemente, casi sollozando. ¿Por qué *Umisk* y sus compañeros habían huido de él? ¿Qué les había hecho para que no quisieran ser sus amigos? Una prohíja sensación de soledad se apoderó de él, de una soledad mayor aún que la que sintiera la noche en que, copa su deseo, se alejó del cubil y de su madre. Y el sol se puso sin que *Barí* hubiese abandonado su sitio. Las sombras invadieron el pantano. El cachorro miró al bosque, donde ya reinaba la oscuridad de la noche, y profiriendo un gemido más fuerte, se encamino hacia él. No había hallado la amistad que tanto deseaba, ni siquiera la anhelada compañía, y su corazón estaba muy triste.

## Capítulo VII

Durante los tres días siguientes las excursiones de *Barí* en busca de comida le alejaron cada vez más del pantano sin embargo, todas las tardes volvía a él. La tercera de ellas descubrió un nuevo arroyo y vio un oso negro. El arroyo estaba a cosa de dos kilómetros bosque adentro y era distinto al pantano, pues sus aguas cantaban alegremente al deslizarse sobre un cauce lleno de guijos y entre márgenes de rocas. Formaba profundos remansos y espumosos remolinos, y en el lugar en que lo descubrió *Barí* oíase el fragor distante de una cascada.

Era, desde luego, mucho más agradable que el oscuro y silencioso arroyo de los castores. Parecía animado de mucha vida, y la rapidez de la corriente y el ruido que ésta producía causaban nuevas sensaciones en *Barí*. Anduvo siguiendo la corriente, despacio y con prudencia, por lo cual pudo llegar, sin ser visto, hasta muy cerca del enorme oso negro que se hallaba muy absorbido en la pesca.

El oso habíase introducido en un remanso que se había formado detrás de una barra de arena y, con el agua hasta las rodillas, realizaba una pesca extraordinariamente abundante. *Barí* retrocedió mirando, atentamente a aquel monstruo, a quien solamente viera una vez en la oscuridad de la noche, y en este preciso instante, una de las patas anteriores del oso echo al aire una manotada de agua y un pez cayó en la orilla, la cual aparecía cubierta de guijarros. Hacía poco, de rémoras habían remontado la corriente para poner sus huevos. Sorprendióles de pronto el rápido descenso del agua y muchas de ellas quedaron prisioneras en remansos que se formaron. La gordura y el brillo de la piel del oso negro eran una prueba evidente de la abundancia de alimento que tal circunstancia le proporcionaba. Aunque ya había transcurrido la estación en que se hallaban en las mejores condiciones, la del oso era tupidísima y ofrecía una negrura flamante.

Por espacio de un cuarto de hora, *Barí* estuvo observando cómo el enorme oso arrojaba peces a tierra. Cuando por fin dio por terminada la tarea, en la orilla del arroyo, entre los guijarros, había aproximadamente treinta pescados. Algunos de ellos estaban ya muertos, mas otros coleaban aún.

Desde el lugar en que *Barí* se hallaba agazapado entre las rocas, se oía perfectamente el ruido que producían los dientes del oso al triturar la carne y las espinas de los pescados. El rumor parecía sumamente agradable el olorillo que la pesca despedía despertóle un apetito cuya intensidad no sintiera ni aun cuando se halló frente a la gallina silvestre ni cuando tropezó con los hermosos cangrejos.

A pesar de su corpulencia, el oso no era glotón y después de haber devorado el cuarto pescado, formó con los restantes un montón, echó sobre ellos arena y piedras y

acabó de cubrirlos con las ramas de un arbolillo próximo. Hecho esto, se alejó lentamente hacia la cascada cuyo rumor llegaba hasta allí.

Apenas se fuera el oso, *Barí* se aproximó al montón de pescados ocultos, apoderándose de uno de ellos que todavía estaba vivo. Se lo comió y halló que aquel bocado era delicioso.

El instinto dijo a *Barí* que el oso negro había solucionado el problema de la comida y ni aquel día ni al siguiente se preocupó de volver al pantano donde los castores habían fundado su colonia. El oso no cesaba de pescar y *Barí* se daba grandes banquetes, pues fácilmente bailaba los escondrijos del enorme mamífero. Todo su trabajo se reducía a recorrer la margen del arroyo olfateando. Algunas veces *Barí* se tropezaba con montones de pescado oculto hacía tiempo y los evitaba, pues el olor que despedían era sumamente desagradable. Sin embargo, nunca le faltaba un buen montón de rémoras.

Por espacio de una semana, su vida fue muy agradable y fácil. Mas de pronto sobrevino un importantísimo cambio, al igual del que había motivado que la vida de Kazán se desviase por un cauce opuesto al que hasta entonces siguiera, cuando mató a aquel mal hombre que tan bárbaramente ofendió a la esposa de Thorpe.

Este cambio se verificó cierto día en que, al dar la vuelta a una enorme roca contigua a la cascada, *Barí* se encontró cara a cara con Pierrot, el cazador, y con Rama de Sauce, la muchacha cuyos ojos semejaban estrellas y la cual disparó contra él en el claro del bosque.

Rama de Sauce fue la primera en verlo. De haberse tratado solamente de Pierrot, *Bari* hubiese echado a correr inmediatamente, mas de nuevo la sangre de perro que llevaba en sus venas lo contuvo, haciendo que su cuerpo entero temblara de emoción. ¿Acaso la primera mujer que vio *Kazán* le miraría de la misma forma?

*Bari* quedó inmóvil. Rama de Sauce, sentada sobre una piedra, bañada por la luz del sol, que había a unos seis metros del cachorro, se peinaba su maravilloso cabello. De pronto, abriéronse los labios de la joven y sus ojos fulguraron como luceros, mientras con una mano sujetaba su abundante cabellera. Había visto a *Bari* y lo reconoció en el acto.

Al reparar en la mancha blanca que el animal tenía en el pecho y en la oreja cuya punta era del mismo color, dijo en voz baja:

—*Uchi moosis!*

No le cabía duda; aquél era el perrillo salvaje a quien disparara dejándolo por muerto.

La noche anterior, Pierrot y Rama de Sauce habían construido un abrigo con ramas de bálsamo detrás de la enorme roca, y ahora, al presentarse *Bari*, el cazador estaba arrodillado sobre la arena, preparando el fuego para el desayuno, mientras Rama de Sauce se peinaba. Pierrot levantó la cabeza para hablar a su hija y entonces fue cuando vio a *Bari*. Rompióse en seguida el encanto, pues *Barí* vio como el hombre se ponía en pie, lo que le impelió a salir de estampía.

Rama de Sauce obró con la misma ligereza que él.

—*Dépêchez-vous mon père*<sup>[3]</sup>! —gritó—. ¡Es el cachorro de perro! ¡Aprisa!

Y nimbada por la flotante nube de su cabellera, partió en pos de *Barí*, con la velocidad del viento. Pierrot la siguió, después de haber tomado el riñe. No confiaba en poder alcanzar a la joven, pues ésta corría velozmente y sus piecitos calzados con mocasines apenas tocaban el suelo. Corriendo tan raudamente y con el hermoso pelo caído sobre la espalda e iluminada por la luz del sol ofrecía un cuadro maravilloso. Entonces, lleno de la excitación de la carrera, Pierrot pensó en Mac Taggart, el factor de la Compañía de la bahía de Hudson, en Lac-Bain y en lo que dijo el día anterior. Obsesionado por esta idea, había estado despierto gran parte de la noche y aquella misma mañana, antes de la aparición inesperada de *Barí*, contempló a Rama de Sauce con atención desacostumbrada. Era hermosa, mucho más hermosa que Wyola, su madre, de estirpe principesca, ya difunta. Aquel pelo dejaba atónitos a los hombres. ¡Oh aquellos ojos, como remansos llenos de maravillosa luz es Celar! Su esbeltez, que le daba la graciosa apariencia de una flor. Y Mac Taggart había dicho...

—¡Corra, *mon père*! Se ha metido en el cañón sin salida. No puede escapársenos esta vez.

Cuando el hombre llegó, la joven jadeaba. La sangre francesa que corría por sus venas teñía sus mejillas y sus labios de vivo carmín. Sus lindos dientes aparecían blancos como la espuma.

—¡Se ha metido por ahí! —indicó.

Los dos entraron en el cañón y pronto vieron a *Barí* que corría velozmente para salvar el pellejo, pues experimentaba la instintiva impresión de que aquellos dos extraños animales de dos patas eran todopoderosos. ¡Y lo perseguían! Oía sus pisadas perfectamente. Rama de Sauce le seguía sin perder terreno. De pronto el perseguido vio una hendidura entre dos rocas y se introdujo en ella; mas cuando advirtió que a seis metros de la entrada estaba cortado el paso, trató de retroceder. Se asomó al cañón y vio que Rama de Sauce no estaba a más de dos metros de él y que Pierrot corría casi a su lado.

—*Mam, mana!* (Aquí está).

Y contuvo el aliento y se perdió entre unos bálsamos jóvenes por los que *Barí*, saliendo de la hendidura, había desaparecido. Mas su suelto cabello enredábase con maleza y hubo de detenerse para recogerlo, mientras animaba a Pierrot con un grito y el francés le tomaba la delantera. Transcurridos unos instantes, al reanudar su carrera oyó que su padre le decía que *Bari* había vuelto atrás y corría hacia ella. Rama de Sauce no tuvo tiempo de apartarse y el perro tropezó con su falda. Quedáronse mirando uno y otra y la joven se inclinó para acariciarle el lomo. El perro sintió la suavidad de aquella mano, mas en seguida echó a correr hacia la parte del cañón que no tenía salida.

Rama de Sauce jadeaba y reía. Cuando llegó Pierrot le indicó la dirección en que

había huido *Bari*.

—Lo he tocado y no me ha mordido —dijo con respiración anhelante.

Era realmente maravilloso que la joven no hubiese pagado su atrevimiento con un mordisco.

—¡Ven! —exclamó Pierrot—. De lo contrario, lo perderemos.

Pierrot tenía esperanza de hallarlo, porque el cañón se estrechaba a partir de aquel lugar y *Barí* no podía pasar por su lado sin ser visto. Tres minutos después llegó *fían* al límite de la garganta. Era una pared de roca que se alzaba perpendicularmente. Los recientes excesos gastronómicos y las largas horas de sueño lo habían engordado mucho y se hallaba sin aliento. Buscaba en vano una salida en el extremo de la garganta, sin posibilidad de ocultarse en parte alguna, cuando Pierrot y Rama de Sauce lo vieron de nuevo.

La joven se dirigió hacia *Bari* en línea recta y Pierrot, previendo lo que haría aquél, se situó a la izquierda del paso.

*Bari*, buscando un punto por donde escapar, se internó por una fisura de la roca, de un metro de ancho, que terminaba por ensancharse hasta formar una especie de gigantesca taza. El lugar era muy bello, mas no ofrecía otra salida que aquella que *Bari* había utilizado para entrar. En el fondo de aquella especie de taza caía el agua figurando una pequeña cascada y la hierba era espesa en los alrededores. En aquella trampa formada por la Naturaleza, Pierrot había cazado más de una pieza, pues no había escapatoria posible, ya que él cubría la entrada rifle en mano. Llamó a Rama de Sauce en cuanto vio que *Bari* entraba en la abertura y ambos se dirigían hacia ella.

No bien hubo entrado, *Bari* se detuvo en seco mientras su corazón comenzaba a latir desenfrenadamente.

En el camino que se le ofrecía estaba el enorme oso negro.

Por espacio de unos segundos *Barí* vaciló, sin saber qué peligro afrontar. Oyó las voces de Rama de Sauce y de Pierrot y el ruido de las piedras que hacían rodar al golpearlas con los pies. El pobre animalito sintió un miedo extraordinario. Luego miró al oso, el cual, también Inmóvil, escuchaba, aunque para él había algo más alarmante que los ruidos que llegaban a sus oídos. Ese algo era el olor de hombre que flotaba en el aire.

*Barí*, que lo observaba, vio como balanceaba lentamente la cabeza, mientras los pasos de Rama de Sauce y de Pierrot resonaban cada vez más próximos. A pesar de que en muchas ocasiones lo había visto pescar, pues lacia ya bastante tiempo se mantenía gracias a la pericia del oso, era aquélla la primera vez que se encontraba cara a cara con él. Seguramente el oso, fuerte y poderoso como era, no huiría de los extraños seres que se acercaban. Por lo tanto, si *él* lograra colocarse detrás del oso, podría considerarse a salvo.

Corrió, pues, hacia el lugar cubierto de césped y pudo observar que el oso no le hacía el menor caso, considerándolo seguramente algo así como un pájaro o un conejo. Llegó una nueva ráfaga de aire saturado de la emanación del hombre, y esta

vez el enorme mamífero se volvió y fuese también hacia el pequeño prado. *Bari*, al verle, creyó que el oso le perseguía, lo que le llenó de inquietud. Fue entonces cuando llegaron Pierrot y Rama de Sauce, descubriendo al oso y al cachorro.

Este último, al cerciorarse de que la especie de taza no tenía salida por aquel lado, se ocultó debajo de una roca que sobresalía de la pared casi a ras del suelo. Mientras tanto el oso corría sobre la hierba.

Desde su escondrijo, *Bari* podía ver lo que pasaba. Apenas se hubo metido debajo de la roca, Rama de Sauce y Pierrot hicieron su aparición deteniéndose sorprendidos, lo que interesó vivamente a *Bari*. Sin duda alguna los atemorizaba la presencia del oso. Éste, que había recorrido ya dos terceras partes del prado, recibía de pleno la luz del sol y su espléndida pelambre tenía fulgores de satén negro. Pierrot lo contempló durante *un* momento. No era aficionado a matar animales, mas al observar lo magnífica que se mostraba la piel del oso a pesar de lo avanzado de la estación, apercibió el rifle.

*Bari* se dio cuenta de ello y en un momento vio que el extremo del arma escupía algo, produciéndose en seguida una detonación semejante a la que oyera cuando fue herido por Rama de Sauce. Miró inmediatamente al oso y vio que éste había caído de rodillas. Dificultosamente se levantó el animal herido y emprendió penosa huida. Nuevamente se oyó el estampido del rifle y nuevamente cayó el oso.

Disparando a tan poca distancia, Pierrot no podía haber errado el tiro. Por otra parte, el oso ofreció un blanco magnífico. Había sido, pues, casi un asesinato, con la única atenuante de que Pierrot y Rama de Sauce ganábanse así la vida.

*Bari* temblaba, pero más de emoción que de miedo, pues ante la magnitud de la tragedia habíanse desvanecido sus temores. Leve gemido salió de su garganta al ver que el oso acababa de incorporarse para hacer frente a sus enemigos con la boca abierta, la cabeza vacilante y sosteniéndose difícilmente sobre las patas mientras sus heridas manaban abundante sangre. *Bari* gimió porque el moribundo animal había pescado para él y lo consideraba amigo. Resonó el tercer disparo, el último, y el pobre oso cayó para no volverse a levantar. Con la cabeza entre sus dos patas delanteras tosía roncamente. Por fin hubo un silencio y un instante después, padre e hija hallábanse junto a la pieza cobrada. Pierrot dijo a Rama de Sauce:

—¡*Mon Dieu*, qué hermosa piel! ¡Lo menos darán por ella veinte dólares en Lac-Bain!

Sacó un cuchillo y lo empezó a afilar en una piedra que llevaba en el bolsillo. Entonces *Bari* podía haber huido, abandonando su escondrijo y corriendo a lo largo del cañón, mas al no hacerlo en seguida, perdió la ocasión, pues Rama de Sauce se acordó de él y con voz extraña pronunció su nombre: ¡*Bari!*<sup>[4]</sup>.

Pierrot, que estaba arrodillado, levantó la cabeza y le dijo:

—Sí, indudablemente descende de fieras... Mas, no le llames, que se ha marchado...

La joven movió negativamente la cabeza.



—No, no se ha marchado —dijo mientras buscaba con sus negros ojos el lugar en que podía haberse escondido el cachorro.

## Capítulo VIII

Mientras Rama de Sauce escudriñaba el lugar en que fueron acorralados el oso y *Bari*, Pierrot se ocupaba en desollar al primero, murmurando al mismo tiempo algunas palabras en voz baja que sólo él pudo oírlas: «No, ni es posible». Mas Rama de Sauce pensaba de modo distinto y esta idea conmovió su alma noble y sensible. Brillaron sus ojos y la sangre tiñó de nuevo sus mejillas y sus labios.

Mientras buscaba por todas partes a *Bari*, mil pensamientos cruzaron rápidos por su mente. Dos años antes había enterrado a su madre, dama de preclara estirpe, bajo el alto abeto inmediato a su cabaña. Aquel día se puso para siempre el sol de Pierrot y, respecto a Rama de Sauce, experimentó una extraña y amarga sensación de soledad. Aquella tarde, a la puesta del sol, tres seres rodearon la tumba de la finada: Pierrot, Rama de Sauce y un *espléndido* perro que tenía una mancha blanca en el pecho y cuya oreja blanqueaba en su extremo. Este perro había sido el compañero favorito de su madre. No se separaba de ella un instante y cuando su ama murió, él se apoyó la cabeza sobre el lecho de muerte. En la noche del día del entierro, desapareció tan completamente como su ama. Nadie lo volvió a ver. Aquello, que no era más que un suceso extraño, Pierrot lo consideraba maravilloso y en lo más hondo de su corazón creía que el perro había partido al cielo en compañía de su muy amada Wyola.

Mas Rama de Sauce, que había pasado tres inviernos en la escuela de los Padres Misioneros de la factoría de Nelson, sabía muchas cosas acerca de los blancos y del verdadero Dios, y conocía la imposibilidad de que hubiera ocurrido lo que Pierrot creía. Estaba persuadida de que el perro habría muerto o se habría unido a los lobos. Esto último considerábalo como lo más probable. Y en tal caso bien podría suceder que el cachorro perseguido por ella y por su padre fuese hijo de aquel otro perro desaparecido. Robustecían esta creencia las manchas blancas de su pecho y de su oreja y, además el hecho de que no la hubiese mordido cuando ella se atrevió a acariciarlo. Por su parte estaba convencida, y, mientras su padre desollaba al oso, siguió buscando a *Bari*.

Éste no se había movido de debajo de la roca y miraba fijamente hacia el lugar en donde se desarrollara la tragedia. Había visto algo que nunca olvidaría, así como tendría siempre presentes a sus padres y a su primer cubil. Acababa de presenciar la muerte de un animal al que consideró todopoderoso y, lo que era más grande todavía, que el oso no había podido ni siquiera luchar contra sus enemigos, pues éstos lo mataron desde lejos. Ahora Pierrot lo desollaba con un cuchillo que brillaba al sol, lo cual hizo temblar a *Bari*. Éste se acurruco más hacia el fondo de su escondrijo, en

donde estaba de tal manera embutido que parecía haber sido incrustado allí por una mano hercúlea.

Podía ver a Rama de Sauce que se hallaba a unos seis metros de distancia, e impidiéndole la fuga, en caso de que se le hubiera ocurrido escapar. La joven comenzaba a dividir su brillante cabello en dos trenzas. *Barí*, que dejó de observar a Pierrot, empezó a vigilarla curiosamente. Ya no estaba asustado; por el contrario, sentía cada vez más fuerte el deseo de salir de su escondite y acercarse a aquel ser maravilloso de ojos brillantes y hermoso pelo.

Bari sentía necesidad de acercarse a ella, como si él tirase una fuerte cuerda, Era *Kazán y no Loba Gris* el que entonces predominaba en él. Mas contra este deseo actuaba *Loba Gris* para decidirlo a hundirse en el bosque. El lobo lo obligaba a permanecer quieto. Rama de Sauce, mientras tanto, miraba sonriente a su alrededor y por un momento volvió la cara hacia él. El perro vio el brillo de sus blancos dientes y el fulgor de sus hermosos ojos.

Luego, de pronto, la muchacha se arrodilló en el suelo y miró por debajo de la roca. Encontráronse sus ojos y por espacio de un minuto ninguno de los *dos* hizo el menor movimiento. Respiraba Rama de Sauce tan suavemente que *Bari* no la oía. Por fin le llamó muy despacio:

—¡Bari! ¡Bari! ¡Ven!

Era aquélla la primera vez que *Barí* oía su nombre, y había algo tan dulce y tranquilizador en la voz de la joven, que, a su pesar, el perro contestó con un gemido tan suave que apenas llegó a los oídos de Rama de Sauce lista extendió despacio los brazos. Fácilmente hubiera podido hundir el perro sus dientes en aquella carne mas algo se lo impidió.

Sabía que no era un enemigo, que los negros ojos que brillaban tan maravillosamente al mirarlo no estaban animados por el deseo de hacerle daño y la voz que suavemente llegaba a sus oídos parecía una extraña y dulce música.

—¡Bari, ven!

Rama de Sauce le llamó una y otra vez mientras introducía su cabeza por debajo de la roca tratando de alcanzarle de acortar los treinta centímetros que la separaban del cachorro, pero no lo conseguía. Luego observó que por el otro lado del peñasco había un más amplio acceso aunque éste estaba interceptado por una piedra. Si pudiese quitarla... La observación la satisfizo grandemente. Pierrot estaba muy ocupado en su faena de despellejar al oso y no quiso llamarlo. Hizo un esfuerzo para mover la piedra mas no lo logro porque estaba firmemente encajada. Por eso empezó a socavar la tierra con un palo. Si Pierrot hubiese estado allí, sus ojos observadores habrían descubierto inmediatamente por qué su hija no podía ni siquiera mover aquella piedra. Seguramente estaba allí hacía varios siglos, manteniendo la estabilidad de la roca bajo la cual se escondiera *Barí*.

A los cinco minutos de trabajo, Rama de Sauce pudo mover la piedra y tiró de ella con toda su fuerza. Poco a poco la sacó hasta que quedó separada por completo

dejando practicable una abertura por la que podía introducir su cuerpo. Miró de nuevo a Pierrot, que continuaba absorto en su faena, y rió silenciosamente mientras se desataba del cuello un pañuelo rojo y blanco procedente de la factoría de la bahía de Hudson, el cual le serviría para sujetar a *Barí*. Dejóse caer sobre sus manos y sus rodillas y, echándose luego cuan larga era empezó a arrastrarse para meterse por la brecha.

*Barí* se había movido. Con la espalda adosada a la parte inferior de la roca, sintió, cosa que no había notado la joven, una lenta pero progresiva presión. La enorme roca descendía, mas Rama de Sauce no se dio cuenta de ello y continuaba llamando al cachorro:

—¡*Barí*! ¡*Barí*! ¡*Barí*!

Tenía ya la cabeza y los hombros debajo de la roca. Sus ojos brillaban muy cerca de *Bari*, el cual, dándose cuenta de que se hallaba en grave peligro, lanzó un gemido, De pronto...

Rama de Sauce sintió la presión de la roca sobre su espalda, y sus ojos, que hasta entonces miraban cariñosamente a *Bari*, expresaron un tremendo espanto. De sus labios salió un grito que sonó a *Bari* a cosa extraña y nueva. Pierrot no oyó este primer grito henchido de terror y angustia, mas sí los siguientes, los que la joven fue lanzando conforme se sentía cada vez más oprimida por la descendente y pétrea masa. Corrió hacia ella con la velocidad del viento. Los gritos se iban debilitando por momentos. Pierrot vio a *Bari* cuando salía de debajo de la roca y echaba a correr por el cañón. Al mismo tiempo distinguió una parte del traje de su hija y sus pies calzados con mocasines. El resto de su cuerpo estaba oculto por la trampa mortal.

Pierrot comenzó una afanosa excavación y pocos momentos después pudo extraer a Rama de Sauce de debajo de la roca. La pobre muchacha estaba pálida como la nieve y había perdido el conocimiento. Tenía los ojos cerrados y no daba la menor señal de vida, lo cual produjo a su padre mortal angustia. Mas no se dio por vencido, sino que empezó a luchar para reanimar a aquel cuerpo inanimado. Rompió el vestido y con alegría vio que su hija no había sufrido lesiones de gravedad como temiera. Luego fue en busca de agua y, al regresar, advirtió con inmenso júbilo que su hija tenía los ojos abiertos y respiraba ansiosamente.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó sollozando y dejándose caer de rodillas a su lado.

Ella sonrió, mientras con sus brazos se cubría el desnudo pecho y se dejaba abrazar por su padre, el cual se olvidó en absoluto del agua que con tanto anhelo fuera a buscar.

Poco después, cuando, arrodillado, miró por debajo de la roca, exclamó palideciendo:

—*Mon Dieu!*, si no hubiera sido por ese hueco que la piedra ha dejado en la tierra...

El terror le hizo estremecer, mas Rama de Sauce, feliz al sentirse a salvo, sonrió y

le dijo:

—Me habría sucedido lo que al oso; ya no existiría... No quiera Dios, *mon pere*, que algún día tenga un marido a quien pueda comparar con esa roca.

—*Non!* —dijo enérgicamente—. ¡Nunca!

Pensaba de nuevo en Mac Taggart, el factor de Lac-Bain, y sus manos se crisparon convulsivamente; luego sus labios besaron suavemente el cabello de su hija.

## Capítulo IX

Asustado por los terribles gritos de la joven y por la aparición de Pierrot que, abandonando el cadáver del oso negro, corrió a socorrer a su hija, *Bari* no cesó en su carrera hasta que le pareció que sus pulmones eran incapaces de seguir funcionando. Se detuvo. Hallábase ya bastante lejos del cañón y sobre el camino del pantano de los castores adonde no había ido desde hacía varias semanas. Se acordaba perfectamente de *Diente Roto*, de *Umisk* y de sus compañeros y si no se había acercado a ellos era porque el alimento que le proporcionaba la proximidad del oso constituía para él un atractivo demasiado fuerte. Ahora el oso había muerto y, por lo tanto, habíanse concluido las espléndidas sesiones de pesca. *Bari* comprendía muy bien que allí donde antes halló la felicidad y la abundancia, no iba a obtener ya sino escasez y desalientos. Y así como en otro tiempo, en un instante de desesperación, corrió hacia el cubil, ahora se dirigió hacia la colonia de los castores.

No sabríamos decir a ciencia cierta en qué se fundaban los temores de *Bari*, mas seguramente no era Rama de Sauce la causa de ellos. La joven le había perseguido y hasta tocado; sin embargo, ello no produjo al cachorro temor ninguno. Y aunque de vez en cuando se detenía para ver si le seguía Rama de Sauce, no habría huido de ella si la hubiera visto sola. Sus ojos, su voz y sus manos tenían para *Bari* un singular encanto. Se sentía otra vez muy solo y le embargaba una fuerte nostalgia. Aquella noche sus sueños fueron bastante desagradables.

Se echó debajo de la raíz de un abeto, no lejos del pantano de los castores, y durante toda la noche se sintió agitado por ensueños intranquilos, mediante los que vio a su madre, a *Kazán*, al cubil, a *Umisk* y a Rama de Sauce. Una vez se despertó y su primera impresión fue la de que la raíz junto a la que se hallaba era *Loba Gris*, mas al observar que su madre no estaba allí, profirió un amargo gemido. Otras veces tuvo visiones de los extraordinarios sucesos de aquel día. Vio la fuga del oso por el pradecillo y cómo hallaba la muerte al poco rato. Vio el brillo de los ojos de Rama de Sauce y oyó su voz... tan dulce y tan queda que le pareció extraña música. Luego percibió sus terribles gritos de angustia.

Experimentó una gran complacencia cuando despertó y adivinó que apuntaba el alba. No buscó comida, sino que descendió hasta el pantano. No tenía grandes esperanzas de encontrar allí lo que buscaba, porque recordaba que, tan claramente cómo pueden expresarse los animales, *Umisk* y sus compañeros de juego le indicaron que no querían nada con él. Sin embargo, el hecho de que estuvieran allí aliviaba su sentimiento de soledad, el cual parecíale cada vez más insoportable, pues lo que había en él de lobo permanecía entonces dormido. Y en aquellos instantes en que,

pasajeramente, la sangre salvaje dormía en él, sentíase deprimido por la convicción de que no pertenecía a aquella vida selvática, sino que era en ella un intruso amenazado por extraños peligros.

En lo profundo de los bosques del Norte, los castores no solamente trabajan y juegan de noche, sino que se dedican a ello preferentemente durante el día y muchos de los que pertenecían a la colonia de *Diente Roto* estaban despiertos cuando se presentó *Barí*. Los pequeños castores hallábanse todavía con sus madres en sus espesas y puntiagudas viviendas construidas en medio del agua. Había tres de estas habitaciones y cada una de ellas mediría seis metros de diámetro. *Barí* experimentaba alguna dificultad en seguir las orillas del pantano y al retroceder por entre los sauces, alisos y abedules, tuvo que franquear docenas de pequeños canales que se interpusieron en su camino. Algunas de estas corrientes tenían cerca de medio metro de ancho y otras pasaban de uno. Nada comparable a aquel sistema de tráfico fluvial. Por aquellos canales transportaban los castores sus materiales de construcción y su comida al depósito principal, o sea el pantano.

En uno de los canales más anchos, *Barí* sorprendió a un enorme castor que empujaba un tronco de abedul que mediría aproximadamente un metro, siendo su grueso mayor que el de la pierna de un hombre. Este tronco significaba, por lo menos, una docena de desayunos, de comidas y de cenas. Las cuatro o cinco cortezas interiores del abedul constituían lo que podríamos llamar el pan, la manteca y las patatas del *menú* de los castores, mientras que las cortezas más estimadas de los sauces y de los jóvenes alisos eran algo así como la carne y los postres.

*Barí* husmeó con curiosidad la rama del abedul una vez el castor la hubo abandonado al huir y luego prosiguió el camino. No trataba de ocultarse. De aquí que pudiera ver lo menos una docena de castores antes de que llegase al punto en que se estrechaba el pantano hasta alcanzar el ancho de la corriente, a cosa de medio Kilómetro del dique. Luego retrocedió y toda aquella mañana anduvo por los alrededores del pantano sin temor a que lo vieran.

En sus fuertes de barro y ramas, los castores celebraron consejo de guerra. Estaban muy extrañados. Existían para ellos cuatro enemigos a los que temían sobre todas las cosas: la nutria, que destruía sus diques en invierno; haciéndoles morir de frío y de hambre, pues el descenso del agua les impedía llegar al punto donde guardaban sus provisiones; el lince, que hacía presa en todos ellos; ya fueran viejos o jóvenes, y la zorra y el lobo, que permanecían emboscados durante, horas enteras a fin de apoderarse de los pequeñuelos como *Umisk* y sus compañeros de juego. Si *Bari* hubiese sido uno de aquellos cuatro conocidos adversarios, tanto el viejo *Diente Roto* como sus súbditos habrían sabido qué conducta seguir. Mas *Barí* no era una nutria y si bien se parecía a la zorra, al lobo y al lince, obraba de un modo distinto a ellos. Media docena de veces tuvo ocasión de atacar a un castor y, sin embargo, ninguna vez mostró el menor deseo de hacerles daño.

Es posible que los castores discutieran ampliamente: este asunto y también que

*Umisk* y sus camaradas refirieran a los mayores el hecho de que *Bari* no les hiciera el menor daño, tan fácil como hubiera sido atacarlos. También es posible que los mismos castores que aquella mañana huyeron de *Bari* dieran cuenta de sus aventuras, y aunque los asustó con su presencia, no había demostrado deseo ninguno de atacarlos. Todo ello es muy posible, pues si los castores pueden influir como influyeron en la historia de un continente y llevan a cabo j obras de ingeniería que solamente puede destruir la dinamita, es razonable suponer que tengan algún medio de comunicarse.

Mas, sea lo que fuere, el valeroso *Diente Roto* resolvió tomar a su cargo la solución del enigma.

A primera hora de la tarde *Bari* daba su tercer o cuarto paseo por el dique, el cual tendría unos sesenta metros de largo, no siendo rebasado en ninguno de sus puntos por el ascenso del agua, pues la que se aglomeraba en el pantano, hallaba salida por estrechos agujeros que los castores habían practicado en la parte inferior. Una o dos semanas antes, *Bari* habría podido recorrer enteramente el dique hasta llegar al otro lado del pantano, mas a la sazón, en la parte más próxima a la orilla apuesta, hallábase *Diente Roto*, el cual, en compañía de algunos de sus ingenieros, se enfrascaba en la faena de añadir una nueva sección al dique, después de inundado el terreno sobre el que trabajaban con objeto de desenvolverse con mayor facilidad. La parte principal del dique ejercía sobre *Barí* extraordinaria fascinación.

Sobre el dique había ciertas depresiones originadas por el peso de los castores, que acostumbraban tomar sus baños de sol siempre en el mismo sitio. En una de estas depresiones se tendió *Bari* sin dejar de contemplar fijamente el pantano, que por su quietud semejava una balsa de aceite. Reinaba el mayor silencio y nada alteraba la tranquilidad de la tarde. A juzgar por el mutismo que observaban y por lo invisibles que entonces eran, habríase dicho que todos los castores habían muerto. Ello se debía a que habían advertido la presencia de *Bari* en el dique.

El sol bañaba con su cálida luz el lugar en que se echara el cachorro y éste se hallaba allí tan a gusto, que pronto comenzó a sentirse incapaz de tener abiertos los ojos para mirar hacia el pantano, concluyendo por quedarse dormido.

Es un misterio cómo *Diente Roto* pudo enterarse de ello. Cinco minutos después de haberse dormido *Bari*, apareció silenciosamente sin agitar el agua a unos cincuenta metros del cachorro. Permaneció unos instantes inmóvil y luego comenzó a nadar suavemente a lo largo del dique. Al llegar a la orilla saltó a tierra y, deteniéndose nuevamente, contempló a *Bari* por espacio de unos segundos. Era evidente que *Diente Roto* tenía el propósito de observar a *Bari* de cerca. Volvió a lanzarse al a y, muy pegado al dique, avanzó a nado hasta hallarse a unos tres metros de distancia del cachorro. Entonces, se encaramó a la construcción de ramas y barro y, a vez allí, contempló a *Bari* a su sabor.

El perro estaba casi oculto en su hoyo, de manera a la mirada de *Diente Roto* no se ofrecía más que parte superior de su brillante cuerpo. De aquí que *te Roto*, con



objeto de verle mejor, se levantara sobre sus patas traseras y su cola, cual si fuera una ardilla.

En tal posición alcanzaba una altura de noventa centímetros. Dado su volumen — pesaría unos veinte kilogramos— se parecía en cierto modo a esos perros bonachones y demasiado gruesos que sólo piensan en comer. Mas el cerebro del viejo castor trabajaba con la mayor actividad. Repentinamente dio un golpe con la cola sobre el barro del dique y *Barí* se incorporó, quedando sentado sobre sus ancas. Inmediatamente vio a *Diente Roto* y, sorprendido, clavó en él su mirada. El castor también lo miró con fijeza y por espacio de medio minuto los dos permanecieron completamente inmóviles. Luego *Barí* se puso en pie y movió la cola.

Esto fue suficiente. *Diente Roto* se dejó caer sobre sus patas anteriores y, dirigiéndose al borde del dique, se arrojó al agua. Ya no parecía tener prisa ni abrigar el más pequeño temor. Se zambulló estrepitosamente y empezó a nadar de un lado a otro por debajo de donde estaba *Barí*. Después atravesó el pantano, siguiendo la dirección de la mayor de las tres viviendas, y desapareció. Cinco minutos después de la hazaña de *Diente Roto*, la nueva había circulado por entre todos los individuos de la colonia. El forastero, *Barí*, no era un lince ni una zorra ni un lobo. Además era joven e inofensivo. Podía reanudarse el trabajo y el juego, pues no había peligro ninguno. Tal fue el veredicto de *Diente Roto*:

No habría sido más rápida la respuesta si alguien, en lenguaje de los castores, hubiera difundido la nueva por medio de un megáfono. Inmediatamente el pantano se pobló de castores. Nunca había visto tantos de ellos juntos. Surgían de todas partes. Algunos nadaban muy cerca de él y le miraban de un modo extraño. Durante cinco minutos la colonia entera estuvo nadando de un lado a otro, sin rumbo fijo. Luego *Diente Roto* se dirigió a la orilla y tomó tierra, seguido por varios de sus súbditos. Seis o siete castores más se internaron en los canales que se deslizaban entre los árboles. *Barí* esperaba la aparición de *Umisk* y de sus compañeros con gran ansiedad y, al fin, pudo ver que se acercaban a nado desde una de las viviendas más pequeñas. Tomaron tierra en el lugar acostumbrado: la suave barra sobre la orilla fangosa. *Barí* movió la cola con tanta violencia, que su cuerpo entero se agitó. Después echó a correr por el dique.

Cuando llegó cerca de los pequeñuelos, *Umisk* estaba cenando. Su cena consistía en un sauce tierno, recién cortado. En cuanto a sus compañeros, se hallaban entonces entre un macizo de jóvenes alisos.

Aquella vez *Umisk* no huyó. Se limitó a levantar la fijeza para mirar a *Barí*, el cual se echó al suelo, agitando la cola del modo más amistoso que le fue posible. *Umisk* lo estuvo contemplando durante unos segundos, y luego, muy tranquilamente, continuó su cena.

## Capítulo X

Así como en la vida de todo hombre hay siempre algún hecho importante que influye en ella, ya sea beneficiosamente o perjudicialmente, para *Barí* el pantano fue en una parte árbitro de su destino. Adonde habría ido a parar de no haber descubierto el pantano y qué le habría ocurrido, es cosa que no se puede conjeturar siquiera. Mas el pantano lo retuvo. Éste empezó a ser para él lo que en otro tiempo fuera su primer cubil y en los castores halló una camaradería que le compensó en cierto modo de la pérdida de la protección y amistad de sus padres.

Una camaradería, si así puede llamarse, llegó a lo que queda dicho, pero no a más. Los castores fueron acostumbrándose a la proximidad de *Barí* hasta el punto que, transcurridas dos semanas, le hubieran echado de menos en el caso de que el cachorro se fuera, aunque verdaderamente, éste lo hubiera sentido mucho más si fueran aquéllos los que le abandonasen. Así, pues, lo que los castores experimentaban no pasaba de ser una tolerancia bondadosa, mientras que *Barí*, sentía algo muy distinto. Aún echaba de menos a su madre y le agitaban unas ansias infantiles que nunca había podido satisfacer. Por la noche, cuando los castores estaban en sus guaridas, le acometían deseos de ir a reunirse con *Umisk* y sus demás amigos.

Durante una quincena, a partir de la hazaña de *Diente Roto*, *Bari* comió a un kilómetro de distancia, corriente arriba, en donde abundaban los cangrejos. Mas su morada era el pantano. Cuando llegaba la noche hallábase siempre cerca de él y allí pasaba también gran parte del día. Dormía en un extremo del dique, o en el centro de él cuando la noche era muy clara, y los castores lo tenían ya como huésped, por lo que trabajaban en su presencia como si no existiera.

*Bari* no se cansaba de contemplarlos cuando trabajaban. Su constancia y su laboriosidad le extrañaba y le maravillaba a un tiempo. Día tras día, veía como los castores transportaban los troncos y ramas flotantes en dirección al lugar en que construían un nuevo dique. Advertía como la obra progresaba gracias a sus esfuerzos. Un día se hallaba a cuatro metros de un viejo castor que estaba cortando un árbol de unos quince centímetros de diámetro. Cuando el árbol cayó, tanto el castor como *Bari* se apresuraron a ponerse a salvo, mas el cachorro volvió en seguida sobre sus pasos para oler la parte por donde el tronco se había partido y para preguntarse por qué trabajarían tanto los allegados de *Umisk*.

Con todo no podía inducir a *Umisk* ni a los demás pequeñuelos a que jugaran con él y después de una semana de inútiles tentativas desistió de sus propósitos. Por otra parte, los juegos a que se entregaban le extrañaban tanto o más que los trabajos de los mayores. *Umisk*, por ejemplo, era muy aficionado a jugar con el lodo de las orillas

del pantano. Así como los viejos acarreaban troncos flotantes de distintos gruesos para construir el dique, él, muy satisfecho, llevaba ramitas, no más gruesas que un lapicero, al lugar en que formaba sus diques de juguete.

*Umisk* trabajaba en la construcción de su obra en miniatura, tan larga y seriamente como su padre y su madre dedicaban sus actividades a la ampliación del dique verdadero. En las partes donde el barro del dique aparecía más seco, *Umisk* abría minúsculos canalillos, asemejándose a un niño que trazara ríos y mares infestados de piratas en las aguas de alguna fuente. Con sus pequeños y afilados dientes, corlabo ramitas de diámetro no superior a tres centímetros, y cada vez que conseguía quebrar una de ellas sentía, indudablemente, la misma satisfacción que *Diente Roto* al derribar un árbol de veinte metros de altura. Mas *Bari* no concebía como aquello podía significar una diversión para *Umisk*. Comprendía, eso sí, que se distrajera royendo ramitas, pues él mismo gustaba de afilarse los dientes mordiendo troncos de pequeño diámetro, pero no que tan pacientemente mordiera una rama para comerse luego la corteza.

Otro de los juegos del castor disgustó sobremanera a *Bari*. A poca distancia del lugar en que viera a *Umisk* por vez primera, había una pendiente muy inclinada, de unos tres metros y medio de altura. Terminaba en el pantano y los pequeños castores la usaban como tobogán. Tenía la superficie muy dura y resbaladiza y tanto *Umisk* como sus amiguitos se dejaban caer por ella, yendo a parar al agua, donde chapoteaban ruidosamente. A veces se reunían en este juego seis u ocho castorcillos y en algunas ocasiones hasta los viejos tomaban parte en la diversión.

Una tarde, cuando el tobogán estaba muy mojado y resbaladizo a causa de haber sido recientemente usado por los castores, *Bari* se acercó a la parte superior para examinarlo. En ningún sitio había percibido tan claramente el olor de los castores, y olfateando el suelo avanzó imprudentemente. De pronto sintió que sus patas resbalaban y que con extraordinaria celeridad se deslizaba todo él pendiente abajo. Dio una fuerte zambullida y por segunda vez en su vida se vio debajo del agua. Cuando, un minuto o dos más tarde, tomó tierra, tenía al menos una opinión exacta y precisa acerca de aquel juego de los castores.

Acaso *Umisk* lo viera, y muy pronto la historia de su aventura se difundiera por la colonia de castores, porque cuando, más tarde, *Bari* llegó junto a *Umisk*, éste no se alejó como solía hacer, y por primera vez los hocicos de ambos se unieron para olfatearse. Por lo menos para *Bari*, ello equivalió a sellar un pacto de amistad. Hizo piruetas extravagantes, expresando a *Umisk* cuán simpático le era y asegurándole a su modo que serían excelentes amigos. *Umisk* no hizo el menor movimiento, mas continuó al lado de *Bari*, por lo que éste se sintió sumamente feliz.

Aquella amistad, a pesar de que, al menos exterior, mente, parecía no ser correspondida, fue muy preciosa para *Umisk*. *Bari* le buscaba y procuraba estar siempre cerca de él. Un día estaba echado y medio dormido sobre la hierba, mientras *Umisk*, a pocos metros de distancia, se entretenía royendo una ramita. El coletazo de

un castor en el agua despertó a *Bari*. Luego resonaron otros ruidos semejantes. El cachorro se puso en pie vio que todos los castores que había en tierra se apresuradamente hacia el agua.

También *Umisk* echó a correr con toda la celeridad que le permitían sus cortas y gruesas patas. Al mismo tiempo que éste llegaba a la orilla, vio *Bari* algo que pasaba ante él como una centella. Era un zorro gris clavó sus dientes en el cuello de *Umisk*. *Bari* oyó como su amiguito lanzaba un grito de agonía que difícilmente pudo precisarse entre el estruendo que producían los castores con sus colas y sintió correr aceleradamente la sangre por sus venas. Tan ligero como el zorro, *Bari* se dirigió a él para liberar a la víctima. Era *Bari* tan corpulento como el enemigo. Cuando se arrojó sobre él profirió un fiero gruñido que Pierrot p haber oído desde la orilla opuesta del pantano, y dientes se clavaron como cuchillos en la espalda; zorro. Éste pertenecía a una raza que siempre ataca traición. No era luchador y nunca daba la cara al contrario. De aquí que cuando *Bari* se abalanzara tan y rápidamente sobre el zorro, éste huyera despavorido.

*Bari* no lo persiguió, sino que se acercó a *Umisk*, cual se hallaba tendido en el fango y gemía y soplaba extrañamente. El cachorro le olfateó y el castorcillo; puso en pie mientras la colonia entera promovía un estruendo de coletazos en la parte del pantano más próxima a *Umisk*.

Tras este suceso, *Bari* acabó de considerarse entré castores como en su propia casa.

## Capítulo XI

Aún temblaba la encantadora Rama de Sauce al recordar su peligro de muerte del que milagrosamente se libara; aún Pierrot daba las gracias al cielo por haber podido salvar a su hija, y ya *Barí* se había convertido en algo así como un habitante más de la colonia de castores, cuando Mac Taggart imaginó uno de sus diabólicos planes en la factoría del Lac-Bain, situada a sesenta kilómetros al Noroeste. Era Mac Taggart el encargado de la factoría hacía ya siete años, y en Winnipeg, en los libros de la Compañía, estaba calificado como hombre muy útil. El gasto de su factoría era siempre inferior al promedio calculado y su cuenta semestral de pieles no dejaba nunca de figurar en primera línea. En los registros de la oficina principal, a continuación de su nombre, había una nota que decía: «Sabe sacar más provecho a un dólar que cualquier otro de los empleados de la región del Norte del Lago de Dios».

Los indios sabían perfectamente por qué era así. Lo llamaban «el hombre-diablo», y pronunciaban este nombre en voz baja y con tono siniestro al resplandor de las hogueras de sus tiendas donde los vientos no pudieran llevarlo a oídos del interesado, pues no abrigaban hacia él más que temor y odio. Precisamente en las épocas de epidemias o hambre era cuando Mac Taggart se mostraba más duro con ellos. Su alma ruin, ahogada en un cuerpo de bestia, gozaba con sus actos de tiranía. Allí, en aquella región aislada, su poder no tenía límites. La Compañía había atribuido autoridad de rey en aquellos dominios donde no había más leyes que las que él dictaba. Y él, en compensación, entregaba a la Compañía más fardos de pieles de los que ella esperaba. Esto último era motivo de que no se abrigara sobre él la menor sospecha. Por otra parte, sus jefes se hallaban a mil quinientos kilómetros de distancia.

Gregson, el agente inspector de aquel distrito, que visitaba a Mac Taggart una vez al año, podría haber dado cuenta de que los indios llamaban al factor «el hombre-diablo» porque solamente les daba por sus pides la mitad de lo que valían; podría haber informado a la Compañía que dejaba a los pobres tramperos casi morir de hambre durante el largo invierno y que los tenía como arrodillados a sus pies y asidos por la gargantas también podría manifestar que siempre vivía acompañado de una mujer o una niña india o mestiza. Pero Gregson se divertía mucho durante sus visitas a Lac-Bain. Siempre tales inspecciones representaban para él dos semanas de desenfrenados placeres y, por si esto fuera poco, Mac Taggart le regalaba pieles en abundancia para su mujer y sus hijas.

Cierta tarde, cosa de una semana después de la aventura de Rama de Sauce y el cachorro bajo la roca, Mac Taggart estaba sentado a la luz de una lámpara de aceite

en su almacén. Había mandado a la cama a su empleado un joven inglés, y se hallaba solo. Hacía seis semanas que mostrábase muy intranquilo y precisamente fue en esta fecha cuando Pierrot llevó a Rama de Sauce por primera vez a Lac-Bain desde que Mac Taggart era factor allí. La belleza de la joven lo dejó atónito, y, a partir de entonces, no pudo apartar de su mente el recuerdo de ella. Mac Taggart estuvo dos veces en la cabaña de Pierrot durante aquellas seis semanas y al día siguiente iría de nuevo a hacerles una visita. María, la escuálida joven india que habitaba la casa de él, había sido echada ya en olvido, así como desaparecieron de su memoria otra docena de muchachas semejantes a María. Ahora sólo recordaba a Rama de Sauce, pues nunca había visto mujer tan hermosa como ella.

En voz alta maldijo a Pierrot mientras leía en una hoja de papel que tenía en la mano y en la cual, por espacio de una hora, había estado anotando datos sacados de los polvorientos y gastados libros de la factoría. Pierrot se interponía en su camino. El padre de Pierrot, según las notas que tenía a la vista, fue un francés de pura raza. Por consiguiente, Pierrot era mes tizo y Rama de Sauce cuarterona, aunque era tan hermosa que se habría podido jurar que en sus venas corría apenas alguna que otra gota de sangre india. Si hubiese sido india de pura raza de las tribus *chippeway*, *cree*, *ojibway* o *dog rib*, o de cualquier otra tribu, en vez de tener sangre francesa, no habría existido la menor dificultad. Los habría obligado a doblegarse a su poder, y Rama de Sauce hubiera entrado en su cabaña como entró María seis meses atrás. Mas el caso era diferente tratándose de Pierrot y de su hija; en sus venas corría sangre francesa. Sin embargo...

Sonrió cruelmente y apretó los puños. ¿Acaso no era suficiente el poder de que gozaba? ¿Se atrevería Pierrot rebelarse contra él? ¡Que lo hiciera! Él, Mac Taggart, lo alejaría de la comarca, de las regiones de caza que heredara de su padre y de su abuelo. Lo convertiría en ser errante, en un proscrito, como hizo con otros muchos. Ninguna factoría vendería ni compraría pieles a Pierrot, si se colocaba, por su influencia, una cruz negra detrás de su nombre. En esto estribaba su poder, en esa facultad de proscribir a quien se le antojara, y merced a él retuvo a María, la delicada muchacha *cree* de ojos negros. María le odiaba, mas a pesar de su odio, «se ocupaba en los quehaceres de la factoría». Ésta era la explicación que hubiera dado de su presencia en caso de que fuera necesario dar explicaciones.

Mac Taggart examinó nuevamente las notas que tomaba en la hoja de papel. El cazadero de Pierrot, de su absoluta propiedad según las leyes de aquellas selvas, era muy importante. Durante los últimos siete años, el cazador había obtenido por término medio un millar de dólares anuales por las pieles que lograba reunir, porque, además de la abundancia de la caza en aquella región, Mac Taggart no pudo engañarle con tanta facilidad como engañaba a los indios. ¡Mil dólares al año!

Pierrot se lo pensaría muy bien antes de perderlo. Esta idea proporcionó a Mac Taggart una satisfacción profunda: y estrujó el papel mientras se disponía a apagar la luz. Su rostro, encuadrado por inculca barba, tenía el rojo matiz de su sangre ardiente.

Era un rostro desagradable, cruel, despiadado y animado por una mirada que justificaba plenamente su apodo de «Hombre-diablo». Por fin, dando un suspiro, apagó la luz.

Mientras en la oscuridad se encaminaba hacia la puerta, roía satisfecho. Podía ya dar por seguro que Rama de Sauce le pertenecería. La obtendría a todo trance, aunque para ello hubiera de quitar la vida a Pierrot. Y, ¿por qué no se la habría de quitar? Era muy fácil. Un tiro en algún lugar desierto, una cuchillada certera... ¿Quién lo sabría? ¿Quién podría adivinar qué había sido de Pierrot? Por lo demás, la culpa de lo que pudiera suceder era enteramente de Pierrot. La última vez que Mac Taggart le viera, le hizo proposiciones muy razonables; estaba dispuesto a casarse con su luja. Sí, hasta eso hubiera llegado. Así se lo dijo a Pierrot, Y añadió que cuando fuera su yerno, le pagaría doble precio por sus pieles. Pierrot se había quedado mirándole fijamente, sorprendido, idiotizado, como quien acaba de ser aturdido por un golpe.

Así, pues, si no lograba a Rama de Sauce sin violencia, ya sabía que la culpa sería única y exclusivamente de Pierrot. Al día siguiente Mac Taggart se dirigía de nuevo a la comarca del mestizo, y al otro, Pierrot habría de darle una contestación definitiva. Absorto en estos pensamientos, el factor sonreía henchido de satisfacción. Por fin, se fue a la cama.

Hasta el día anterior Pierrot no había dicho una palabra a Rama de Sauce de lo sucedido entre él y el factor de Lac-Bain.

—Es una bestia, un verdadero demonio —añadió al terminar—. Antes que suya, preferiría verte muerta.

Y señaló al alto abeto junto al cual estaba enterrada la madre de la joven.

Ésta no contestó, mas sus ojos se agrandaron y brillaron con un negro profundo. Sus mejillas se tiñeron de un rubor tan vivo que hasta su mismo padre se sorprendió. Cuando se puso en pie, a su padre le parecía mucho más mujer de lo que le había parecido hasta entonces. Tal era su actitud y su apariencia que Pierrot sintió miedo. Altiva y serena, la joven miraba hacia el Noroeste, hacia Lac-Bain.

Era encantadora aquella muchacha. La belleza de que estaba dotada intranquilizaba a su padre, pues durante su conversación con Mac Taggart había tenido ocasión de ver el brillo insano de los ojos del factor y el temblor de deseo que entrecortaba sus palabras. Al principio se asustó, mas ahora ya no sentía ningún miedo. Estaba solamente intranquilo y nerviosamente cerraba las manos.

Al cabo de un rato Rama de Sauce se volvió y fue a sentarse a sus pies.

—Mañana vendrá, *ma chérie* —dijo Pierrot—. ¿Qué he de contestarle?

Los labios de la muchacha estaban rojos, sus ojos brillaban, mas no miró a su padre.

—Nada. Eso aparte de que con quien ha de hablar es conmigo. Si quieres, puedes decírselo así.

Desde Lac-Bain hasta la cabaña del cazador, el canino pasaba a cosa de medio kilómetro del pantano de los castores y a unos dos kilómetros de la vivienda del

mestizo; allí, en una de las revueltas del riachuelo, donde el oso negro pescara para Bari, acampó Mac Taggart aquella noche. Antes de preparar la cena, el factor sacó de su reducido equipaje cierto número de trampas de alambre y empleó media hora en disponerlas en los lugares que suponía frecuentados por los conejos, Consideraba este medio de procurarse la cena mucho más cómodo en aquellos días tan calurosos, por lo cual había rescindido de llevar consigo el pesado rifle. Sabía que una media docena de trampas bien dispuestas podría cazar cuando menos tres conejos y calculaba que entre los tres habría siquiera uno que fuera tierno y pudiera servirle de succulenta cena. Después de disponer sus trampas, Mac Taggart puso unas lonjas de tocino sobre las brasas y un pote de agua para hacer café.

De todos los olores que suelen desprenderse de un campamento en las selvas, el más fuerte es el del tocino sido. En una noche serena, una zorra lo puede olfatear a mil quinientos metros de distancia y lo menos a tres si el viento sopla en dirección favorable. Este olor a tocino fue, pues, el que llegó hasta *Bari*, en un momento en que se hallaba echado sobre el dique de los castores.

Desde el inolvidable acontecimiento del cañón jamás había comido lo que se dice bien, pues en las cercanías del pantano apenas podía alimentarse de otra cosa que de cangrejos. He aquí el motivo de que el extraño aroma le llamara vivamente la atención y le moviera a levantarse para ir en su busca. Mas el delicioso perfume se perdía por momentos y finalmente se desvaneció en absoluto. Era que el tocino había acabado de asarse.

La noche era espléndida. Tal vez *Bari* estaría ya durmiendo de no haber sido excitado su apetito por el olor del tocino. A partir de su aventura en el cañón, las densidades del bosque inspirábanle cierto temor, especialmente de noche, pero aquella, más que noche, parecía un día neblinoso, tal era su esplendor. No había tuna mas miríadas de estrellas brillaban como remotísimas lámparas, inundando el mundo de tenue luz.

Una brisa ligera producía agradable murmullo en las copas de los árboles, y éste era el único rumor que se escuchaba, pues en aquella época —la de la muda— los lobos suspendían sus cacerías, enmudecían los búhos, las zorras se ocultaban en los lugares silenciosos y sombríos y hasta los gamos y los renos, cuyos cuernos comenzaban a renacer, mostraban muy poca actividad y habían suspendido en absoluto sus contiendas. Era a últimos de julio, época a la cual los *crees* llamaban la «Luna de la muda» y los *chippeways* la «Luna del silencio».

En aquel silencio, *Bari* se aprestó a la caza. Levantó una familia entera de perdices bastante crecidas, mas no logró hacer presa en ninguna. Luego persiguió un conejo que resultó ser más rápido que él, por lo cual tampoco esta vez le favoreció la suerte. Después oyó un ruido que le produjo gran excitación. Estaba ya cerca del campamento de Mac Taggart y lo que acababa de oír era el rebullir de un conejo que había caído en una de las trampas del factor. Cuando *Bari* llegó a un claro de la selva, alumbrado por la luz de las estrellas, y vio las grotescas piruetas que daba el conejo



cazado, quedó inmovilizado por el asombro.

El conejo había introducido la cabeza por el lazo de alambre y al primer movimiento que realizó, el arbolillo del que la trampa pendía, desligóse de lo que lo mantenía doblado y volvió a su posición natural, levantando al conejo, el cual, llegando al suelo tan sólo con sus patas traseras, agitábase en una inarticulada danza, mientras el lazo le asfixiaba estrechándose a su cuello.

El cachorro no podía comprender la significación de aquella extraña pantomima. ¿Acaso el conejo se hallaba enfrascado en uno de aquellos juegos a los que también *Umisk* tenía tanta afición? Fuera lo que fuere, no abrigaba la menor duda respecto a que el conejo presentaba un bocado exquisito y, después de unos breves instantes de vacilación, se abalanzó con gran avidez sobre el desdichado animalito.

Éste, que ya estaba casi muerto, no ofreció la menor resistencia, por lo que a *Bari* le fue fácil rematarlo. Acto seguido dióse un espléndido banquete a la luz de la luna.

Mac Taggart no había oído nada, porque la trampa en la que cayera el conejillo era la que se hallaba a más distancia de su campamento. Sentado cerca de la hovera y con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, fumaba en su negra pipa y pensaba en Rama de Sauce.

*Bari* reanudó su correría nocturna ya sin el menor deseo de cazar, pues el reciente festín habíale dejado ahíto, Sin embargo, el ambiente de la deliciosa noche invitábale a ir olfateando por los claros de la selva. Siguiendo la pista de un conejo, llegó a un lugar donde los troncos caídos formaban un pasadizo no más ancho que su cuerpo. Se introdujo por el estrecho camino y, de pronto, sintió que algo se aferraba a su cuello. Un arbolillo cercano volvió a su posición normal y *Bari* fue elevado por él tan rápidamente, que ni tiempo tuvo de darse cuenta de lo que le sucedía.

Trató de dar un aullido, pero no consiguió producir sino un sonido ahogado. Acto seguido comenzó a agitarse del mismo modo que poco antes lo hiciera el conejillo, el cual parecía tomar su desquite desde el estómago del perro. Imposible le era al cachorro interrumpir la danza y, entre tanto, algo se iba estrechando cada vez más en torno a su cuello. A veces sus esfuerzos y su peso lo acercaban a la tierra, mas pronto volvió a elevarse. Luchaba tan fieramente, que fue milagro que el fino alambre no se rompiera. Y sin duda hubiera terminado por rómpanse a no ser porque Mac Taggart oyera el ruido que hacía *Bari* al debatirse. El factor se levantó y, con la manta en una mano y un garrote en la otra, pues bien sabía que un conejo era incapaz de hacer tanto ruido, dirigióse hacia la trampa. Tal vez se tratase de un gato silvestre, de un lince, de una zorra o de un lobezno.

Al ver a *Bari* creyó que era lo último y, soltando la manta, enarboló el garrote. De haber estado el cielo cubierto de nubes, con lo cual la luz hubiera sido menos intensa, *Bari* habría tenido indudablemente un final semejante al del conejo, mas Mac Taggart, cuando ya tenía el garrote en alto, pudo discernir la mancha blanca del pecho y de la oreja de *Bari*, las cuales destacaban sobre el negro profundo del resto del cuerpo del animal.

Con rápido movimiento cambió el garrote por la manta. Si en aquel momento Mac Taggart hubiese podido prever lo que iba a ocurrir, no hubiera realizado el cambio. De adivinar la tragedia que *Bari* iba a provocar destruyendo todas sus esperanzas y anhelos, lo habría destrozado a garrotazos. Y si *Bari*, por su parte, hubiese sabido lo que había de suceder entre aquel bruto de piel blanca y el ser más hermoso que había visto en la selva, seguramente habría luchado con mayor energía antes de dejarse envolver en la manta del factor. Pero únicamente el Destino, aquel Destino que con su invisible poder acababa de reunirlos, podía tener conocimiento de los sucesos futuros.

## Capítulo XII

Media hora más tarde, la hoguera de Mac Taggart llameaba nuevamente. *Bari* estaba echado cerca de ella, fuertemente atado con una correa de piel de reno y envuelto tan completamente en una manta, que solamente se veía su cabeza, la cual asomaba por un agujero que el cazador había practicado en el grueso tejido de lana. Estaba bien sujeto, tan bien, que apenas podía moverse. A poca distancia de él, Mac Taggart lavábase una mano, la cual estaba cubierta de sangre. También en su cuello había una línea roja.

—¡Así reventaras, maldito! —exclamó volviéndose hacia *Bari*.

Y acercándose, le dio un fuerte puñetazo en la cabeza.

—¡Te voy a arrancar la piel a tiras, ladrón!

*Bari*, que lo observaba, le vio coger un palo que tenía al lado. Aunque anteriormente ya le persiguiera Pierrot, era aquélla la primera vez que viera la ira piulada en j los ojos del hombre. A buen seguro que aquellos ojos no se parecían en nada a los de la hermosa criatura que trató de cogerlo cuando estaba debajo de la roca. Los del factor eran unos ojos feroces que le impelían a arrebujaarse temerosamente en la manta. De pronto el hombre levantó el palo, y *Bari* gruñó y enseñó los dientes, amenazando clavarlos en la carne de aquél cuya sangre había hecho correr ya.

El factor golpeó a *Bari* una y otra vez. Cuando, fatigado, dejó el garrote, el cachorro tenía los ojos cerrados y la boca ensangrentada.

—Así se le saca el diablo del cuerpo a un perro malo —exclamó Mac Taggart—. Ahora ya no te quedarán ganas de morder. ¡Maldita sea tu sangre! Me has clavado los dientes hasta el hueso.

Nuevamente se lavó la herida. La profundidad de ésta causaba al factor cierta inquietud. Las mordeduras en aquella época del año solían tener malos resultados, y por si ello le hacía bien, sacó de su especie de mochila una botella de *whisky* y derramó un poco sobre la herida, mientras maldecía a *Bari* y a toda su casta.

Los ojos semicerrados del perro se fijaron en él, pues sabía que se hallaba ante el más encarnizado y cruel de sus enemigos. Mas no por eso estaba asustado; el garrote de Mac Taggart no había conseguido aplacar sus ánimos. Al contrario, había anulado en absoluto su temor haciendo nacer en su lugar un profundo odio que *Bari* no sintiera ni cuando librara la terrible lucha con el búho. Sentía la animosidad vengativa del lobo a la vez que el furor salvaje de un perro. Al notar que Mac Taggart se acercaba de nuevo a él, no hizo el menor molimiento de temor, sino que trató de levantarse para saltar contra su enemigo, mas, atado y sujetó como estaba, lo único

que logró fue rodar por el suelo en una cómica pirueta.

Ello despenó la hilaridad de Mac Taggart, el cual sentándose junto a un árbol y apoyando la espalda en su tronco, encendió la pipa.

*Bari* no apartaba los ojos del factor mientras éste fumaba y lo observó atentamente cuando se tendió sobre el suelo disponiéndose a dormir. Produjéronle gran extrañeza los desagradables ronquidos de su enemigo. Durante toda la noche estuvo el cachorro haciendo extraordinarios esfuerzos por libertarse. Aquella terrible noche no se borraría jamás de su memoria. Tan envuelto se hallaba en la espesa manta, que estuvo a punto de asfixiarse, mas no por eso profirió el menor gemido.

Empezaron a viajar en cuanto salió el sol. Mac Taggart sentía gran ansiedad por conocer el resultado de la gestión que se proponía hacer. Mientras cruzaba afanosamente la selva con *Barí* debajo del brazo, fue dando los últimos toques a sus planes. Mandaría inmediatamente a Pierrot en busca del Padre Grotin, que se hallaba a cien kilómetros al Oeste, y cuando volviera con el sacerdote se casaría con Rama de Sauce. Si, se casaría con ella, Esta noticia impresionaría favorablemente a Pierrot, quien le dejaría solo con su hija mientras iba en busca del padre misionero.

Estas ideas causaron en Mac Taggart la excitación del *whisky*. No pensaba siquiera en lo que Rama de Sauce podría decir o hacer, porque no tenía el menor interés en conquistar su alma. Luego se echó a reír al pensar que Pierrot pudiera negarse a darle la muchacha. ¡Bah, no sería aquélla la primera vez ni la segunda que habría matado a un hombre!

Se echó a reír nuevamente y aceleró el paso, no había la menor probabilidad de que fracasaran sus planes; Rama de Sauce sería suya. Él, Mac Taggart, era el dueño y señor de aquellos desiertos, rey de sus habitantes y árbitro de sus destinos. Era el poder, la ley.

El sol estaba ya bastante alto cuando Pierrot, que se hallaba a la puerta de la cabaña, dijo a Rama de Sauce, señalando una elevación del camino, por la que acababa de aparecer Mac Taggart:

—¡Ahí viene!

Su rostro había envejecido durante la noche anterior. Contempló a la muchacha, vio sus oscuros ojos y el vivo carmín de sus entreabiertos labios y sintió extraña inquietud. ¿Sería posible...?

Rama de Sauce se volvió hacia él y, con voz temblorosa, le dijo:

—Acuérdate, padre, de que soy yo, la que ha de contestar.

Dichas estas palabras, desapareció apresuradamente al interior de la cabaña. Y Pierrot, frío y pálido el rostro se encontró frente a frente con Mac Taggart.

## Capítulo XIII

Desde la ventana, y oculto el rostro por los pliegues de la cortina que ella misma confeccionara, Rama de Sauce podía ver lo que sucedía en el exterior. Ya no sonreía. Su respiración era jadeante y su cuerpo estaba rígido. Mac Taggart se detuvo a unos pasos de la vivienda y estrechó la mano de Pierrot. La muchacha oyó la ruda voz del recién llegado, sus ruidosas manifestaciones al saludar y mostrar a Pierrot lo que llevaba debajo del brazo. Le explicó como había hecho aquella caza mediante una trampa para conejos. Luego, el factor deshizo el envoltorio y Rama de Sauce profirió un grito de asombro. Se apresuró a salir de la cabaña e irrumpió entre los dos hombres, mas sin mirar a Mac Taggart.

—¡Es *Bari*! —exclamó.

Arrebató el envoltorio a Mac Taggart y se volvió hacia su padre.

—Dile que *Barí* me pertenece.

Y volvió a penetrar en la cabaña. El factor quedó estupefacto. Luego miró a Pierrot, el cual no estaba menos asombrado que su interlocutor. ¡Rama de Sauce no había siquiera saludado al recién llegado...! ¡Al factor de Lac-Bain! Habíale arrebatado el perro sin darle importancia ninguna al hombre. Éste, con el rostro congestionado, miraba alternativamente a Pierrot y a la puerta por la que la joven acababa de desaparecer cerrándola tras, ella.

Una vez dentro de la cabaña, Rama de Sauce dejóse caer de rodillas y acabó de desenvolver a *Bari* sin temor ninguno a que la mordiera. Olvidóse de Mac Taggart y de todo, quedando sólo pendiente del pobre *Bari*, el cual, con los ojos entornados y las mandíbulas ensangrentadas, hallábase inmóvil en el suelo. El triste cuadro hizo desaparecer la alegría de su rostro así como desaparece el sol tras una nube.

—¡*Barí*! —exclamó quedamente—. ¡*Bari*! ¡*Bari*!

Lo levantó un poco y la cabeza del pobre animal se abatió hacia un lado. Su cuerpo estaba tan perfectamente atado, que el cachorro no podía hacer el menor movimiento. Sus patas carecían de sensibilidad y apenas podía ver, mas oyó la voz de la joven. Era la misma que llegara a sus oídos el día en que fuera herido de un balazo; la voz que le hablara cariñosamente cuando estaba debajo de la roca.

Aquella voz reanimó a *Bari*. Le pareció que hacía correr más aprisa la sangre por sus venas y al abrir los ojos cuanto pudo, vio de nuevo las estrellas maravillosas que tan dulcemente brillaron sobre él el día de la muerte del oso negro. Una de las trenzas de Rama de Sauce caía sobre sus hombros y el perro aspiró nuevamente el suave aroma de su cabello cuando su mano lo acariciaba y volvió a sonar la voz. Luego ella se levantó de pronto y se marchó, mas él no se movió, esperándola. Al poco rato

volvió la joven con una jofaina de agua y un trozo de tela y, cariñosamente, le lavó la sangre de los ojos y de la boca. *Bari* no se movía y apenas se atrevía a respirar, mas Rama de Sauce pudo observar los estremecimientos, semejantes a sacudidas eléctricas, que recorrían su cuerpo, cuando lo tocaba con sus manos.

—Te ha pegado con un palo —le decía mientras su rostro estaba a unos treinta centímetros de *Bari*. Ese bestia te ha pegado...

En aquel momento hubo una interrupción. Abrióse la puerta y apareció el «Hombre-diablo», el cual quedó contemplando al grupo mientras en sus labios se dibujó una mueca de desagrado. Instantáneamente *Bari* dio muestras de estar vivo, pues, lanzando un gruñido, retrocedió de un salto y se encaró con Mac Taggart.

Sus dientes brillaban amenazadores y sus ojos ardían como carbones encendidos.

—Tiene el diablo metido en el cuerpo —dijo el factor—. Es salvaje... casi un lobo. Ten cuidado. De lo contrario, podrías salir mal librada, *ka sakahet*<sup>[5]</sup>.

Era la primera vez que le dirigía en *cree* este nombre, que significa *novia*. El corazón de la joven dio un vuelco al oírlo, Inclínó la cabeza y Mac Taggart, achacando aquel gesto a turbación, pasó su mano acariciadora sobre el cabello de ella.

Desde la puerta, Pierrot había oído la insinuante palabra y al observar la caricia, levantó la mano como para librarse de una sacrílega visión.

—*Mon Dieu!* —murmuró.

Inmediatamente ocurrió algo que le movió a proferir una exclamación, la cual se confundió con un grito de dolor de Mac Taggart. Como una centella *Barí* salvó la escasa distancia que lo separaba de su enemigo y le atenazó una pierna. Cuando el factor pudo librarse dando una patada al perro, éste había ya clavado sus dientes a bastante profundidad. Mac Taggart profirió una blasfemia y empuñó el revólver. Sin embargo, Rama de Sauce se interpuso y, lanzando un grito, cogió a *Barí* en brazos. Sus ojos, brillantes de indignación, clavábanse en el hombre, mientras su blanca y suave garganta rozaba los terribles dientes de la abierta boca de *Bari*.

—¡Le ha pegado usted! —exclamó—. Y él le odia... le odia... le odia...

—¡Suéltalo! —le ordenó, asustado, su padre—. *Mon Dieu!* ¡Suéltalo, que te va a matar!

¡Le odia! ¡Le odia! —repetía Rama de Sauce dirigiéndose al asombrado Mac Taggart. Luego se volvió a su padre, exclamando—: No, no hay cuidado de que me muerda. Mira, es *Barí*. ¿No lo sabías? Es *Barí* y la prueba es que me ha defendido...

—¿De mí? —preguntó Mac Taggart con gesto sombrío.

Pierrot avanzó y posó una mano sobre el brazo del factor, al mismo tiempo que sonreía.

—Dejémosles que se las arreglen solos, señor Mac Taggart —dijo—. Son dos diablillos y ni usted ni yo estamos seguros aquí. Si el perro la muerde...

Y se encogió de hombros sin terminar la frase. Parecíale haberse librado de un enorme peso y su voz era suave y persuasiva. En cuanto a la joven, no se mostraba ya

encolerizada. Levantó con coquetería los ojos y sonriente miró al factor, mientras decía a su padre:

—Pronto me reuniré con ustedes, *mon père*, es decir, contigo y con el señor factor de Lac-Bain.

En sus ojos había mucha picardía, según le pareció a Mac Taggart, y se reían de él, lo cual le produjo extraordinaria impresión. Aquellos ojos risueños lo habían embrujado. ¡Con qué satisfacción los dominaría y jugaría con ellos... muy pronto!

Siguió a Pierrot al exterior. Era tanta su satisfacción que ni siquiera sentía el dolor del reciente mordisco de *Barí*.

—Voy a enseñarle el nuevo vehículo que me he hecho para el invierno, señor Mac Taggart —dijo Pierrot mientras cerraba la puerta.

Media hora más tarde Rama de Sauce salía de la cabaña y pudo darse cuenta de que los dos hombres habían estado hablando de algo que no fue grato para su padre, pues el rostro de éste parecía muy disgustado. Observó en sus ojos el brillo que les comunicaba la cólera que trataba de reprimir, y en cuanto a Mac Taggart parecía también estar malhumorado, mas en cuanto vio a la joven su mirada tornóse gozosa. Ella se dio cuenta de lo que había sucedido. El factor había pedido a Pierrot su respuesta y Pierrot debió de decirle que la joven insistía en su deseo de que se dirigiera a ella para obtenerla, Y él se acercaba ya. Volvióse ella sintiendo que el corazón le latía apresuradamente y comenzó a alejarse del factor. Sin embargo, notó que la seguía y, volviendo la cabeza, le sonrió por encima del hombro, aunque sus dientes estaban apretados y cerraba con tanta fuerza las manitas que sus uñas se clavaban en las palmas de las manos.

Pierrot no se había movido. Lo observaba mientras desaparecían en el lindero del bosque. Rama de Sauce precedía a Mac Taggart. Luego, Pierrot, sin poder contenerse, murmuró:

—*Par les mille cornes du diable*<sup>[6]</sup>! ¿Será posible que sonría sinceramente a esta bestia? *Non!* Es imposible, Y, sin embargo...

Una de sus morenas manos oprimió convulsa el mango del cuchillo que llevaba en el cinto y, lentamente, comenzó la persecución de ambos.

Mac Taggart no se apresuraba para alcanzar a Rama de Sauce, pues ésta avanzaba por una estrecha senda que la internaba en el bosque y ello satisfacía al pretendiente. Así estarían solos y lejos de Pierrot, La seguía a diez pasos de distancia. La joven, de cuando en cuando, lo giraba sonriendo. Movía su hermoso cuerpo sinuosa y ligeramente y procuraba mantener la distancia que la separaba del factor. Éste, ignorando que ella sólo volvía la cabeza de vez en cuando con aquel fin, la dejaba andar tranquila, y cuando ella tomó un sendero lateral que apenas mostraba señales de haber sido pisado, el corazón le dio un vuelco de alegría. Si continuaba por él, muy pronto estaría en su poder, sola y a buena distancia de la cabaña. La sangre le congestionó el rostro y, para que *no se* detuviese, contuvo su deseo de dirigirle la palabra. Al poco, ante ellos, se oyó el ruido de un arroyo que se deslizaba sobre

gigantescas rocas. La joven, que se dirigía en línea recta hacia el arroyo, rompió a reír y emprendió una rauda carrera. Cuando se detuvo al borde de la roca, Mac Taggart estaba, por lo menos, a cincuenta metros de distancia. Entre las paredes de roca había un remanso a cosa de seis metros, tan profundo, que el agua tenía un color azul oscuro, semejante al de la tinta. Rama de Sauce se volvió para mirar al factor de Lac-Bain. Nunca le pareció tan brutal y temible como entonces. Hasta aquel momento la muchacha no había sentido miedo alguno, mas a la sazón estaba aterrada. Quiso decir algo, mas antes de que nadie pudiera hablar, vio que él estaba a su lado y que, cogiéndole la cara con sus formidables manos, cuyos dedos se enredaron entre los cabellos de seda, le gritó apasionadamente:

—*Ka sakahet!* Pierrot me ha dicho que tú misma me contestarías, pero ya no es necesario que lo hagas. ¡Eres mía! ¡Mía!

Ella profirió un grito de terror. Los feroces brazos del hombre odiado la rodeaban y la estrechaban, oprimiendo su tierno cuerpo, impidiéndole respirar y casi haciéndole perder el sentido. La pobre no podía luchar ni gritar. Sintió en el ardor de los labios de aquel hombre la pasión de que estaba poseído, oyó su voz trémula y... De pronto, inesperadamente advirtió que pudo zafarse de las férreas ligaduras. Respiró profundamente. Pierrot, cerca de ellos ya, llamaba a su hija. Por eso Mac Taggart, colocando su ardorosa mano sobre la boca de la joven, recomendó:

—¡No contestes!

La cólera de la muchacha hizo entonces explosión. Luchó para libertar la boca de aquella y, al lograrlo, lanzó a Mac Taggart una mirada tan significativa, que éste no se atrevió a hacer lo que pensaba y deseaba.

—*Bête noire!* —exclamó la joven, jadeante y eludiendo el contacto de sus manos—. ¡Bestia, bestia negra! —su voz temblaba y su rostro estaba teñido de púrpura. Si he venido aquí ha sido para enseñarte mi remanso y para decirte lo que deseabas saber... Y tú... tú... me has tratado indignamente. Pero contempla mi arroyo.

La joven no obraba como se había propuesto, pues llevaba la intención de mostrarse amable y sonriente. Mac Taggart había malogrado sus bien elaborados planes.

Sin embargo, el factor se acercó al borde de la roca para contemplar el remanso y ella, echándose a reír, pudo darle un empujón que le hizo caer al agua.

—Ésta es mi respuesta, señor factor de Lac-Bain —gritó la muchacha, mientras Mac Taggart rodaba por entre las paredes roqueñas.



## Capítulo XIV

Al presenciar lo ocurrido, Pierrot, que hallábase a muy poca distancia de ellos, lanzó un grito de asombro y se apresuró a ocultarse entre los bálsamos. No era aquél el momento oportuno para dejarse ver, y, mientras el corazón le latía apresuradamente, su rostro mostraba una intensa alegría.

Apoyándose en sus manos y sus rodillas, mima de Sauce miró hacia abajo desde las rocas. Mac Taggart había desaparecido. Su cuerpo hundióse como si fuera una piedra y el agua se cerró sobre él. Mas no tardó en aparecer moviendo los brazos y piernas frenéticamente para mantenerse a flote, mientras la voz de Rama de Sauce le escupía las odiosas palabras:

—*Bête noire! Bête noire!*

Y le arrojaba todo cuanto hallaba a su alcance, remitas, piedras pequeñas, tierra, para significar más aun su odio. Mac Taggart, una vez recobró el dominio de sí mismo, levantó la mirada y al ver a la joven tan ansiosamente asomada al borde de la roca, parecióle que iba a caer. Sus largas trenzas pendían brillando al sol mientras lo insultaban sus labios, los cuales dejaban al despierto sus brillantes y blanquísimos dientes:

—¡Bestia! ¡Bestia negra!

Él empezó a nadar sin dejar de mirar a su enemiga. Tenía necesidad de recorrer un centenar de metros para llegar a la parte de la orilla que le permitiera tomar tierra y por espacio de cincuenta metros, por lo menos, Rama de Sauce lo siguió, riendo, insultándole y arrojándole piedras. Sin embargo, él notó que estas últimas no eran lo suficientemente grandes para que pudieran hacerle daño. Cuando, por fin, Mac Taggart pudo salir del agua, vio que la joven se había alejado.

Rápidamente, Rama de Sauce emprendió el regreso por el mismo camino que habíala conducido allí. Cuando se tropezó con Pierrot, jadeaba.

—¡Ya le he dado la respuesta, padre!

Dicho esto, desapareció entre los bálsamos con la ligereza de una gacela, y Pierrot no hizo el menor esfuerzo para detenerla.

—*Tonnerre de Dieu!* —exclamó regocijado.

Al llegar un poco más tarde a la cabaña, Rama de Sauce se hallaba casi sin aliento. *Barí*, atado a una de las patas de la mesa con una correa, la oyó cuando se detuvo un momento ante la puerta, y luego como entraba y se acercaba a él. Durante la media hora que la muchacha había permanecido ausente, el perro apenas se había movido y en aquélla habían sucedido muchas cosas en su interior. La naturaleza los instintos propios y los hereditarios libraban entre sí extraña contienda, terminando

por amoldarse para crear en él una nueva inteligencia, el principio de una nueva comprensión de las cosas. Rápido y salvaje impulso le hizo saltar contra Mac Taggart cuando el factor puso su mano en la cabeza de la joven. No lo hizo impulsado por lo que en él pudiera llamarse razón, sino llevado de su instinto atávico, el mismo que hiciera saltar a *Kazán*, su progenitor, sobre el hombre feroz que mató en la tienda, para castigar el sacrilegio que intentara contra la esposa de Thorpe, dama a quien *Kazán* adoraba... Otra vez un lazo afectivo unía a una mujer y a un perro.

Rama de Sauce había encontrado el acento apropiado para despertar la pasión oculta y latente que *Barí* había heredado de *Kazán*. *Barí* sabía que por nada del mundo debía lastimar a aquella mujer que entonces atravesaba la puerta. Empezó a temblar cuando ella se arrodilló a su lado, y sintió más fuerte que nunca la violencia del instinto canino, la cual anulaba la parte de lobo que había en él, haciéndole gemir y mover la cola.

Rama de Sauce lanzó un grito de alegría.

—¡*Barí!* —exclamó tomando la cabeza del animal entre sus manos—. ¡*Barí!*

Su contacto estremeció al perro, y ella, satisfecha al notarlo, comenzó a acariciarle la cabeza y el lomo. Él quedó inmóvil, sin respirar apenas. Bajo la caricia, cerró los ojos, mas los abrió de nuevo en cuanto la muchacha le dijo:

—La bestia vendrá aquí y nos matará a los dos. A ti, porque le mordiste... ¡Ojalá fueses mayor y más fuerte para que pudieras matarle!

Mientras desataba la correa reía silenciosamente, pues contra lo que pudieran hacer creer sus palabras, no estaba asustada. Aquélla era una aventura divertidísima para ella y se sentía orgullosa de haber derrotado a la bestia humana. Parecíale que le veía de nuevo en el remanso luchando con el agua como un enorme anfibio. Seguramente en aquellos instantes estaría tomando tierra. Al pensarlo, la joven se echó a reír de nuevo, y cogió a *Barí* entre sus brazos.

—¡Cuánto pesas! Y no tengo más remedio que llevarle en brazos, porque hemos de huir.

Salió de la cabaña antes de que llegara su padre y se apresuró a ocultarse entre los bálsamos que había a espaldas de la vivienda. *Barí* iba bastante incómodo, mas no sentía el menor deseo de separarse de Rama de Sauce, la cual lo llevó sobre uno de sus brazos hasta que éste comenzó a dolerle. Entonces lo dejó en el suelo, asiendo el extremo de la correa que le rodeaba el cuello como apercibiéndose para impedir todo intento cíe evasión. Permaneció unos momentos observando al perro y luego le dijo cariñosamente:

—No te escapes, *Barí*. Continúa a mi lado y así me ayudarás a matar a esa bestia humana si se atreve a volver a hacer lo que ha hecho.

Con un movimiento rápido echó hacia atrás su suelto cabello y, por un momento, al pensar en la escena que sucediera a orillas del remanso, se olvidó de *Barí*. Cuando volvió los ojos hacia el perro, vio que éste la estaba mirando.

—No, no huyas —repitió, y añadió en voz baja—. Ven aquí.

La correa se estrechó en torno del cuello de *Barí* cuando la joven tiró de ella para obligarlo a seguirla, y el perro, creyendo que había caído en otra trampa, trató libertarse haciendo palanca con las patas delanteras al mismo tiempo que dejaba entrever los dientes. Rama de Sauce dejó de tirar y, sin miedo alguno, puso la mano sobre la cabeza de *Barí*. En aquel momento llegó hasta ellos un grito de la parte de la cabaña, y la joven, al oírlo, volvió a tomar el perro en brazos.

—*Bête noire! Bête noire!* —exclamó, mas su voz no se extendió sino a unos pocos metros de distancia.

Y se internó en el bosque, el cual era cada vez más espeso y oscuro. A la media hora de camino se detuvo para dejar a *Barí* en el suelo y dar descanso a su brazo. Con cariñosas palabras trató de inducirlo a que la siguiera guiado por la correa. Dos veces más hizo la prueba, y aunque *Barí* movió la cola no se mostró dispuesto a satisfacer los deseos de Rama de Sauce. Cuando la correa se estrechaba alrededor de su cuello, se enfadaba y una de las veces hasta gruñó y mordió airadamente su atadura, por lo cual Rama de Sauce no tuvo más remedio que seguir llevándolo en brazos. Por fin llegaron a un claro del bosque. Era un pradecillo había en el corazón de la selva, cuya extensión no excedería en mucho a tres o cuatro veces el área de la cabaña. El suelo estaba cubierto de césped y éste salpicado de flores. Atravesaba aquel oasis de verdor un arroyuelo que la joven flanqueó con *Barí* en brazos. Al otro lado había un pequeño *wigwam*<sup>[7]</sup> hecho de ramas de bálsamo y de abeto recién cortadas. Rama de Sauce la cabeza en su diminuto refugio para observar si todo estaba igual que el día anterior y, dando un suspiro de alivio, dejó al perro en el suelo y lo ató a uña de las ramas.

*Bari* se metió, retrocediendo, por entre las ramas que formaban la pared del *wigwam* y con los ojos muy abiertos y erguidas las orejas se dispuso a observar. No pasó inadvertido un solo movimiento de la joven, la cual sentíase feliz. Su risa, dulce como el gorjeo de un pájaro, infundió en *Bari* el deseo de saltar con ella por entre las flores.

Momentáneamente la joven pareció haber olvidado a *Bari*. Su sangre semisalvaje le hacía experimentar extraordinaria alegría por el triunfo alcanzado sobre el factor de Lac-Bain. No podía apartar de sus ojos la escena del hombre que se debatía en el agua y se imaginó vivamente la siguiente escena, cuando, calado hasta los huesos y encolerizado, entrara en la cabaña preguntando a Pierrot adonde había ido su hija. Y Pierrot, encogiéndose de hombros, le contestaba que no lo sabía y que probablemente se habría ocultado en el bosque. Rama de Sauce no comprendía el gran peligro que Mac Taggart significaba para ella después de la burla que había hecho de él.

Sabía que estaba encolerizado, mas no creía que tuviera nada que temer de él. También su padre se enojaría si se enterase de lo ocurrido junto al remanso y ella no pensaba decírselo porque, de hacerlo, no dudaba de que Pierrot mataría al factor de Lac-Bain. Un factor era, sin ninguna clase de duda, un gran personaje, mas Pierrot era mucho más poderoso aún. Así lo creía la joven, que había heredado la fe ilimitada que su madre tenía en el cazador. Quizás en aquellos momentos su padre estaba

recomendando al factor que regresara a Lac-Bain. Sin embargo, ella no pensaba volver a la cabaña para enterarse de lo sucedido, sino que esperada allí a que le llevaran las noticias.

Poco después Rama de Sauce se volvió hacia *Barí* saliendo de su ensimismamiento. Llevóle agua y le dio un trozo de pescado crudo. Estuvieron solos varias horas y cada vez iba siendo más fuerte en *Bari* el deseo de seguir a la joven en todos sus movimientos o de acercarse a ella cuando estaba sentada, para sentir el contacto de sus ropas o de sus manos y oír su voz, pero no lo demostraba. Era aún un ser salvaje, una bestia selvática nacida de un mestizo de lobo y perro y de una loba, y permaneció impasible. En aquel momento habría jugado con *Umisk*, el pequeño castor, habría peleado con un búho y hundido sus colmillos en el cuello Mac Taggart, mas la joven era un caso distinto. Como en otro tiempo *Kazán*, comenzaba a querer a una persona. Si la muchacha le hubiese soltado, él, en vez de huir, la habría seguido aunque a distancia. Sus ojos no se separaban de ella y observó cómo encendía una pequeña hoguera y asaba un trozo de pescado. La contempló atentamente mientras comía.

Estaba la tarde ya bastante avanzada cuando ella fue a sentarse al lado de *Barí*, lleno el regazo de flores silvestres con las que adornó sus brillantes trenzas. Jugando comenzó a golpear al perro con el tallo de una flor y el animal rehuía aquellos suaves golpes, cosa que hizo reír a la joven. Luego le habló y le acarició la cabeza y *Bari* sintió el deseo de corresponder lamiendo la blanca mano de la muchacha; sin embargo, se limitó a ponerle la cabeza en el regazo lleno de flores todavía. Tan intensamente feliz se sentía, que permaneció en esa actitud largo tiempo y tan inmóvil que Rama de Sauce apenas percibía la respiración.

El silencio fue de pronto interrumpido por el crujir de una ramita. A través del bosque acercábase *Pierrot* a ellos, y al verlos, se detuvo a algunos pasos. *Bari* sabía perfectamente que aquel hombre no era Mac Taggart, mas sí una de las bestias que él odiaba, e instantáneamente su cuerpo adquirió una violenta rigidez bajo la mano de Rama de Sauce. Luego retrocedió despacio, con precaución, y cuando *Pierrot* trataba de avanzar, empezó a gruñir. La joven se puso en pie y fuese hacia su padre.

Al advertir la mirada de éste, se alarmó.

—¿Qué ha sucedido, *mon père*? —preguntó.

—Nada, hija mía —contestó él encogiéndose de hombros—, a excepción de que has despertado un millar de demonios en el corazón del factor de Lac-Bain y que...

Se detuvo al ver a *Bari* y dijo señalándolo con el dedo:

—La noche pasada, cuando el factor lo cogió en una trampa de conejo, mordió la mano de *m'sieu*. La mano de *m'sieu* se ha hinchado hasta adquirir un volumen dos veces mayor que el natural y he visto que su sangre se ha vuelto negra. Es *pechipoo*...

[8]

—*Pechipoo!* —exclamó Rama de Sauce.

Miró luego a *Pierrot* en los ojos y observó que brillaban siniestramente, aunque, a

la vez, creyó descubrir en ellos cierta alegría.

—Sí, tiene la mano envenenada —dijo mientras miraba intencionadamente a su hija—. He escondido la medicina que podría curarle y le he dicho que, sin pérdida de tiempo, debe regresar a Lac-Bain. Y está asustado el maldito. Me espera, pues con la mano ennegrecida teme marcharse solo, y habré de acompañarle. Saldremos a la puesta del sol, mas, óyeme bien, hija mía: antes de marcharme quiero decirte una cosa.

*Bari* los veía uno junto a otro en la sombra proyectada por los altos abetos y oía el leve murmullo de sus voces, especialmente la de Pierrot. Últimamente advirtió como Rama de Sauce rodeaba con sus brazos el cuello de su padre y como éste desaparecía un poco después en el bosque. Entonces *Bari*, al ver cuán largamente permanecía la muchacha con la cabeza vuelta hacia la parte; por donde Pierrot había desaparecido, creyó que aquélla ya no le volvería a mirar. Y cuando, por fin, se volvió hacia *Bari*, ya no parecía la misma que había estado adornando sus cabellos con flores. La risa había desaparecido de sus ojos. Se arrodilló junto a *Bari* y, con repentina emoción, exclamó:

—¡Es *pechipoo*, *Bari*! ¡Y fuiste tú quién mordiéndolo envenenaste su sangre! Deseo su muerte, porque me inspira un gran temor.

Y mientras así hablaba, el temblor agitaba su cuerpo. Fue en aquel momento cuando la Providencia permitió a *Bari* comprender... y presintió que desde entonces ya no existiría para él más luz ni más alegría que Rama de Sauce.

Por eso gimió suavemente y fue arrastrándose poco a poco hasta que pudo posar su cabeza en el regazo, la joven.

## Capítulo XV

Después de la marcha de su padre, Rama de Sauce permaneció algún tiempo sentada al lado de *Bari* sin moverse. Las sombras, que se densificaban, y un ruido sordo que procedía del cielo, despertaron en ella un súbito temor. Al levantar la cabeza vio que se amontonaban negras nubes en el espacio que dejaban entrever los claros del follaje. La oscuridad lo invadía todo y el rumor o viento presagiaba tormenta. Aquella tarde no se podría presenciar la puesta del sol; no habría crepúsculo, ni luna, ni estrellas, y, a menos que Pierrot y el factor estuvieran ya en camino, seguramente no saldrían por miedo a la densa oscuridad que en breve invadiría la tierra.

Rama de Sauce sintió un ligero estremecimiento y se puso en pie. *Barí* se levantó también y se situó a un lado. Un relámpago trazó en las nubes una larga cuchillada de fuego, y el relámpago fue seguido de un trueno terrible. *Bari* retrocedió como si hubiese recibido un golpe, y habría apresurado a refugiarse junto a la pared de ramas del *wigwam* si al mirar a la joven no adivinara en ella algo que le inspirara confianza. Nuevamente retumbó el trueno, mas esta vez *Bari* no retrocedió. Tenía los ojos fijos en su amita.

Ella permanecía en pie, envuelta en la sombra, con la cabeza hacia atrás, los labios entreabiertos y los ojos brillantes, como animados por alegre esperanza. Tal vez esto se debía a que nació en una noche de tempestad. Tanto Pierrot como su madre le habían referido muchas veces que en la noche en que ella vino al mundo, los estampidos de los truenos y el centelleo de los rayos convertían el mundo en algo infernal.

Añadieron que los ríos se habían desbordado y que innumerables árboles fueron derribados por la furia de la tormenta, sin contar con que el diluvio fue bastante ahogar los gritos de dolor de la madre y los primeros vagidos de la recién nacida.

Tal vez en aquella noche, algo del espíritu de la tempestad habíase infiltrado en su ser. La tormenta se lo hacía olvidar todo. Ante el espléndido poderío de fe naturaleza embravecida, su alma semisalvaje se estremecía de placer, y muchas veces, cuando la lluvia caía a raudales sobre ella, había levantado sus desnudos brazos al cielo, riendo con delirante júbilo. En aquel momento habríase situado también de modo que pudiera recibir plenamente el azote de la lluvia, de no haber oído un gemido de *Barí*, el cual le hizo buscar refugio en su *wigwam*, cuando el agua comenzó a caer en enormes gotas que producían un gran estrépito sobre el follaje. Durante aquella otra noche de tormenta en que *Barí* estuvo oculto bajo una raíz desde donde veía el arroyo iluminado por la luz de las exhalaciones, experimentó profundo pánico, mas ahora el

calor y la presión suave de la mano de la joven sobre su cabeza y cuello, le infundían extraño valor. Gruñía sordamente al oír los truenos y ansiaba morder a los rayos. Rama de Sauce sintió que bajo su mano se erizaba el pelo de *Barí* y en un momento de silencio oyó el chasquido de sus mandíbulas. Luego la lluvia ahogó todos los ruidos.

Aquella lluvia no era como otras que presenciara *Barí*. Entonces caía el agua con un furor inusitado. A los cinco minutos, el interior del refugio en que se hallaban estaba convertido en una regadera continua, y a la media hora, tanto la joven como *Barí* estaban calados hasta los huesos... La lluvia se deslizaba por su espalda y pecho, y sus trenzas chorreaban. La misma manta sobre la que se sentaba estaba también empapada por completo cuanto a *Bari*, hallábase casi tan en peligro como aquel día en que estuvo a punto de ahogarse después de la lucha con el búho joven y se acercaba tanto como era posible a la joven, la cual lo protegía con su brazo. Por fin, los truenos se alejaron hacia al Este y los relámpagos se perdieron en la lejanía, haciéndose cada vez menos frecuentes. Sin embargo, la lluvia siguió cayendo por espacio de una hora. Transcurrido este tiempo, cesó tan repentinamente como empezara.

Rama de Sauce se levantó y salió de la tienda. Sus mocasines estaban llenos de agua, mas no dio a hecho ninguna importancia, así como ni siquiera miró a *Bari*, el cual la siguió. Las nubes huían barridas por el viento de las alturas. Brilló una estrella, luego otra. La joven se dio a observar cómo iban apareciendo, mas al fin fueron tantas que no las podía contar. La oscuridad no era ya tan absoluta, pues el ambiente estaba iluminado por la difusa luz de las estrellas.

Rama de Sauce miró entonces al suelo y vio a *Barí*. *Éste* estaba completamente libre, mas no por eso huyó. Chorreando como una rata de agua, no hacía sino contemplar a la joven.

—No, no huirás, *Barí* —dijo ésta—. Ahora necesitamos encender un buen fuego para secarnos.

¡Fuego! Cualquiera, a excepción de Pierrot, habría considerado imposible encender allí una hoguera, pues no había en el bosque una sola ramita que no estuviera mojada. Por doquier se oía el gotear del follaje.

—Fuego —dijo de nuevo—. Vamos en busca de corteza de abedul.

Con el traje mojado y adherido al cuerpo, parecía una sombra mientras cruzaba el pequeño claro y se hundía en el bosque. *Barí* la seguía libremente. La joven se encaminó sin vacilar hacia un abedul que había visto aquella tarde y empezó a arrancar la corteza que ya estaba medio desprendida. Llevó una brazada de ella junto al *wigwam* y sobre aquella corteza fue amontonando leña mojada hasta que hubo formado una pila de regular volumen. De una botella que tenía en el refugio, sacó un fósforo seco y lo encendió, Al primer contacto con la llama se encendió la corteza de abedul como si fuese un papel empapado de aceite. Y media hora más tarde la hoguera de la joven habría podido ser vista a más de dos kilómetros de distancia, de

no impedirlo los troncos de los árboles del bosque que la rodeaba, y hasta que las llamas alcanzaban tres metros de altura no cesó de añadir leña. Luego hincó algunos palitos en la blanda tierra y sobre ellos extendió la manta para que se secara. Hecho esto, empezó a despojarse de la ropa calada.

La lluvia había enfriado considerablemente la noche y la acción tónica del fresco, unida al aroma de los bálsamos y abetos, mantenía excitada la sangre de Rama de Sauce, la cual había olvidado ya el reciente diluvio, al factor de Lac-Bain y lo que le dijera su padre. Ella no era sino una hija del bosque, un ser silvestre como las flores que pisaba, y con sus pies desnudos y en la gloria de aquellas horas maravillosas, no veía, pensaba ni oía nada que pudiera causarle daño. Danzó alrededor de *Barí*, deshaciendo la cascada de sus cabellos, que cubrieron casi por completo su cuerpo, mientras sus ojos brillaban felices y sonreían sus hermosos labios con la dicha de vivir, de respirar el perfumado aire de los bosques y de ver el estrellado cielo sobre su cabeza. Luego se detuvo ante *Barí*, y extendiendo los brazos y riendo, exclamó:

—¡Ah, si tú pudieras quitarte la piel con la misma facilidad con que me he quitado el traje, poco tardarías en estar seco!

Respiró profundamente y sus ojos brillaron llenos de repentina inspiración; se acercó a *Barí* y murmuró:

—Esta noche las aguas del remanso serán profundas y agradables. ¡Vamos a probarlas!

Llamó a *Barí* en voz baja, se puso los mojados mocasines y siguió la orilla del arroyo, internándose en el bosque. A un centenar de metros del claro halló la orilla de un remanso ancho y hondo. Aquella noche había aumentado su caudal hasta tener el agua tres veces la profundidad que de ordinario. Oíase el rumor que producían las aguas al llegar a él y sobre su agitada superficie se proyectaba el resplandor de las estrellas. La joven se puso en pie sobre una roca que se elevaba cosa de dos metros en el borde del remanso, y luego, echando su cabello hacia atrás, se arrojó al agua.

*Bari* oyó el chapuzón y la vio alejarse. Por espacio de media hora estuvo tendido en el suelo, cerca del borde del agua y observando a la joven. A veces ella se situaba casi debajo de él, manteniéndose a flote silenciosamente mientras el cabello formaba a su espalda una nube más oscura que el agua. Luego atravesaba nadando la superficie, casi tan aprisa como las nutrias que *Bari* viera jugar. Después, sumergiéndose, desaparecía y *Bari* aguardaba la reaparición con ansiedad. En una de estas inmersiones, tardó en aparecer más de lo acostumbrado y *Bari* dio un gemido, pues sabía que Rama de Sauce era distinta a los castores y a las nutrias y sintió extraordinario alivio cuando la vio volver salir a flote.

Tal fue la primera noche que pasaron juntos... Primero la tormenta, luego la hoguera, en seguida el baño, y, finalmente, algunas horas de reposo. A la aurora volvieron a la cabaña, pero se acercaron tomando toda clase de precauciones. Observaron que no salía humo de la chimenea y que la puerta estaba cerrada. Indudablemente Pierrot y Mac Taggart se habían marchado.



## Capítulo XVI

Era a principios de agosto cuando Pierrot regresó de Lac-Bain. Tres días más tarde, Rama de Sauce cumpliría diecisiete años. Por eso el cazador trajo a su hija muchos regalos: cintas para el cabello, zapatos como los que llevaban las dos inglesas del Nelson House, y —esto era lo mejor de todo— paño rojo para un vestido. En los tres inviernos que había pasado en la Misión, estas damas habían sacado mucho partido de la joven. La enseñaron a coser, a leer, a rezar y a hablar correctamente, y desde entonces la muchacha no tenía otro deseo que imitarlas en todo lo que fuera posible.

Por espacio de tres días, la joven trabajó con ahínco en su nuevo traje y el día de su cumpleaños se presentó a su padre, vestida, peinada y de tal modo compuesta que el pobre hombre se quedó asombrado. Había peinado su cabello como Ivonne, la más joven de las inglesas, le había enseñado, y entre sus negros mechones ocultaba una flor roja. Sin tener en cuenta el brillo de sus ojos y la coloración magnífica de sus mejillas y sus labios, el traje rojo se ajustaba perfectamente a su bien formado cuerpo, de acuerdo con la moda de dos años atrás en Nelson House. Y debajo del traje, que le llegaba sólo hasta las rodillas, pues Rama de Sauce se había olvidado de cuál era el largo que debía darle o bien fue escasa la tela, veíase lo más notable de su indumentaria, o sean las medias y los lindos zapatitos de tacón alto. Era una visión maravillosa, ante la cual los dioses de las selvas habríanse quedado encantados. Pierrot le hizo dar varias vueltas sin decir palabra, mas sonriendo, y cuando la muchacha se fue, seguida por *Bari* y cojeando ligeramente porque los zapatos le estaban un poco estrechos, la sonrisa desapareció de su rostro, el cual adquirió una expresión de asombro.

—*Mon Dieu!* —exclamó en francés—, no es de sangre de su madre, no. Es francesa de pura raza. Es... sí... un ángel.

Pierrot había cambiado. Rama de Sauce, ocupada en la confección de su vestido, no lo había notado. Además él procuró no darlo a entender. Su viaje a Lac-Bain le tuvo diez días ausente y al regresar trajo a su hija la alegre nueva de que Mac Taggart estaba enfermo por intoxicación, noticia que causó la mayor alegría a la joven. Mas él sabía que el factor se restablecería y que volvería a la cabaña de Gray Loon. Y la próxima vez que fuera a visitarle...

Cuando lo asaltaba esta idea, su rostro dejaba traslucir su preocupación y le llameaban los ojos. El día del cumpleaños de su hija, mientras resonaban las carcajadas de ésta, le obsesionó tal pensamiento. *Dieu!* Si a pesar de sus diecisiete años no era más que una niña. No podía adivinar sus horribles presentimientos, y el

temor de despertarla del hermoso sueño de su feliz infancia, le impedía revelarle la verdad entera. No, era preciso evitarlo. Él se cuidaría de defenderla mientras ella reía, cantaba y jugaba. La pobre criatura debía estar libre de preocupaciones.

Aquel día llegó, procedente del Sur, Mac Donald, el cartógrafo del Gobierno. Era un hombre de pelo gris, carácter franco y gran corazón. Permaneció dos días con Pierrot. Habló a Rama de Sauce de sus hijas, que dejó en casa; de su esposa, a la que quería más que a nadie en la tierra, y antes de continuar su viaje para fijar los límites del bosque, tomó fotografías de la hija del cazador del mismo modo que vistiera por primera vez el día de su cumpleaños: con el cabello peinado a la europea, vestida de rojo y sus pies calzados con zapatos de altos tacones. Llevóse consigo las placas, prometiendo a Pierrot que, de un modo u otro, haría llegar a sus manos una prueba. Así es como el Hado interviene en nuestras vidas, de un modo extraño y en apariencia inocente, mientras teje sus redes mágicas.

Siguieron largos días de paz, que a *Barí* parecieron maravillosos. Al principio sentía recelo de Pierrot. Luego lo toleró y por fin lo aceptó como uno de los habitantes de la cabaña. Se había convertido en la sombra de Rama de Sauce, y Pierrot observó con verdadera complacencia semejante adhesión.

«Dentro de unos meses será capaz de saltar al cuello del señor factor», pensaba.

En septiembre, cuando ya contaba seis meses de edad, era casi tan grande como *Loba Gris*. Su cuerpo era fuerte y robusto; sus dientes, largos y agudos; su pecho, ancho, y las mandíbulas tan poderosas que podían romper un hueso de gran tamaño con la misma facilidad que si se tratara de un mondadientes. Seguía a Rama de Sauce en todos sus movimientos. Se bañaban juntos en los remansos. Al principio, *Barí* sentía cierto temor al ver a Rama de Sauce nadar por debajo del agua en el remanso al que empujara a Mac Taggart, mas al cabo de un mes había aprendido de ella a bucear por espacio de más de seis metros.

Estaba ya muy avanzado el mes de agosto cuando *Barí* vio a otro ser de su especie, sin tener en cuenta, naturalmente, a sus padres. Durante el verano, Pierrot permitía a sus perros correr a sus anchas por el islote situado en el centro de un lago que había a cinco o seis kilómetros de distancia, y dos veces por semana iba a pescar para ellos. En una de esas expediciones, Rama de Sauce acompañó a su padre y llevó consigo a *Barí*. Pierrot llevaba un largo látigo de nervio de reno, pues esperaba que los perros estarían alborotados, mas no fue así, sino que permanecían tranquilos. *Sari* se unió a la manada cuando los perros se arrojaron sobre el pescado y comió con ellos, lo cual complació sobre manera a Pierrot.

—Sería un magnífico perro de trineo —dijo—. Lo mejor será dejarle una semana con la manada, hija mía.

A regañadientes, la joven consintió. Mientras los perros se comían el pescado, el padre y la hija emprendieron el regreso a su casa. Su canoa se alejó antes de que *Barí* se diera cuenta de la mala pasada que acababan de jugarle, e instantáneamente se echó al agua y comenzó a seguirles a nado. Entonces Rama de Sauce lo ayudó a subir

a la embarcación.

En los primeros días de septiembre, un indio llevó a Pierrot noticias de Mac Taggart. El factor había estado muy enfermo, a punto de morir a causa de la mordedura, mas ya estaba bueno. Con las primeras manifestaciones de otoño, Pierrot sintió nuevo temor; sin embargo, nada dijo a Rama de Sauce de las ideas que le preocupaban. Rama de Sauce había olvidado casi por completo al factor de Lac-Bain, porque el contento que le producía la proximidad del otoño la hacía profundamente dichosa. Emprendía largos viajes con Pierrot, ayudándole a preparar las trampas que se dispondrían en cuanto cayesen las primeras nieves, y en aquellas expediciones iba siempre acompañada por *Bari*.

Gran parte de sus horas libres las empleaba la joven en enseñar al perro a tirar del trineo. Empezó por sujetar una ramita a una cuerda y ésta al animal y pasó un día entero tratando de convencer a *Barí* de que debía arrastrar aquella ramita sin volverse a cada paso para gruñir y morderla. Luego le ató otro trozo de cuerda y le hizo arrastrar dos ramas. Así, poco a poco, lo acostumbró a los arneses del trineo, hasta que al cabo de quince días tiraba heroicamente de cualquier cosa que ella le quisiera hacer arrastrar. Pierrot llevó a casa a dos de los perros del islote y pusieron a *Bari* entre ambos para que les ayudara a tirar de un trineo vacío, completando así su educación. Rama de Sauce estaba entusiasmada. El día que cayó la primera nevada, palmoteo alegremente y dijo a Pierrot:

—A mediados de invierno, *Bari* será el mejor perro de la manada, *mon père*.

Había llegado ya la ocasión de que Pierrot diera cuenta a su hija de las preocupaciones que sentía. Sonrió. ¡Diantre! ¡No se enojaría poco el bestia del factor cuando se diera cuenta del engaño de que había sido víctima! Y, sin embargo...

Trató de que su voz denotara tranquilidad al añadir:

—Este invierno voy a mandarte de nuevo a la escuela de Nelson, *ma chérie*. *Bari* ayudará a tirar del trineo que te lleve, en cuanto caigan las primeras nieves.

Rama de Sauce, que estaba haciendo un nudo en la correa de piel de reno de *Bari*, se puso en pie y contempló a su padre. Sus ojos mostraban cierta preocupación.

—No quiero ir, *mon père*.

Era la primera vez que Rama de Sauce se oponía a cumplir una orden de su padre, y éste sintió la extrañeza de tal comportamiento, mas sin atreverse a mirarla a los ojos, pues no tenía habilidad para fingir. Ella vio el apuro en que se hallaba su padre, el cual se dio cuenta de que la joven estaba leyendo sus pensamientos y, sin darle tiempo para replicar, repitió:

—No quiero ir.

Pierrot la miró, y se encogió de hombros. Al fin y al cabo, la negativa le evitaba el dolor de tener que separarse de ella. Se acercó y, cariñosamente, posó su mano sobre la brillante cabeza de su hija, la cual le sonrió. En esto oyeron el ruido que producía *Bari* al cerrar de golpe sus mandíbulas, cuando posó su cabeza sobre el brazo de su amita. En aquel momento volvió a brillar el sol para Pierrot después de

muchos días de densas tinieblas. Y cuando regresó a la cabaña, llevaba la cabeza más erguida. ¡Rama de Sauce no lo abandonaría! Rió satisfecho y se frotó las manos. Ya no tenía por qué temer al factor de Lac-Bain.

—¡Benditos sean los santos! —murmuró contemplando a su hija y a *Barí* desde la puerta de la cabaña—. Ahora... ahora... ya sabe Pierrot Duquesne lo que tiene que hacer.

## Capítulo XVII

A últimos de septiembre regresó a Lac-Bain, Mac Donald, el cartógrafo. Durante diez días, Gregson, el agente investigador de la Compañía, había estado de huésped en la factoría de Mac Taggart y durante aquel tiempo María sintió dos veces la tentación de penetrar con sigilo en el dormitorio del factor y darle muerte mientras dormía. El factor no le hacía ya el menor caso, cosa que la habría hecho feliz, de no haber estado allí Gregson, pues éste se manifestaba extasiado ante la belleza selvática de la joven *cree*, y Mac Taggart, sin manifestar celos de ninguna clase, pues ya estaba cansado de ella, lo animaba en sus propósitos de conquista.

Mac Taggart dijo claramente a Gregson que deseaba librarse de la joven y que si él podía llevársela, le haría un señalado favor. También le explicó el porqué. Transcurridos algunos días, cuando cayeran las grandes nevadas, se traería a la factoría a la hija de Pierrot Duquesne. Y sin escrúpulo ni reparo alguno, dio cuenta a su compinche de la visita que hizo a la cabaña del cazador, del recibimiento que le dispensaron y también, del incidente del remanso. Y aseguró a Gregson que a pesar de lo ocurrido, la hija de Pierrot estaría pronto en la factoría.

Entonces fue cuando llegó Mac Donald. Permaneció solamente una noche allí e ignorando que con ello no hacía sino echar leña al fuego que ya ardía peligrosamente, mostró al factor la fotografía que hiciera de Rama de Sauce. Era una prueba magnífica.

—Si puede usted hacerla llegar algún día a manos de esta joven —dijo—, le quedaría muy reconocido. Le prometí darle una copia. Su padre se llama Duquesne, Pierrot Duquesne. Es probable que le conozca usted. Y en cuanto a la joven...

Y se entusiasmaba al describir al factor cuán hermosa estaba con aquel traje que, aunque en la fotografía aparecía negro, era rojo.

Al día siguiente, Mac Donald partió para la factoría Norway. Mac Taggart no mostró la fotografía a Gregson, sino que se la guardó para sí, y por la noche, a la luz de la lámpara, la estuvo contemplando largamente, al mismo tiempo que se afirmaba cada vez más en su resolución. Sólo había un medio. Había estado madurando en su mente el proyecto durante varias semanas, y la contemplación del retrato lo consumó. Era el único medio que había para apoderarse de la joven. Mas, para ponerlo en práctica, veríase obligado a esperar que cayesen las abundantes nevadas de mediados de invierno, ya que éstas ocultan perfectamente toda suerte de tragedias.

Mac Taggart sintióse satisfecho cuando Gregson siguió al cartógrafo a la factoría Norway, y como muestra de cortesía y de afecto, lo acompañó por espacio de una jornada. Al regresar a Lac-Bain advirtió que María se había escapado y, satisfecho de

ello, se apresuró a enviar algunos regalos a sus parientes por medio de un mensajero, diciéndoles al mismo tiempo que la admitieran sin castigarla, pues tenía derecho a su libertad.

Sin abandonar el trabajo que originara el comienzo de la estación de la caza con trampas, Mac Taggart empezó a preparar su hogar para la llegada de Rama de Sauce, Sabía cuánto agradaba a la muchacha la limpieza y el orden. Pintó de blanco los troncos con la pintura y el aceite destinados para las chalanas y lanchas de York. Derribó algunos tabiques, variando la disposición de las habitaciones. La esposa india de su jefe de mensajeros le hizo cortinas para las ventanas, y además confiscó un pequeño fonógrafo que iba destinado a Lac-la-Biche. No abrigaba dudas de ninguna clase respecto al éxito de su empresa y contaba los días que faltaban para el magno acontecimiento.

En Gray Loon, Pierrot y Rama de Sauce estaban muy ocupados, tanto que aquél olvidaba a veces su miedo hacia el factor y en cuanto a Rama de Sauce, ésta no lo sentía en modo alguno. Era la estación de la Luna Roja, y ambos estaban ya entusiasmados por la proximidad de las cacerías invernales. La muchacha bañó cuidadosamente un centenar de trampas en grasa hirviente de reno mezclada con la de castor, en tanto que Pierrot preparaba las trampas que había de poner en determinados lugares. Cuando había de permanecer más de un día ausente de la cabaña, lo acompañaba su hija.

Mas en la cabaña había también mucho que hacer, porque Pierrot, como gran parte de los habitantes de aquellas regiones del Norte, empezaba sus preparativos solamente cuando le advertían los primeros vientos frescos otoñales la proximidad de las nieves. Había que arreglar el calzado de nieve, practicar algunas reparaciones en la cabaña, renovar las guarniciones, afilar los cuchillos de desollar, hacer mocasines para el invierno y otras cien cosas, como reparar los colgaderos de carne en la parte posterior de la cabaña, en donde, desde el principio del frío hasta su fin, penderían los trozos de carne de gamo, de reno y de alce, no sólo para alimento de las personas, sino también para el de los perros cuando el pescado escaseaba.

Tantas ocupaciones obligaron a Rama de Sauce a prestar a *Bari* menos atención que en las semanas que precedieron. Apenas podían jugar, no se bañaban ya porque desde las primeras horas de la mañana la tierra aparecía cubierta de escarcha y el agua estaba extremadamente fría. Tampoco recorrían, como antes, los bosques en busca de flores y bayas. Por espacio de muchas horas *Bari* permanecía echado a los pies de Rama de Sauce, observando sus esbeltos dedos mientras tejían botines para la nieve; de vez en cuando la joven se interrumpía en su labor para inclinarse hacia él y ponerle la mano en la cabeza, y le dirigía la palabra en el dulce idioma *cree*. Otras veces le hablaba en inglés o en el idioma de su padre. *Bari*, a fuerza de costumbre, llegó a comprender la voz de la joven, el movimiento de sus labios, sus gestos, sus actitudes y el cambio de sus facciones que prestaba alegría o tristeza a su rostro. Sabía el significado de su sonrisa y sentíase contagiado de ella expresando su

contento con saltos y cabriolas. Su felicidad dependía de la muchacha, y una palabra severa de ella le parecía mucho peor que un golpe. Pierrot le pegó dos veces y en ambas saltó hacia atrás y gruñó mostrando los dientes. Si esto lo hubiera hecho otro perro cualquiera, Pierrot le habría dejado medio muerto de una paliza, pues ello hubiese representado una rebeldía, y el hombre debe ser siempre el amo. Mas *Bari* era otra cosa muy distinta. El contacto de la mano de Rama de Sauce, una palabra de sus labios, bastaba para apaciguarlo completamente.

A Pierrot no le desagradaba, ni mucho menos, la fiereza del favorito de su hija.

«*Dieu!* No se me ocurrirá nunca aplacar su fiereza con palizas —se decía—. Es un verdadero salvaje, mas para ella es un esclavo y por ella sería capaz de matar a cualquiera».

De aquí que Pierrot no hiciera de *Bari* un perro de trineo. Se le dejó disfrutar de la libertad que tenía y nunca estaba atado como los demás. Rama de Sauce estaba contenta. Y es que no podía presumir las ideas que ocupaban la mente de su padre. La muchacha no comprendía como Pierrot permitía que *Bari* estuviera receloso de él y que no hiciera nada para evitar que el perro llegara a odiarle. No sabía ella que todo era una habilidad de su padre en la que éste se vio obligado a proceder con astucia.

«Si me permito que me odie a mí —se decía Pierrot—, odiará también a todos los hombres. Y eso es lo que conviene».

Así velaba Pierrot por la tranquilidad de su hija, previendo ciertos acontecimientos.

Mas la frescura del ambiente durante el día, las heladas noches y la Luna Roja fueron causa de que se operara en *Bari* un gran cambio. Era inevitable. Pierrot lo esperaba y la primera noche en que *Bari* se sentó sobre sus ancas y aulló a la Luna Roja, Pierrot previno a su hija:

—Es un perro salvaje. Lleva en sus venas sangre de lobo y cuando oiga la llamada de éstos, huirá al bosque y desaparecerá por algún tiempo. Sin embargo, volverá; ya lo creo que volverá. —Y, satisfecho, se frotó las manos.

Y la llamada de los lobos llegó a *Bari* con furtividad de ladrón. Al principio no la entendió; le ponía nervioso e intranquilo, tanto, que a veces Rama de Sauce lo oía gemir en sueños. Esperaba algo, mas ¿qué era ello? Pierrot lo sabía y se sonreía sin decir nada.

Era una noche hermosa, llena de luz lunar y estelar, bajo la cual blanqueaba la tierra cubierta por la escarcha. Durante el verano *Bari* había oído el aullido aislado de algún lobo, mas ahora oía el de la manada entera. La voz importante poblaba el vasto y misterioso silencio de la noche, en una canción salvaje que venía resonando en la estación de la Luna Roja desde tiempos remotos. Y Pierrot sabía que acababa de llegar lo que inconscientemente había estado esperando *Bari*.

Cuando la llamada se repitió, *Bari* se puso de pie y, a la luz de la luna, con los miembros tensos, miró en la dirección en que llegaban los aullidos misteriosos. Padre e hija oyeron gemir suavemente y Pierrot, inclinándose hacia el perro, pudo ver que

temblaba.

—Es *Mee-Koo* —dijo a Rama de Sauce en un murmullo.

En efecto, aquella llamada era la de la especie cuya sangre corría rápida en las venas de *Bari*. Era la voz, los suyos. Así lo había dicho Pierrot a su hija y tenía razón. En la luminosa noche, Rama de Sauce esperaba pues era ella a quien más afectaría la conducta del perro. No emitió sonido alguno, no contestó a su padre, sino que contuvo el aliento para observar a *Bari*, el cual paso a paso se alejó hundiéndose y desapareciendo en las sombras. Al verlo marchar, Rama de Sauce se irguió y con ojos tan brillantes que competían con las estrellas gritó:

—¡Bari! ¡Bari! ¡Bari!

El perro no debía de haberse adentrado mucho en el bosque, porque segundos después se hallaba nuevamente al lado de su ama. Ésta posó sus manos sobre la cabeza del perro.

—Tienes razón, *mon père* —dijo—. Se irá con los lobos, pero volverá. No me dejará por espacio de mucho tiempo —y señalando con una mano la negrura del bosque dijo—: Vete con ellos, *Bar*. Pero has de volver. No te olvides.

Padre e hija regresaron a la cabaña. Cerróse la puerta tras ellos y *Bari* se quedó solo. Hubo un largo silencio en el cual pudo oír los suaves ruidos de la noche: los de las cadenas con que los perros estaban atados, y el que éstos mismos producían al moverse, el de algún ave nocturna que pasaba batiendo las alas y el del viento que agitaba el ramaje. Para él aquella noche, a pesar de su tranquilidad, parecía llena de vida. Nuevamente se hundió en ella y una vez estuvo cerca de los bosques, se detuvo para escuchar. Había cambiado la dirección del viento y éste acarreaba hacia él el excitante grito de la manada. Lejos hacia el Oeste, un lobo solitario levantaba su hocico al cielo y contestaba a la llamea de sus hermanos, y del Este llegó una voz tan distante que parecía un débil eco que se diluyera en la noche.

*Bari* sintió que algo le llenaba la garganta. Levantó la cabeza y vio que, desde el cielo, la Luna Roja aumentaba su excitación y le impelía a lanzarse al misterio de la aventura. Surgió el largo aullido de su garganta, le al principio, pero tan poderoso después, que seguramente llegó hasta las estrellas. Desde la cabaña, Pierrot y Rama de Sauce lo oyeron, y el primero se encogió de hombros.

—Se ha ido —dijo.

—*Oui*, se ha ido, *mon père* —contestó Rama de Sauce mirando a través de la ventana.



## Capítulo XVIII

Desde entonces ya no hubo para *Bari* en las sombras de la noche y del bosque el menor miedo. Su aullido de caza se había remontado hasta las estrellas, y aquel aullido había sido el primer reto que lanzara a la noche al espacio, aceptando la hermandad de los lobos. Aquel grito y las respuestas que hasta él llegaron le infundieron nuevos ánimos, haciéndole al mismo tiempo una extraordinaria revelación: la de que los animales que habitan el bosque no eran tan temibles para él, sino que, por el contrario, debían temerle.

Allí, lejos de la cabaña y de la influencia de Rama je Sauce, estaban todas las cosas que codiciaban sus instintos de lobo: la compañía de los de su raza, el enante de la aventura, la roja y dulce sangre de la caza y el apareamiento con las hembras. Esto último era lo que más violentamente le dominaba, aunque él no se daba cuenta de ello ni remotamente.

Entre las tinieblas, siguiendo la dirección del Noroeste, pasando por debajo de los matorrales, corrió con la cola abatida y gachas las orejas, que es como siguen los lotos das pistas nocturnas. La manada habíase desviado hacia el Norte y corría más que él. De aquí que al cabo de inedia hora ya no la oyera. Pero, en cambio, se había aproximado al lobo que aullaba en el Oeste y contestó tres veces a su llamada.

Al cabo de una hora oyó nuevamente a la manada que torcía hacia el Sur. Pierrot habría comprendido inmediatamente el motivo de este cambio de rumbo. La pieza que perseguían habíase refugiado en sitio seguro y los lobos seguirían una nueva pista. A la sazón no separaban a *Bari* del lobo solitario más allá de unos mil cien metros, pero el tal lobo, además de estar solitario, era viejo y, llevado de su experiencia, torció en la dirección que seguía la manada, precediéndoles en unos ochocientos metros.

Sin embargo, *Bari*, que aún había de aprenderlo todo, se encontró con que, a pesar de que estuvo media hora siguiendo de cerca la manada, no pudo unirse a ella. Luego hubo un largo silencio. La manada había conseguido apoderarse de la pieza que perseguía y comía sin ruido.

*Barí* anduvo solo y errante durante toda la noche, o, por lo menos, hasta que la luna se hundió en el horizonte. Estaba a mucha distancia de la cabaña y su camino había sido incierto y sinuoso, pero no por eso experimentaba la desagradable sensación de haberse extraviado. Los dos o tres meses últimos habían desarrollado perfectamente su sentido de la orientación, el «sexto sentido» que guía al palomo sin dudas ni vacilaciones en su camino y que conduce a un oso, con la misma precisión, al lugar en que el año anterior pasó el invierno.

*Bari* no había olvidado a Rama de Sauce. Por lo menos volvió la cabeza y gimió una docena de veces, dirigiéndose siempre exactamente hacia donde se hallaba la cabaña. Pero no volvió hacia atrás. En el transcurso de la noche, continuó la búsqueda de aquella cosa misteriosa que no había encontrado. Cuando desapareció la luna y comenzó a apuntar la aurora, sintió hambre, pero ésta no fue lo bastante fuerte para que se decidiera a buscar caza.

Hacía frío y aún pareció que se acentuaba la crudeza del tiempo cuando desaparecieron la luna y las estrellas. El suelo estaba cubierto de una capa de escarcha, en la cual dejaba a veces las huellas de sus patas. Anduvo largamente y de prisa, y cuando llegó la primera luz del día sentíase fatigado. Entonces fue cuando, cerrando ruidosamente las mandíbulas, se detuvo repentinamente en su camino.

Por fin se realizaba el encuentro que tanto deseaba. Ello ocurrió en un claro de la selva alumbrado por la fría luz de la aurora. Era una especie de anfiteatro enclavado junto a una colina y en la parte del Este. Con la cabeza tendida hacia el perro, esperándolo, husmeando amorosamente el olor que se desprendía de él, estaba *Maheegun*, la joven loba. *Bari* no la había olfateado, pero la vio en cuanto salió de la hilera de bálsamos que circundaban el claro. Detúvose entonces y por espacio de un minuto ni uno ni otro hicieron el menor movimiento. Apenas respiraban.

La loba y el perro no se llevarían más de quince días de edad, pero *Maheegun* era visiblemente más pequeña que *Bari*. Su cuerpo era más flaco y sus patas, semejantes a las de una zorra, más delgadas. Su lomo aparecía ligeramente curvado, señal evidente de que el animal corría con la rapidez del viento. Se dispuso a emprender la fuga al ver que *Bari* avanzaba hacia ella, pero luego, lentamente, fue desapareciendo la tensión de su cuerpo y fueron abatiéndose sus orejas.

*Bari* gimió. Tenía las orejas y la cabeza erguidas. También su poblada cola parecía recta. El cachorro hallábase ya a metro y medio de la loba, mas no creyó conveniente insinuársele en seguida. Como por casualidad, se volvió de espaldas y miró hacia el Este, en cuyo cielo una pincelada de carmín y oro anunciaba la llegada del nuevo día. Estuvo algunos momentos olfateando el aire y mirando a su alrededor con cierta altivez, llevado del deseo de impresionar a su hermosa compañera. Con ello no hacía sino imitar al hombre.

La loba se impresionó realmente. La estratagema de *Bari* tuvo tanto éxito como las astucias de los humanos. *Bari* olfateó celosamente el aire como si sospechara la presencia de algún peligro, y la loba siguió su ejemplo enderezando las orejas. Acto seguido el perro miró a un lado y a otro para excitar la curiosidad de la loba, y lo logró, pues ésta fijó en él una mirada interrogadora. Después, *Bari* gimió cual si hubiese descubierto algo que para ella era incomprensible y la loba le respondió con gemido igual, pero más tímido y suave, con esa timidez propia de la hembra que teme replicar a su dueño. Inmediatamente, *Bari* se acercó decidido, y el perro y la loba se olfatearon los hocicos afectuosamente.

Cuando, media hora más tarde, salió el sol, estaban aún en el pequeño claro

inmediato a la colina y cercano al lindero del bosque; más allá había una gran extensión cubierta por una capa de escarcha y sembrada de árboles. Los primeros resplandores del día brillaron sobre aquella región que el calor del sol iba haciendo más agradable.

Ni *Barí* ni su compañera experimentaban el menor deseo de moverse, y por espacio de un par de horas permanecieron allí tomando el sol y contemplando la llanura que se extendía ante ellos como dilatado mar.

La loba también había tratado de reunirse con la manada, y, como *Barí*, fracasó en su empeño. Estaban rendidos, un poco descorazonados y hambrientos, pero satisfechos en el fondo, ante los placeres que instintivamente esperaban de las relaciones que acababan de iniciar. Media docena de veces se levantó *Barí* para husmear alrededor de la loba, que estaba tendida al sol. Al mismo tiempo, gemía levemente y rozaba su piel suave con el hocico, pero ella permanecía impassible. Por fin se puso en pie y siguió los pasos del perro.

Estuvieron todo el día caminando al azar y nuevamente descansaron unidos. Por fin llegó la noche.

No había luna ni estrellas. Grises masas de nubes surcaban lentamente el espacio procedentes del Noroeste y una suave brisa agitaba las cúspides de las copas de los árboles. Al oscurecer había empezado una nevada pesada y silenciosa. No hacía frío y era tan grande el silencio, que *Bari* y su compañera se detenían a cada instante para escuchar... Era la primera de las grandes nevadas.

Para los animales carnívoros de la selva, ya fueran cuadrúpedos o aves, las primeras nieves eran un *nuncio* de grandes festines, de noches de tragedia y de luchas en las heladas pistas. Habían pasado ya los apacibles días de la maternidad y la crianza, los meses deliciosos de la primavera y el verano, y advertíase el despertar de las tierras del Norte. Olíanse las llamadas de las fieras que se preparaban para las grandes cacerías. Y con estos auspicios habíase desparramado por la selva una ráfaga de terror que lo inmovilizaba todo. Para *Bari* y la loba todo aquello era nuevo, y su sangre corría excitada, sus pies movíanse ligeros y sus orejas se erguían para recoger d más leve rumor.

Aquella primera gran nevada hacía les sentir la excitación de una nueva vida que los invitaba a aventuras en el blanco misterio de la silenciosa tormenta, y llevados de la confianza que les prestaba la juventud, siguieron adelante.

La capa de nieve que cubría la tierra hacía se cada vez más densa. En los espacios abiertos se hundían en ella hasta las rodillas y la nieve continuaba cayendo como enorme y blanca nube que descendiera del espacio. Cerca de medianoche cesó la nevada, las nubes se alejaron; por debajo de la luna y de las estrellas y durante un buen rato, *Bari* y su compañera permanecieron inmóviles contemplando desde lo alto de una colina un mundo nuevo y maravilloso.

Nunca su vista había logrado abarcar tanto de noche. A sus pies se extendía una región inmensa. Podían ver claramente sus bosques, los árboles solitarios que

parecían fantasmas erguidos entre la nieve, un arroyo, no helado todavía, que brillaba como un cristal a la luz de la luna. *Bari* guió a la loba hacia el arroyo. Ya no se acordaba de Rama de Sauce, y, sintiéndose feliz, se volvió, frotó con su hocico a su compañera. Deseaba revolverse en la nieve y jugar con ella. Se dispuso a ladrar, a levantar la cabeza al cielo para aullar como aullara a la Luna Roja, pero algo le contuvo. Tal vez fue conducta de la loba, la cual aceptaba fríamente sus atenciones. Una o dos veces pareció asustada y otras tantas *Bari* oyó el ruido que hacían sus dientes al entrecuchar. La noche anterior, durante la tempestad, los lazos de amistad que entre ambos existían habíanse estrechado, y sin embargo ahora parecía como si la loba se mostrase reservada. Pierrot podría haber explicado lo que ocurría. Debido a la nieve que lo rodeaba y a la luz de la luna y de las estrellas, *Bari*, como la noche, había sufrido una transformación: su pelambre había adquirido un brillante color de azabache. Su cuerpo era negro, ¡negro! He aquí *la* causa de todo. La Naturaleza comenzaba a inculcar a la loba el conocimiento de que el animal más odiado por los de su especie teñía aquel color.

La loba no tenía experiencia ninguna, pero el instinto le daba a entender la remota antipatía y enemistad que siempre hubo entre lobos y osos negros. Y el pelambre de *Bari*, a la luz de la luna y rodeado por la nieve, tenía al color negro mucho más fuerte que el del cuerpo de aquel oso que surgiera ante el perro mientras pescaba en el arroyo durante los días luminosos de mayo. Mientras tuvieron ante ellos la inmensa llanura, la joven loba siguió a *Bari* sin vacilar, pero ahora se notaba en cierta indecisión y por dos veces se detuvo estando a punto de dejar que *Bari* se alejara sin ella.

Una hora después que hubieron entrado en la llanura llegó súbitamente del Oeste el confuso aullar de la nada. Tales aullidos no venían de lejos —seguramente de kilómetro y medio de distancia— y eran tan rápidos que denotaban que perseguían de cerca a alguna pieza. Al oír los gritos de los de su raza, la loba salió de estampía.

Lo inesperado de tal movimiento y la rapidez de su fuga fue causa de que *Bari* no pudiera seguiría muy de cerca. Por espacio de cinco minutos la manada corrió tan cerca de la pieza, que ninguno de los lobos lanzó el menor aullido. De pronto los cazadores torcieron hacia la loba y *Bari*. Éste se hallaba a cosa de veinte metros de ella, y al oír el ruido que producía la manada en; los matorrales próximos, les hizo detenerse tan rápidamente que sus patas anteriores se hundieron en la nieve. Diez segundos más tarde salió un reno del matorral y pasó a menos de veinte metros de donde se hallaban, de modo que pudieron oír perfectamente su respiración jadeante mientras se alejaba. E inmediatamente apareció la manada.

Al ver a aquellos raudos animales grises, parecióle a *Bari* que el corazón quería saltársele del pecho. Se olvidó de su compañera. La luna, las estrellas, el frío de la nieve... todo desapareció para el perro, Al olfatear al reno, sintióse penetrado de la pasión de la matanza y echó a correr junto a la manada.

La loba le precedía y él la continuaba viendo, pero con la excitación de su

primera cacería, ya no sintió el deseo de correr a su lado. Muy pronto se encontró al lado de uno de los grises monstruos de la manada dio minuto más tarde, otro cazador salió de la espesura y echó a correr tras él. Luego otro y otro; a veces corría rozándose con sus nuevos compañeros y oía gemidos de excitación que proferían y el chasquido de sus dientes. A la dorada luz de la luna divisaba al fugitivo, el cual saltaba los matorrales y troncos que se oponían a su loca carrera.

Dijérase que *Barí* había pertenecido siempre a la manada. Se unió a ella con la mayor naturalidad, tal como lo hicieron otros lobos solitarios; ni lo acogieron con la cordialidad que lo hiciera la joven loba ni le demostraron la menor hostilidad. Pertenecía ya a aquel hatajo de flacos y rápidos bandidos, y sus mandíbulas se abrían y cerraban ruidosamente y ardía su sangre al percibir el olor del reno, olor que era cada vez más fuerte. Al mismo tiempo iba haciéndose por momentos más claro el ruido que producía al correr.

*Bari* creía que iba a dar alcance al reno, cuando desembocaron en una dilatada llanura en la que no se veía un solo árbol. El reno fue el primero en hollar su inoculada alfombra de nieve. Iba a unos cien metros en la vanguardia de la manada. De pronto los dos lobos que le perseguían más de cerca, desviáronse el uno hacia la izquierda y el otro hacia la derecha de la res. El resto de la manada, como disciplinado ejército, dividióse en dos grupos y se abrió en forma de abanico...

Avanzaron raudamente las dos filas de lobos y después se fueron cerrando delante del reno, a quince o veinte metros de él. Así, hábilmente y con la mayor rapidez y precisión, la manada formó una especie de herradura. Para el reno, inclinarse ligeramente hacia la derecha o a la izquierda significaba la muerte. Después cuando los dos lobos que iban delante se juntaran cerrando la herradura, la situación sería muy clara pues el reno quedaría completamente cercado.

*Bari* habíase situado detrás del reno. De pronto la llanura por la que corrían iniciaba un descenso dejando ver un río a poca distancia, lo cual levantó la esperanza casi desvanecida del reno. Cuarenta segundos más tarde habría decidido todo. O sería aquél el último momento de su vida o huiría la persecución de que era objeto. *Bari* sintió la intensa emoción de aquellos momentos culminantes. Uno de los dos lobos que hacían de guías dio el salto para hacer presa en el tendón de una de las patas posteriores del reno, pero no pudo lograrlo. El guía del lado opuesto lo intentó a su vez sin mejor resultado.

No hubo tiempo para que los demás se situaran convenientemente. Desde su sitio *Bari* oyó claramente el ruido que produjo el reno al lanzarse al agua, y cuando *Bari* pudo unirse al grueso de la manada, ésta se había convertido en una horda enloquecida y gruñidora. Entre tanto el reno nadaba apresuradamente hacia la orilla opuesta del río.

Entonces fue cuando *Bari* se encontró al lado de la loba, la cual jadeaba de cansancio. Le salía la lengua de las abiertas quijadas. Al acercarse *Bari*, cerró la boca ruidosamente y se apresuró a refugiarse entre sus desencantados y furiosos

compañeros. Los lobos estaban de un humor espantoso, pero *Bari* no lo advirtió. Rama de Sauce le había enseñado a nadar como una nutria y no comprendía por qué aquel estrecho río detenía a la manada. Él corrió hacia la corriente y se internó en el agua hasta que ésta le llegó al vientre. Entonces se detuvo y se volvió para contemplar a los lobos, maravillándose de que no le siguieran. De nuevo volvió a reunirse con la manada y entonces toda ella le contempló con interés cual si le viera por vez primera. La causa de ello era la negrura de su piel.

Cesó entonces el inquieto rebullir de la horda. El interés que se había adueñado de ellos hizo que sus mandíbulas se cerrasen ruidosamente. *Bari* vio a su compañera al lado de un enorme lobo gris y se acercó a ella. La loba permaneció con las orejas agachadas hasta que él le olfateó el cuello. Entonces, dando un fiero gruñido, se revolvió y hundió los dientes en la blanda carne del lomo de *Bari*. Lo inesperado del ataque y el dolor que le produjo el mordisco le obligaron a proferir un alarido. Inmediatamente fue atacado por el enorme lobo gris.

Nuevamente cogido de sorpresa, el perro rodó por la nieve con los dientes del lobo clavados en el cuello. Mas por su cuerpo corría la sangre de *Kazán*. Todo en él era de la misma índole que en su padre y por primera vez combatió, como éste lo hiciera en la Roca del Sol. Era joven y aún tenía que aprender la habilidad y la estrategia de los veteranos, pero sus mandíbulas eran como las de acero de las trampas de Pierrot. Invadió su corazón repentina y ciega rabia y un deseo de matar que dominaba toda su sensación de dolor.

En aquella lucha, de haber sido leal, habría vencido *Bari* pese a la desventaja de su juventud y su inexperiencia. En una lucha leal, la manada habría esperado, pues tal era la ley que observaban hasta que uno de los combatientes quedaba vencido. Pero *Bari* tenía la piel negra. Era un extraño, un intruso, un animal al que descubrieron en un momento en que estaban poseídos de la rabia y de la decepción, propios de los carnívoros que no han podido cazar la codiciada pieza. Saltó otro lobo mordiendo traidoramente a *Bari* en el costado y cuando éste asió con sus dientes la pata trasera de su primer enemigo, se arrojó sobre él la manada entera.

Si de tal modo hubieran atacado a un reno, le habrían dado muerte en menos de un minuto. Todos los dientes habrían hecho presa en la víctima. Mas en el caso actual, gracias a la afortunada circunstancia de que *Bari* estaba debajo de sus dos primeros enemigos, quedó protegido por sus cuerpos, lo que evitó que fuera despedazado. Sobre él rugía y se revolcaba la horda bestial. Sintió el dolor de los dientes que se clavaban en su carne. Le pareció que un millón de cuchillos lo estaban haciendo pedazos. Sin embargo, no profirió gemido alguno.

Medio minuto más tarde habría acabado todo, de no haber tenido lugar el ataque a poquísima distancia de la corriente. Minada por la erosión de las inundaciones primaverales, se hundió repentinamente una parte de la orilla y con ella cayeron al agua *Bari* y algunos lobos. Con rapidez extraordinaria se reprodujo en la mente de *Bari* la fuga del reno, y, aprovechando el instante de confusión que lo libertó de sus

enemigos, pasó de un salto por encima de éstos y se zambulló. Tras él resonó un desesperado batir de mandíbulas. Y así como salvó al reno, aquella brillante corriente acababa de salvar a *Bari*.

No tenía el arroyo más de treinta metros de ancho, pero *Bari* tuvo que librar dura lucha para cruzarlo y hasta que alcanzó la orilla opuesta no se dio cuenta de la importancia de sus heridas. Una de sus patas traseras estaba completamente inutilizada. En la parte delantera del lomo, sobre la pata izquierda, presentaba una herida tan enorme que veíasele por ella el hueso. Su cabeza, su cuerpo entero estaba lleno de mordiscos, y, al caminar por la orilla del río, dejaba una ancha estela de sangre. Ésta brotaba de su abierta boca, de sus patas, de su lomo, de su vientre y de sus orejas, una de las cuales parecía haber sido cortada por un cuchillo. Sentía una inmensa postración y veía las cosas como envueltas en una nube. No oyó los aullidos que instantes después lanzara la decepcionada horda. Ni siquiera se daba cuenta de la existencia de la luna y de las estrellas. Casi exánime fue a rastras hacia unos abetos enanos donde quedó inmóvil, sin dar señales de vida.

Hasta el mediodía siguiente no se movió. La fiebre hacía arder su sangre y *Bari* creyó que iba a morir, pero la fiebre fue cediendo paulatinamente y al fin venció la vida. Al mediodía se incorporó. Estaba débil; apenas podía andar. Su parte posterior carecía de movimiento y el dolor que sentía al tratar de avanzar era intolerable. Pero el día era espléndido, el sol ardía y la nieve empezaba a fundirse. El cielo parecía un enorme mar azulado y oleadas de vida penetraron en el cuerpo del can. Sus deseos eran ahora muy distintos, y dio por terminada su expedición.

Los ojos de *Bari* se iluminaron con roja ferocidad mientras gruñía en la dirección en que tuviera lugar el ataque la noche anterior. Los lobos ya no eran sus hermanos. Ya no volvería a atraerle la llamada de caza. De pronto había nacido en él un odio mortal hacia los lobos, un odio que iría aumentando de día en día hasta convertirse en una verdadera dolencia, algo que pedía urgentemente la venganza más atroz. La noche anterior se acercó a ellos como camarada, pero hoy era un proscrito. Herido, destrozado, con huellas en su cuerpo para toda la vida, había recibido una dura lección... tan dura que no la olvidaría jamás.

## Capítulo XIX

En la cuarta noche de la ausencia de *Bari*, en la cabaña de Gray Loon, Pierrot fumaba en su pipa después de una buena cena de filete de reno, mientras relataba a Rama de Sauce el maravilloso blanco que había hecho al dar caza al rumiante. Así estaban padre e hija, cuando se oyó un ruido en la puerta. Rama de Sauce la abrió y entró *Bari*. La joven fue a dar un grito de alegría, pero se contuvo y Pierrot quedó estupefacto, resistiéndose a creer que aquel perro fuera el mismo *Bari*. Tres días de hambre, pues no pudo cazar a causa del mal estado de su pata posterior, lo habían dejado en los huesos. Destripada la piel y lleno de cuajarones de sangre seca que colgaban de su largo pelo, tenía un impresionante aspecto que hizo dar a la joven un gran suspiro. Extraña sonrisa se dibujaba en los labios de Pierrot mientras se inclinaba en su silla; y luego, poniéndose en pie y mirando al perro desde más cerca, dijo a Rama de Sauce:

—*Ventre saint gris! Oui*<sup>[9]</sup>, ha estado con la manada, pero ésta no lo ha querido y le ha atacado. No ha tenido que luchar con un lobo solo, sino con toda la manada. Tiene lesionadas todas las partes del cuerpo. ¡Y, *mon Dieu*, lo extraño es que esté vivo!

La voz de Pierrot daba a entender claramente el asombró que sentía. No se resolvía a dar crédito a sus ojos, pero al fin tuvo que aceptar lo que era palpable. Lo ocurrido podía calificarse de milagro y por espacio de algunos minutos no pronunció una sola palabra, sino que estuvo contemplando al perro mientras su hija, despertando de su asombro, se disponía a dar de comer y a curar al pobre animal. Éste engulló vorazmente unas gachas frías. Cuando hubo satisfecho su hambre, Rama de Sauce empezó a lavarle las heridas con agua caliente, untándolas luego con grasa de oso, todo ello sin dejar de hablarle en su dulce lenguaje *cree*. Después del dolor, del hambre y de la traición que halló en su aventura, aquella vuelta al hogar resultó deliciosa para *Bari*. Aquella noche durmió a los pies de la cama de Rama de Sauce y a la mañana siguiente despertó a la joven lamiéndole las manos.

Reanudóse entre la muchacha y *Bari* la camaradería interrumpida por la desertión de éste, y ahora el perro se manifestaba más adicto que nunca. Él fue quien desertó, abandonando a la joven, para unirse a la manada, y parecía darse cuenta de lo grande que había sido su perfidia, por lo que trataba de hacerse perdonar. Verdaderamente habíase operado un cambio enorme en él. No abandonaba a Rama de Sauce ni un momento, pues siempre estaba pegado a sus faldas, y en vez de dormir por la noche en el cobijo de abeto que Pierrot le había construido, se hizo un hoyo en la tierra junto a la puerta de la cabaña y allí se echaba por las noches. Pierrot y Rama de Sauce



creyeron comprender los nuevos sentimientos de *Barí*, pero en realidad, el misterio quedó sin descubrir. Ya no jugaba como lo hiciera antes de huir al bosque; no mordisqueaba ramitas ni corría hasta perder el aliento por el solo placer de correr. Su infancia había terminado y ahora imperaba en él una adoración sin límites y una cruel amargura, un amor extraordinario por su ama y el odio más feroz hacia la manada y hacia todo lo que con ésta se relacionara. En cuanto oía un aullido de lobo gruñía encolerizado y mostraba los dientes con tal fiereza, que hasta el mismo Pierrot se apartaba de él. Pero el contacto de la mano de Rama de Sauce le calmaba en el acto.

Dos semanas después comenzaron las grandes nevadas del invierno y Pierrot se dispuso a inaugurar sus excursiones a lo largo de la línea de trampas. Rama de Sauce hizo un magnífico trato con su padre, el cual le había prometido hacerla partícipe del producto de la caza. De cada cinco trampas, de cada cinco hoyos cubiertos y de cada cinco cebos envenenados, uno sería de propiedad de Rama de Sauce y con el producto de lo que con ellos se cazara, compraría un pequeño y viejo órgano que había en venta en Nelson House, adonde irían con las últimas nieves.

Este plan comunicó a Rama de Sauce un entusiasta e infatigable interés en la caza, y en cuanto a Pierrot, habría dado gustosamente su mano derecha para proporcionar el órgano a Rama de Sauce y estaba resuelto a adquirirlo, tanto si Rama de Sauce tenía suerte en la caza como si ocurría lo contrario. La concesión de las trampas había sido una simple excusa para tener siempre a su lado a Rama de Sauce. No quería dejarla sola en la cabaña, aunque a ella no se lo dijo. Sabía que Mac Taggart volvería a Gray Loon probablemente más de una vez durante el invierno. El factor poseía muy veloces perros y el viaje era corto. Y cuando llegase Mac Taggart no convenía que Rama de Sauce estuviera en la cabaña... sola.

La línea de trampas de Pierrot se dirigía hacia el Norte y luego hacia el Oeste, y cubría unos setenta y cinco kilómetros, con el promedio de dos trampas, un hoyo y un cebo envenenado en la extensión de un kilómetro y medio. Naturalmente aquella línea no era recta, sino sinuosa, y cruzaba corrientes, claros, matorrales, bosques, lagos y terrenos estériles, a fin de que las trampas estuvieran en lugares adecuados para la caza de tan diversos animales como visones, nutrias, martas, gatos pescadores, linceos, zorros y lobos. A la mitad aproximadamente de esta línea, Pierrot había construido una pequeña cabaña de troncos y al final otra, de manera que no habían de recorrer diariamente más de cuarenta kilómetros. Esta distancia era corta para Pierrot, y cuando Rama de Sauce se hubo ejercitado durante unos días, tampoco le parecía larga.

Durante los meses de octubre y noviembre estuvieron recorriendo la línea con regularidad, haciendo una ronda completa cada seis días. Así podían descansar el séptimo en la cabaña de Gray Loon y otro día en la cabaña del extremo de la línea. Para Pierrot este trabajo no era sino un medio para ganarse la vida; para Rama de Sauce y para *Bari* en cambio, era una alegre aventura y ni por un momento se hacía pesada. Ni siquiera el mismo Pierrot podía substraerse al entusiasmo que emanaba de

sus compañeros de caza, pues era contagioso y el pobre se sentía tan feliz como no se había sentido desde que murió su esposa.

Aquellos meses fueron espléndidos. Los animales de hermosa piel abundaban y aunque el frío aumentaba, no se producían tormentas. Rama de Sauce no solamente llevaba una mochila a la espalda para que la carga de su padre fuese más ligera, sino que adiestró a *Bari* a transportar unos cestitos que ella misma hacía y en los cuales colocaba los cebos. Por lo menos en una tercera parte de las trampas, siempre había lo que Pierrot llamaba *hojarasca*, es decir, conejos, búhos, grajos y ardillas. Estos animales, una vez despojados de sus pieles o plumas, constituían el cebo para las trampas.

Una tarde de los primeros días de diciembre, padre e hija volvían a Gray Loon cuando, de pronto, el primero se detuvo a una docena de pasos ante la muchacha y miró el suelo cubierto de nieve. Extrañas huellas se habían unido a las suyas y se dirigían hacia la cabaña. Por espacio de medio minuto Pierrot permaneció silencioso e inmóvil. La pista procedía del Norte y en aquella dirección estaba Lac-Bain. También se veían señales de grandes botas de nieve, y la distancia que mediaba de una impresión a otra indicaba que el que por allí había pasado era un hombre de elevada estatura. Antes de que Pierrot hablase, Rama de Sauce había adivinado ya lo que aquello significaba.

—*M'sieu le* factor de Lac-Bain —dijo.

*Barí* olfateaba con desconfianza las extrañas huellas y profirió un leve gruñido que hizo erguirse a Pierrot.

—Sí, es *m'sieu* —dijo éste.

Mientras se acercaban a la cabaña, palpitaba apresuradamente el corazón de la joven. No tenía miedo alguno a Mac Taggart, mas no dejaba de sentir cierta alarma al preguntarse por qué el factor habría ido a la cabaña. Pero era el caso que no tenía necesidad de hacerse tal pregunta, puesto que de antemano conocía la respuesta. Y Rama de Sauce sabía muy bien que el factor de Lac-Bain no tenía allí nada que hacer, a excepción de satisfacer su deseo de verla. Ardió la sangre en sus mejillas al pensar nuevamente en el brutal ataque de que la hiciera víctima. ¿Sería capaz de intentarlo otra vez?

Pierrot, absorto en sus sombríos pensamientos, apenas oyó la extraña risa que salió de los labios de su hija. Rama de Sauce había vuelto a oír proferir un ahogado gruñido de *Barí*. Cuando se hallaban a cosa de un kilómetro de la cabaña, la joven descargó al perro del cestillo que transportaba y se lo echó a la espalda. Diez minutos más tarde un hombre avanzaba al encuentro de los cazadores.

No era Mac Taggart. Pierrot lo reconoció en el acto y dando un ruidoso suspiro de alivio, saludó al hombre con la mano. Era Debar, que cazaba con trampa en la Región Estéril, al Norte de Lac-Bain. Pierrot lo conocía perfectamente y muchas veces se habían proporcionado mutuamente veneno para las zorras. Eran amigos y con placer se estrecharon las manos. Debar miró extasiado a Rama de Sauce y exclamó:

—*Tonnerre!*, está hecha una mujer.

Y efectivamente, como mujer hecha y derecha lo miró Rama de Sauce, sintiendo que el rubor coloreaba sus mejillas, mientras le hacía una clásica reverencia.

Debar no perdió tiempo en dar cuenta de su comisión, y antes de que llegara a la cabaña, Pierrot y Rama de Sauce sabían ya a lo que había ido allí. *M'sieu le factor*, dentro de cinco días, tenía que hacer un largo viaje y había mandado a Debar como mensajero especial con objeto de pedir a Pierrot que fuese a la factoría para ayudar al empleado y al almacenero mestizo durante su ausencia. Pierrot no contestó nada al principio, pero reflexionó detenidamente. ¿Por qué no solicitaba la ayuda de otro que estuviera más cerca? Y así, tratando de descubrir la verdad, no habló hasta que en la cabaña ardió el fuego y Rama de Sauce se ocupó de preparar la cena.

Pero Debar se encogió de hombros al oír las recelosas preguntas de Pierrot.

—Primero me preguntó si podría quedarme yo —dijo—, pero mi mujer tiene un pulmón estropeado, Pierrot. Se le heló el invierno pasado y no me atrevo a dejarla sola durante muchos días. El factor tiene mucha confianza en ti. Además, conoces a todos los cazadores que venden sus pieles a la Compañía. También me encargó que te dijera que no te preocupes por tus trampas, porque te pagará el doble de lo que pudieras haber cogido mientras estés en la factoría.

—¿Y... Rama de Sauce? —preguntó Pierrot—. ¿Sabe *m'sieu* que la llevaré conmigo?

Rama de Sauce, que estaba al lado de la estufa, se inclinó para oír mejor y el corazón le dio un vuelco al oír la respuesta de Debar.

—Nada dijo acerca de eso. De todos modos, creo que no le vendría mal la distracción.

Aquella noche no hablaron más del asunto, pero por espacio de algunas horas Pierrot estuvo meditando y se hizo muchas veces la pregunta de por qué Mac Taggart le mandaba llamar. No era el único que conocía a todos los cazadores cuyos nombres figuraban en los libros de la Compañía. Wasson, por ejemplo, el mestizo escandinavo, cuya cabaña estaba a menos de cuatro horas del puesto..., o Baroche, el francés de barba blanca que vivía aún más cerca y cuya palabra era tan digna de crédito como la misma Biblia, los conocían también. «No hay duda —acabó diciéndose— de que *m'sieu* desea conquistar primero al padre para ganarse después la simpatía de la hija, porque, realmente, es un gran honor el que le confiere el factor». Sin embargo, en lo más profundo de su corazón sentía extraña desconfianza.

Cuando a la mañana siguiente Debar estuvo a punto para marchar, Pierrot le dijo:

—Dile a *m'sieu* que pasado mañana saldré para la factoría.

Y en cuanto Debar se hubo marchado, dijo a Rama de Sauce:

—Tú te quedarás aquí, *ma chérie*. No te llevo a Lac-Bain porque he soñado que *m'sieu* no emprenderá viaje alguno. Ha mentido. En vez de eso, estará *enfermo* cuando yo llegue al puesto. Sin embargo, si prefieres venir conmigo...

Rama de Sauce se enderezó como una caña momentáneamente doblada por el

viento.

—*Non!* —exclamó tan enojada que Pierrot no pudo menos de sonreír y de frotarse las manos.

Así fue como, dos días después de la visita del cazador de zorros, Pierrot sallo hacia Lac-Bain, mientras Rama de Sauce, desde la puerta, movía la mano en señal de despedida.

Y estuvo diciendo adiós hasta que Pierrot se perdió de vista.

En la mañana de aquel mismo día, Mac Taggart se levantó de la cama antes de amanecer. Había llegado la ocasión. Sus vacilaciones respecto a si asesinaría o no a Pierrot hicieron la luz en su mente y le permitieron concebir un medio mucho mejor.

No había escapatoria posible para Rama de Sauce.

Era un plan magnífico y tan fácil de llevar a cabo como seguro. Mientras actuaba, Pierrot se figuraría que él, el factor, estaba en el Este.

Antes de que amaneciese tomó el desayuno, y emprendió la marcha cuando el sol no había salido aún. Deliberadamente se encaminó hacia el Este, a fin de que al llegar del Sudeste, Pierrot viese que la pista del trineo se extendía en tal dirección. Habíase propuesto que el padre de la joven no concibiera la más mínima sospecha, aunque para ello tuviese que dar un gran rodeo y no llegar a Gray Loon hasta el segundo día. Era preferible aplazar el asunto veinticuatro horas, porque también había que tener en cuenta la posibilidad de que pierrot se hubiese retrasado. Por eso no apresuró su marcha.

Mac Taggart estaba muy satisfecho al ver que iban a cumplirse sus esperanzas. Era indudable que Rama de Sauce no acompañaría a su padre a Lac-Bain, y por lo tanto la encontraría en su cabaña y... sola.

Esta soledad no había impresionado a la joven. A veces el aislamiento le resultaba agradable, pues, estando a solas con sus pensamientos, dejaba que éstos vagaran por las regiones del ensueño y fantaseaba sobre cosas de cuyo misterio no quería hacer partícipe ni siquiera a su mismo padre. Estaba convirtiéndose en una mujer —todavía no era más que un capullo exquisito de mujer— aunque no por ello perdía las gracias de la adolescencia, como si la mano del Todopoderoso vacilara aún en hacer en ella la gran transformación. Cuando, como entonces, se quedaba sola, se ponía su traje rojo y peinaba su cabello como había observado en las revistas que, a instancias de Pierrot, le enviaban dos veces al año desde Nelson House.

Al segundo día de la ausencia de Pierrot, Rama de Sauce se puso su traje de fiesta, pero aquella vez se dejó el cabello suelto. A la altura de la frente, y en torno a la cabeza, se ató una cinta roja. Alas no dio por terminado su tocado, porque aquel día tenía maravillosos proyectos. En la pared, junto al espejo, clavó una página de una revista femenina. En ella había algunos magníficos modelos de peinados con tirabuzones. Y a dos mil kilómetros de la soleada California, donde se lucieron aquellos grabados, Rama de Sauce, frunciendo los rojos labios, se absorbía en la tarea de desentrañar el misterio de los tirabuzones que tan lindamente adornaban las cuezas

de aquellas jovencitas dibujadas en el periódico.

Estaba mirándose al espejo, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes por la excitación de su empeño en convertir en bucle una de sus largas trenzas, cuando se abrió la puerta que había, a su espalda y penetró por ella Mac Taggart.

## Capítulo XX

Rama de Sauce, que, como hemos dicho, hallábase de espaldas a la puerta cuando entró el factor de Lac-Bain, estuvo sin volverse por espacio de algunos segundos. Creyó en un principio que era su padre el que entraba, pero un furioso gruñido de *Bari* la obligó a ponerse súbitamente en pie y a volverse hacia la puerta.

Mac Taggart no había dejado de tomar sus precauciones. Dejó fuera su mochila, su rifle y el pesado abrigo. Con la espalda en la puerta contemplaba a Rama de Sauce, vestida de rojo, suelto el pelo. El destino o el azar fueron contrarios a la joven. Si en el alma de Mac Taggart hubiese habido una pequeña chispa de caballerosidad o de delicadeza, habríase apagado ante la deslumbradora visión de su belleza. Nunca había estado Rama de Sauce tan hermosa, ni siquiera el día en que Mac Donald, el cartógrafo, la retratará. El sol, que entraba por la ventana, envolvía en un nimbo fulgurante su magnífica cabellera, y su ruborizado rostro encuadrado en aquel marco negro y brillante, semejaba un camafeo. Él había soñado en aquella belleza, mas nunca se la había imaginado tan hermosa como se le aparecía entonces, a pesar de que sus ojos estaban desorbitados por el miedo y una densa palidez se extendía por su rostro.

No transcurrió mucho tiempo sin que los ojos de ambos se encontraran en aquel silencio que a la joven parecía terrible. Ahora ésta se daba cuenta de cuán grande fue el peligro que corrió aquel día junto al remanso.

—*M'sieu!* —trató de decir, pero no pudo lograrlo, pues su garganta se negó a dar salida a sonido alguno.

Había oído claramente el ruido que hizo el pestillo de la puerta al cerrarse. Mac Taggart avanzó un paso. *Barí* permanecía inmóvil, como petrificado. Después del ligero gruñido que proferiera al principio, no volvió a hacer manifestación alguna de cólera. Mas cuando avanzó Mac Taggart, situóse de un salto ante Rama de Sauce, protegiéndola. Y su gruñido fue tan amenazador que Mac Taggart retrocedió asustado. Si entonces Rama de Sauce hubiese pronunciado una sola palabra, el asunto habría tomado distinto cariz, pues el perro habría permanecido a su lado; pero la pobre no tuvo fuerzas para hacerlo, circunstancia que aprovechó el factor porque, cuando *Barí* se arrojaba sobre él, oyóse un disparo cuyo fogueo deslumbró a la muchacha.

Mac Taggart había hecho fuego sin entretenerse en sacar la pistola de su cinto, y disparó al azar, pero *Barí* rodó por el suelo, donde al fin quedó inmóvil. El factor se echó a reír nerviosamente. Tan sólo un balazo en la cabeza podía haber causado tal efecto.

Rama de Sauce, con la espalda apoyada en la pared, esperaba. Mac Taggart se acercó de nuevo a ella y le dijo:

—He venido para hacerte mi esposa, Rama de Sauce.

Ésta no contestó. Angustiada, se llevó una mano a la garganta. Y Mac Taggart seguía acercándose a ella, al mismo tiempo que se decía que nunca había visto ojos tan hermosos.

—He venido para hacerte mi esposa, Rama de Sauce. Mañana nos iremos a la factoría Nelson y luego a Lac-Bain, donde nos instalaremos.

Sentíase satisfecho al observar que la pobrecilla tenía que apoyarse en la pared para sostenerse en pie. La victoria era suya, pues la muchacha no podía oponer resistencia alguna. *Barí* había muerto y Pierrot estaba ausente.

Pero cuando tendió los brazos para cogerla, quedó sorprendido ante la ligereza de la joven. Sin gritar, esquivó las manos que pretendían asirla, pues, aunque lograron coger un mechón de sus cabellos, éste se rompió y Rama de Sauce logró llegar hasta la puerta. Mas antes de que pudiera abrirla, el factor abalanzóse sobre ella, la rodearon sus brazos y la hizo volver al centro de la estancia. La joven, desesperada, comenzó a dar gritos, llamando a Pierrot, a *Barí*, a alguien que un milagro de Dios pudiera enviar en su ayuda.

Y luchó con todas sus fuerzas; se retorció en sus brazos hasta quedar de frente a él, mas no pudo verle; se lo impedía su suelto cabello que la envolvía totalmente, dificultando sus movimientos, sofocándola. Mas, a pesar de todo, luchaba. En sus esfuerzos por sujetarla, Mac Taggart tropezó con el cuerpo inanimado del perro y cayó. Entonces Rama de Sauce habría podido llegar hasta la puerta, pero de nuevo se lo impidió el cabello. Detúvose un momento para echárselo atrás a fin de poder ver, pero cuando lo logró, ya el factor se había colocado entre la puerta y ella.

No volvió a cerrarla, sino que se quedó mirando a la joven. Tenía el rostro ensangrentado y lleno de arañazos. Ya no era un hombre, sino un demonio. Rama de Sauce, extenuada ya y jadeante, dejó escapar un sollozo. Inclinandose, cogió una rama que había en el hogar, pero el factor pudo observar que ya no tenía fuerzas.

Sin temor, se acercó a la muchacha para quitarle la rama de la mano y de nuevo el azar se mostró contrario a la joven, pues ésta, en su apresuramiento, había cogido una rama demasiado delgada. A pesar de todo, azotó con ella a su enemigo, el cual recibió el golpe impasible, sin soltar su presa.

En vano luchaba ya para libertarse. Trató de gritar de nuevo, pero no logró emitir sonido alguno. Mac Taggart reía satisfecho, mas en aquel instante oyó que alguien abría la puerta. ¿Sería el viento? Volvióse, sosteniendo a Rama de Sauce entre sus brazos.

En el umbral de la puerta estaba Pierrot.

## Capítulo XXI

Durante los terribles instantes que siguieron, en la cabaña de Gary Loon pareció transcurrir una eternidad.

Pierrot permaneció inmóvil en el umbral. Mac Taggart, ocupado en sostener el peso de la joven en sus brazos, tampoco se movió, pero se quedó mirando a Pierrot. Luego se abrieron los ojos de la joven y un temblor convulsivo agitó el cuerpo de *Bari*, que estaba en el suelo, cerca de la pared. No se oía siquiera el rumor de un aliento. Por fin rompió el silencio un sollozo de Rama de Sauce.

Esto pareció devolver la movilidad a Pierrot, el cual, como Mac Taggart, había dejado fuera su abrigo y sus mitones. Habló y su voz no se parecía en nada a la suya propia, sino que era una voz extraña.

—Dios me ha hecho llegar a tiempo, *m'sieu* —dijo—. Yo también me dirigí al Oeste y allí vi sus huellas cuando torcían en esta dirección.

No, aquélla no era la voz de Pierrot. Mac Taggart se estremeció y, poco a poco, fue soltando a Rama de Sauce, la cual rodó al fin por el suelo. El factor se irguió.

—¿No es verdad, *m'sieu*, que he llegado a tiempo?

¿Por qué Mac Taggart movería afirmativamente la cabeza y contestaría con ahogada voz: «Sí, a tiempo»? No era precisamente porque tenía miedo, sino porque le impulsaba a ello una extraña fuerza.

—¡Gracias sean dadas a Dios! —dijo Pierrot con voz inquietante.

Y sus ojos, conturbados, encontráronse con los del factor, los cuales tenían también fulgores de demencia. Uno y otro comprendieron que se hallaban en peligro de muerte. Mac Taggart no llevó la mano a la pistolera ni Pierrot buscó su cuchillo, pero, cuando el choque se efectuó, estaban convertidos en dos fieras. La furia y la fuerza del lobo, del gato y de la pantera, animaban a Pierrot.

Mac Taggart era más alto y corpulento que su adversario y tenía una fuerza titánica; pero no pudo resistir la embestida de Pierrot y, mal de su grado, cayó de espaldas sobre la mesa, la cual crujió al recibir el pesado cuerpo. Muchas veces en su vida había luchado, pero jamás sintiera en su cuello presión semejante a la que en aquel momento ejercía la mano de Pierrot. De haber apretado un poco más, habríale asfixiado. Luchó y se retorció sobre la mesa para libertarse de la presión de la mano enemiga, pero ésta lo sujetaba con increíble vigor —con el mismo que el armiño se aferra a la yugular de la perdiz— y las mandíbulas de Mac Taggart se abrieron mientras su rostro se amorataba.

El aire frío que penetraba por la puerta abierta, la voz de Pierrot y el ruido de la lucha devolvieron a Rama de Sauce el sentido. Miró a *Bari* que estaba a su lado, y



luego a los dos hombres.

¡*Bari* estaba vivo! Movíase su cuerpo e hizo un esfuerzo para ponerse en pie.

La muchacha se arrastró de rodillas hacia los dos hombres. Pierrot, pese al temible deseo de matar que le ofuscaba, debió de oír el grito de alegría que la joven dio al ver que era el factor de Lac-Bain el que estaba debajo y dominado por su padre. Haciendo un esfuerzo extraordinario se puso en pie. Estuvo tambaleándose hasta que su cuerpo y su cerebro recobraron su dominio. Veía aquel rostro que iba ennegreciéndose bajo la presión de la mano de Pierrot, pero no que Mac Taggart buscaba a tientas su pistola. La halló y sin que lo advirtiera nadie la extrajo de la funda. Otra vez le favoreció la suerte, porque, debido a la excitación que le poseyera después de disparar sobre el perro, no se acordó de ponerle nuevamente el seguro, y entonces solamente le quedaban fuerzas para oprimir el gatillo. Moviéndolo dos veces su índice, disparando a quemarropa sobre Pierrot.

En el rostro de éste vio Rama de Sauce todo lo que había sucedido, paralizándosele el corazón en el pecho; cuando observó el rápido y terrible cambio que operaba en su padre la repentina muerte. Lentamente Pierrot se irguió; sus ojos se abrieron desmesuradamente por un instante, como asombrados, y sin proferir grito alguno ni mover siquiera los labios, se desplomó a los pies de su hija, dejando en libertad a Mac Taggart. Rama de Sauce, enloquecida, desesperada, sin fuerzas para proferir un lamento, se arrojó sobre Pierrot cerciorándose de que estaba muerto.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció así, ni cuánto tardó *Bari* en abrir los ojos. Mac Taggart se puso en pie y se apoyó en la pared. Empuñaba todavía la pistola.

La alegría del triunfo contribuía a aclarar sus ideas. Lo que acababa de hacer no le causaba el menor espanto.

En aquel mismo momento comenzó a planear su defensa, por si acaso fuera necesario justificar lo hecho. Pierrot lo asaltó con ánimo de asesinarlo, sin causa que lo justificara, y él, en defensa propia, disparó su revólver. ¿No era él el factor de Lac-Bain? ¿No darían, la Ley y la Compañía, más crédito a sus palabras que a las de aquella muchacha? Sentíase satisfecho del cariz que tomaban las cosas, especialmente porque comprendía que Rama de Sauce no se atrevería a contar lo que había ocurrido en la cabaña, en cuanto él hubiera hecho todo lo que tenía pensado. Enterrarían entre los dos a Pierrot y Juego ella iría con él a Lac-Bain para siempre. Y sí antes había estado indefensa, mucho más lo estaría ahora.

Olvido su crimen viendo a la joven inclinada sobre su padre y cubriéndolo casi por entero con su suelta cabellera. Mac Taggart guardó la pistola en la funda y dio un profundo suspiro. Aún no había recobrado del todo sus fuerzas, pero ya su rostro tenía la maligna expresión habitual. Dio un paso. Entonces se oyó un ruido que despertó a la joven de su ensimismamiento. En la sombra del rincón más lejano, *Bari* había conseguido ponerse en pie y lanzó un gruñido.

Lentamente Rama de Sauce levantó la cabeza. Una fuerza irresistible la obligo a levantar los ojos para mirar a Mac Taggart, de cuya presencia casi se había olvidado,

Sus sentidos estaban embotados. Dijérase que, al mismo tiempo que la del padre, se había extinguido la vida de la hija. Mas lo que en aquel momento viera en el rostro de Mac Taggart le hizo olvidar momentáneamente el dolor que la aturdió. El factor estaba en pie, a su lado, En su faz no se descubría el menor vestigio de compasión, ni siquiera de horror por lo que había hecho, sino tan sólo una expresión de triunfo, cuando miraba a la joven. Tendiendo una mano, la posó sobre la cabeza de la muchacha, y ésta sintió como aquellos dedos se enredaban en su cabellera, Al mismo tiempo que los ojos del factor brillaban como si fueran de fuego. Rama de Sauce luchó por levantarse, mas él se lo impidió.

—¡Dios mío! —gimió la joven.

No pronunció más palabras que éstas. Ni siquiera pidió clemencia. Lo que hizo fue prorrumpir en desesperado sollozo. Ninguno de los dos veía ni oía a *Bari*, el cual, aunque después de caer y levantarse dos veces, había logrado cruzar la estancia y hallábase ya junto a Mac Taggart, preparado para saltar sobre él y clavarle los dientes en la garganta del mismo modo que si se tratase de un reno. Pero carecía de fuerzas y tenía paralizada una parte del cuerpo, lo cual le impidió dar el salto. No obstante, sus férreas mandíbulas se cerraron furiosamente sobre una de las piernas del asesino.

Dando un grito de dolor, Mac Taggart soltó a Rama de Sauce. Por espacio de medio minuto la joven se vio libre y mientras el factor, a patadas, luchaba por liberarse de la horrible mordaza, corrió hacia la puerta y salió de la cabaña. El aire frío despejó su rostro y vigorizó sus pulmones. Sin saber adónde dirigirse, echó a correr por la nieve hacia el bosque.

Mac Taggart apareció en la puerta cuando la joven no había desaparecido aún. A pesar de la terrible mordedura de la pierna, pudo perseguir a la muchacha sin experimentar dolor alguno. Rama de Sauce no podía alejarse mucho. Pronto comenzaron a faltarle las fuerzas para huir, lo que arrancó a su perseguidor un grito de triunfo.

Cuando estaba a medio camino de los primeros árboles del bosque, apareció *Bari* en el umbral de la puerta, arrastrándose. Su boca sangraba a causa de las paladas que le diera el factor y entre sus orejas veíase el punto sangriento del balazo recibido, balazo que de haber profundizado un poco más, lo habría matado irremisiblemente.

De todas formas la herida equivalía a la que podría haber causado un grueso garrote, pues paralizó sus miembros y lo dejó inanimado. Ahora ya podía andar con más seguridad y, aunque lentamente, lanzóse tras la joven y el asesino.

A medida que corría íbasele aclarando el cerebro a Rama de Sauce, lo que le permitía reflexionar mejor, Volvió a tomar la senda por la que ya una vez la persiguiera el factor, mas antes de llegar al remanso, torció hacia la derecha. Veía como Mac Taggart, aunque no corría, iba dándole alcance. Retardaba el momento de caer sobre ella, recreándose con el espectáculo de su impotencia. A doscientos metros del remanso al que hizo caer a Mac Taggart, comenzaba una garganta, denominada Pluma Azul. Un salto de agua formaba en su insondable fondo una rebalsa.

Mientras Rama de Sauce corría hacia la garganta, iba adquiriendo forma en su mente una siniestra; idea, un pensamiento que pronto se convirtió en esperanza temiblemente grande y gloriosa.

Por fin llegó al borde de la garganta y miró hacia abajo, mientras con labios temblorosos y voz salida del alma cantó aquellos versos que su madre india había aprendido de sus antepasados:

*Padres nuestros: venid,  
venid a nos desde el valle.  
Guiadnos, que hoy morimos,  
pues hasta el viento habla de la muerte.*

Había levantado los brazos y al perfilarse su esbelta figura sobre el fondo inmaculado de la nieve, el factor, que estaba a cincuenta metros de distancia, se detuvo también y exclamó para sí:

—¡Qué hermosa es!

Bari se acercaba. Rama de Sauce miró de nuevo hacia el agua profunda, sin sentir miedo alguno, aunque muchas veces, al inclinarse en aquel lugar peligroso, habíase asido temerosamente, al brazo de su padre. Quince metros más abajo estaba el agua que no se helaba nunca, batiendo con furia los peñascos. Era profunda, negra y terrible. Entre las altas rocas que rodeaban el lugar, no penetraba nunca el sol, de modo que sus rayos no llegaban a la superficie del agua, del agua cuyos rugidos llenaban los oídos de la joven.

Volvióse para mirar a Mac Taggart. Éste no tenía idea de lo que iba a suceder y siguió acercándose con brazos tendidos. ¡Cincuenta metros! No era muy larga la distancia. Por otra parte, se acortaba cada más.

Nuevamente se movieron los labios de Rama de Sauce. Su alma estaba llena de esperanzas de conquistar la eterna bienaventuranza, y antes de morir invocaba el alma de su madre. Y pronunciando su nombre, se arrojó al abismo. Al caer, su flotante y hermoso cabello formó especie de brillante aureola.

## Capítulo XXII

El factor de Lac-Bain corrió hacia la orilla. Su voz, había proferido un largo grito de horror, llamando a la joven. Cuando llegó, miró hacia el fondo de aquel abismo, apretando convulsivamente las manos y contemplando con horror las hirvientes aguas y las negras rocas. No vio allí ningún indicio de la joven, ni el menor vestigio de su pálido rostro o de su largo cabello. La pobre muchacha se había suicidado sólo por librarse de él.

Aquella bestia humana sintió por vez primera el dolor de la tragedia que había originado y retrocedió temblando, casi sin fuerzas para mantenerse en pie. Durante toda su vida no había sido otra cosa que una fiera agresiva, poseído de un estoicismo y una crueldad incompatible con cualquiera emoción y jamás había experimentado nada que se pareciera ni remotamente al sentimiento que entonces se había apoderado de él, filtrándose hasta la medula de los huesos y paralizándole los miembros. No vio a *Bari*, ni oyó los gemidos que lanzaba el pobre animal en el borde del abismo. A su alrededor no veía sino negruras. Por fin, substrayéndose a su estupor, corrió frenético a lo largo de la orilla, mirando al agua y tratando de descubrir algo perteneciente a la joven. Perdió las esperanzas por completo. Rama de Sauce había desaparecido por huir de él.

Nuevamente, con estúpida obstinación, como si su cerebro no pudiera pensar en otra cosa, se dijo que Rama de Sauce... y Pierrot... habían muerto sólo por su propia culpa.

Volvíase para regresar a la cabaña, no por la senda de antes, sino a través de los densos matorrales. Empezaban a caer grandes copos de nieve. Los gruesos copos, al caer sobre sus desnudas manos y su rostro, despertaron con su frialdad la comprensión del asesino, el cual se sintió de nuevo favorecido por la suerte; la nieve lo cubriría todo, las huellas, la tumba en que iba a enterrar a Pierrot...

A un hombre como Mac Taggart no le cuesta mucho aponerse de un choque moral. Cuando columbró la cabaña, reflexionaba ya sobre cosas materiales, sobre las necesidades que imponía la situación. Lo más horroroso, se dijo, no era que hubiesen muerto Pierrot y a Rama de Sauce, sino que sus ensueños hubieran quedado destruidos para siempre. Nada le importaba la muerte de la muchacha en sí. Lo que le importaba era el haberla perdido. Eso es lo que verdaderamente le disgustaba. Lo otro, el crimen, era fácil de ocultar.

No le guió el sentimiento al excavar la tumba de pierrot junto a la de su esposa, bajo el alto abeto, sino la precaución. Enterró como es debido al trampero. Luego, derramó la provisión de petróleo del muerto en el lugar más a propósito para

convertir la cabaña en una hoguera y aplicó un fósforo. Hecho esto, permaneció junto a los primeros árboles del bosque hasta que la cabaña quedó convertida en una masa de llamas. La nieve caía espesa, cubriendo la tumba de Pierrot con albo manto. Las precauciones tomadas garantizaban al factor la seguridad de no ser descubierto. Por lo tanto no sentía el menor recelo mientras hacía su camino de regreso a Lac-Bain. Nadie exhumaría el cadáver de Pierrot Duquesne, ni nadie podría revelar lo sucedido. Mas su alma negra no podría librarse nunca de la visión del rostro pálido y triunfante de Rama de Sauce cuando se volvió hacia él en el momento de disponerse a dar la vida por la honra, y él exclamó: «¡Qué hermosa es!».

Y así como Mac Taggart había olvidado a *Barí*, éste no se acordaba del factor. Mientras Mac Taggart corría a lo largo de la orilla en busca de Rama de Sauce, el cerro se había tendido sobre las huellas que en la nieve dejara su amita y miraba hacia el fondo del precipicio. La vio cuando se arrojaba al agua, mas esto no le extrañó, porque muchas veces, durante el verano, fue testigo de sus atrevidos saltos hacia las quietas aguas de los remansos. Sin embargo, esta vez la profundidad era tremenda. Rama de Sauce nunca se había echado al agua desde tanta altura. *Barí* podía ver las negras cimas de las rocas que aparecían y desaparecían entre la espuma, como monstruos que jugasen al escondite. Los rugidos del agua le atemorizaban, de aquella agua donde grandes trozos de hielo se estrellaban sobre las paredes rocosas. ¡Y su amita se había arrojado allí!

Sentía gran deseo de seguirla, de saltar, como hiciera tantas veces. Seguramente la joven estaba allá abajo, aunque él no la veía. Debía de tener ganas de jugar y se escondía entre las rocas y bajo la blanca espuma, extrañándose seguramente de que él no se aprestase a seguirla. Mas *Bari*, asomando la cabeza al abismo, vacilaba, no se atrevía a lanzarse. Sus patas delanteras resbalaban sobre la nieve de la orilla. Haciendo un esfuerzo, consiguió retroceder y colocarse sobre terreno firme y luego gimió. Descubrió el olor reciente de los mocasines de Mac Taggart en la nieve, y el gemido se transformó en fiero gruñido. Miró nuevamente hacia abajo y tampoco pudo ver a su ama. Ladró con los cortos y agudos ladridos con que solía llamarla, mas no obtuvo respuesta. Siguió ladrando y no obtuvo más contestación que la del rugido del agua. Luego, durante breves momentos, permaneció algo alejado del borde del precipicio, silencioso, atento y sintiendo que un extraño pavor le iba poseyendo y le hacía temblar.

La nieve caía en densos copos. Mac Taggart había regresado a la cabaña, y *Bari* siguió el rastro que su enemigo dejara a lo largo de la orilla, y en los lugares donde el factor se había detenido para mirar hacia abajo, él, *Bari*, se detuvo también. Sin embargo, su odio hacia aquel hombre fue dominado por el deseo de reunirse con su ama y siguió a lo largo de la corriente hasta cosa de cuatrocientos metros más que Mac Taggart, aventurándose después por el sendero que varias veces había recorrido en compañía de Rama de Sauce para ir en busca de flores. El sendero que conducía a la parte baja del barranco estaba ahora lleno de nieve, mas *Barí* siguió adelante hasta

llegar al borde del torrente, viendo que Rama de Sauce tampoco estaba allí. Gimió y ladró de nuevo, mas aquella vez había en su llamada una nota quejumbrosa que indicaba claramente la poca esperanza que tenía de lograr respuesta. Por espacio de cinco minutos estuvo sentado en la nieve, inmóvil, petrificado. Nadie podría explicar qué cosas le reveló el torrente y qué espíritus de la Naturaleza le dijeron la verdad, mas él escuchaba y miraba. Se estremeció cuando comprendió lo sucedido y por fin levantó lentamente la cabeza hasta que su negro hocico apuntó al cielo cargado de nubes y de su garganta surgió el aullido largo y quejumbroso del perro que llora en la parte exterior de la tienda la reciente muerte de su amo.

En el camino, y ya en dirección a Lac-Bain, Mac Taggart oyó aquel grito y se estremeció a pesar suyo.

El olor del humo que iba invadiendo el ambiente llegó a sus hocicos, le hizo alejarse del torrente para encaminarse hacia la cabaña. Poco quedaba de ella cuando llegó al claro. Donde estuviera la vivienda de sus amos, no había ya más que una inmensa hoguera que despedía abundante humo. Permaneció unos momentos contemplando la hoguera. Ya no sentía los efectos del balazo que le hiciera rodar por el suelo sin sentido. En una hora, el mundo había experimentado un gran cambio a los ojos de *Barí*. No hacía mucho que Rama de Sauce estaba sentada en la cabaña, ante el espejo, hablándole y riendo, feliz, mientras él, muy satisfecho, permanecía echado en el suelo. Y ahora ya no existía la cabaña, ni Rama de Sauce, ni Pierrot. Luchaba por comprender, inmóvil, en el abrigo de bálsamos, y, por fin, una profunda sospecha le impulsó a caminar. No se acercó a la ardiente masa de la cabaña, sino que, describiendo un círculo, se dirigió al corral de los perros, cerca del cual se hallaba el alto abeto. Detúvose allí un instante olfateando la tierra recientemente removida que había debajo de la capa de nieve y, cuando continuó su camino, andaba encogido y con las orejas gachas.

El corral de los perros estaba abierto y vacío, cosa que era obra de Mac Taggart. Nuevamente *Barí* se sentó sobre las ancas y profirió un alarido de muerte, mas esta vez dedicado a Pierrot.

En aquel alarido había una nota distinta del que dio junto al torrente, pues ahora llevaba consigo la certeza. En el torrente su alarido fue suavizado por la duda; era como una pregunta en la que había esperanza, y resultó tan humano que impresionó incluso a Mac Taggart. Mas ahora *Barí* sabía lo que había debajo del túmulo cubierto de nieve; las paletadas de tierra que había mezcladas a la nieve bien claramente se lo decían. En cambio, respecto a Rama de Sauce, aún había esperanza.

Hasta el mediodía no se alejó mucho de la cabaña y de vez en cuando se acercó prudentemente a oler los maderos ennegrecidos y humeantes. Dio varias vueltas en torno de la hoguera ya medio cubierta por la nieve, oliendo y escuchando. Luego fue dos veces al torrente y, más tarde, casi a la puesta del sol, sintió un impulso especial que lo obligó a dirigirse a través del bosque, mas ya no iba corriendo francamente, sino con precauciones debidas a su miedo y a su desconfianza, que despertaban sus

instintos de lobo. Con las orejas gachas y la cola colgante, apenas era visible entre las sombras de los bálsamos y abetos por entre las cuales avanzaba.

No había vacilaciones en su paso, marchaba en línea recta y al oscurecer llegó al claro al que Rama de Sauce huyera con él después de arrojar al factor al remanso. Allí, en lugar del abrigo de ramas, había un cobijo construido con cortezas de árbol, que no traspasaba el agua y que fue levantado por Pierrot y su hija durante el verano. *Barí* se encaminó directamente a él y asomó la cabeza al interior, gimiendo.

Mas no obtuvo respuesta. El refugio estaba oscuro y frío. No obstante, pudo distinguir perfectamente las dos mantas que había siempre allí y la fila de cajas de hojalata en las que Rama de Sauce guardaba sus provisiones y hasta la misma estufa que Pierrot improvisara aprovechando trozos de plancha de hierro y de hojalata gruesa. Pero ni allí ni en el exterior había rastro de Rama de Sauce. La nieve estaba intacta, a excepción de sus propias huellas, y en vista de ello emprendió el regreso hacia la cabaña incendiada. Llegó la noche, y hasta al amanecer permaneció junto al desierto corral de los perros, soportando la nevada, la cual caía tan densa, que por la mañana, cuando se dirigió al claro, se hundió hasta el lomo en la nieve.

Ya de día se despejó el cielo. Salió el sol y el mundo quedó tan brillantemente alumbrado por sus rayos, que hacía daño a los ojos. El calor del astro comunicó a *Barí* nuevas esperanzas. Su cerebro trabajó más aún que el día anterior, esforzándose en comprender. Seguramente su ama volvería pronto y oiría su voz. Ella lo llamaría, apareciendo inopinadamente en la linde del bosque. Sin duda alguna ocurriría alguna de estas cosas, si no todas. Al oír el más insignificante ruido se detenía en su camino y olfateaba el aire en todas direcciones. Mas luego seguía adelante dejando profundas huellas en la nieve alrededor de donde estuviera la cabaña, ahora convertida en un montón de nieve. Iba y venía entre el corral y el abeto gigante, cruzando un camino de huellas que semejava producido por una manada entera de lobos.

En la tarde de aquel segundo día sintió otro impulso súbito, que no habría podido calificarse de razonable ni de instintivo. Era como algo intermedio entre el instinto y la razón. Rama de Sauce no podía estar en la cabaña por la sencilla razón de que ésta no existía y tampoco en el cobijo de corteza de árbol ni en el arroyo, porque en ambos lugares había estado él y no la había visto allí. También le constaba que no se hallaba en compañía Pierrot bajo el alto abeto.

Por consiguiente, seguro de sus oscuros razonamientos, empezó a seguir la antigua línea de trampas que se dirigía al Noroeste.

## Capítulo XXIII

Ningún hombre ha descifrado el misterio de cómo advierte el perro del Norte la presencia o proximidad de la muerte. A veces llega a él la noción de esta proximidad con el viento, pero centenares de norteños pueden jurar que sus perros han tenido aviso de una muerte horas antes de haber ocurrido; y muchas de estas personas saben por experiencia propia que sus tiros de perros se detienen a cerca de medio kilómetro de las cabañas que encierran un cadáver insepulto.

El día anterior, *Barí* había olfateado la muerte, y sabía, sin necesidad de proceso mental alguno, que el muerto era Pierrot. Cómo lo sabía y por qué aceptaba este hecho como cierto, es uno de los misterios que semejan un reto lanzado a los que no conceden a los animales más que el instinto. Sin saber exactamente en qué consistía la muerte, le constaba que Pierrot estaba muerto, y estaba seguro, además, de que ya no volvería a verle ni a oír su voz ni el roce de su calzado de nieve con el suelo. Por lo tanto, sabiendo que Pierrot se había marchado para siempre, al seguir la línea de trampas no lo buscaba. Era a Rama de Sauce a quien tenía esperanzas de encontrar. Sentía una gran inquietud. Las impresiones que recibiera en el arroyo lo llenaron de temor. Percibía algo raro, inexplicable, pero confiaba en que Rama de Sauce estaba viva y tenía tanta seguridad de que la alcanzaría en su camino como tuviera el día anterior de que la hallaría en el refugio de corteza de árbol.

A partir del desayuno que tomó el día anterior con su amita, *Bari* no había probado bocado; mas para apaciguar su hambre, habría de cazar y estaba demasiado preocupado por la desaparecida para entretenerse en ello. Había estado todo el día sin comer, pero tres kilómetros más adelante halló una trampa en la que había un conejo todavía vivo. Lo mató y se lo comió. Hasta que oscureció, permaneció observando las trampas; en una de ellas había un lince y en otra un gato pescador. En la blanca superficie de un lago husmeó una pequeña prominencia de la nieve, bajo la cual yacía el cadáver de una zorra vieja, muerta por el veneno de los cebos de Pierrot. Tanto el lince como el gato estaban vivos, y cuando vieron a *Bari* se dispusieron a luchar con él produciendo un gran ruido con las cadenas de sus trampas, pero el perro no sentía interés alguno por ellos y continuó el camino. Al mismo tiempo y a medida que oscurecía no hallaba rastros de la joven, su intranquilidad iba aumentando.

Después de la tempestad de nieve la noche quedó clara y brillante, aunque extremadamente fría. Entonces tuvo una nueva idea. Como la mayor parte de los animales, dejábase absorber por una sola idea, de manera que todos sus impulsos menores estaban dominados por otro mayor. Y el que ahora sentía, a la luz brillante las estrellas, era el de llegar lo antes posible a la primera de las dos cabañas de



Pierrot, en la línea de trampas. Allí, seguramente, encontraría a Rama de Sauce.

No pretendemos que fuera el razonamiento lo regía los actos de *Bari*; pero instinto o razón, lo cierto era que prestaba extraordinaria fe al pobre animal. Empezó por no hacer caso de las trampas que había a lo largo de su camino, tanto era su afán de llegar cuanto antes. Cuarenta kilómetros separaban a una cabaña de la otra, y aunque *Bari* había recorrido ya dieciséis, los restantes veinticuatro no los haría con la misma facilidad. En los claros la nieve era blanda y el animal se hundía en ella, a veces quedando sepultado casi por completo. Durante aquella noche, *Bari* oyó tres veces los aullidos de los lobos. En una de ellas fue el cántico triunfal de los cazadores que han logrado dar muerte su víctima, mas aquellas voces no le infundieron el menor deseo de unirse a sus salvajes hermanos. Eran gritos odiosos para él, pues los creía representativos de la traición y del odio. A los aullidos de los lobos respondió con gruñidos mientras se erizaban los pelos de Su espinazo.

A medianoche llegó al pequeño anfiteatro del bosque en donde Pierrot cortó los troncos para construir la primera cabaña. Durante medio minuto, *Bari* permaneció en el límite del claro, con las orejas alerta y los ojos llenos de esperanza mientras olfateaba el aire. No había humo, ni se oía sonido alguno ni se veía nada en la cabaña de troncos. Su desencanto fue enorme y de nuevo se sintió afligido por su soledad y la inutilidad de su búsqueda. En su modo de andar, cuando se acercaba a la puerta de la cabaña, habría podido advertirse la desesperanza que lo había invadido.

Había recorrido cuarenta kilómetros y estaba cansado. La nieve se había amontonado junto a la puerta de la cabaña y allí se echó *Bari* gimiendo. Ya no era el suyo el gemido ansioso, interrogador, de pocas horas antes, sino que expresaba desesperación. Por espacio de media hora: estuvo sentado, temblando, de espaldas a la puerta y con la cara vuelta al blanco desierto alumbrado por las estrellas, como si aún alimentara la fugitiva esperanza de que Rama de Sauce hubiera seguido su rastro. Luego hizo un hueco en la nieve, echóse en él y pasó el resto de la noche en agitado sueño.

Con la primera luz del día continuó su viaje. No parecía ya tan animado, y su cola pendía de ese modo especial que los indios denominan *akoosewin*, es decir, el pródromo en las enfermedades de los perros. Y *Bari* estaba realmente enfermo, si no física, moralmente. Habíase apagado en él el fuego de la esperanza; ya no creía que hallaría a su amita. Dirigióse a la segunda cabaña, que estaba al final de la línea de trampas, pero ya sin aquella ilusión con que antes había marchado hacia la primera. Andaba despacio, interrumpiéndose, y volvía a sentir su antiguo recelo hacia el bosque. Acercóse una por una a las trampas de Pierrot y dos veces mostró con fiereza los dientes, una de ellas a una marta que le mordió, amparada en una raíz a donde arrastró la trampa en que cayera, y la otra, a un enorme búho de las nieves que al tratar de robar un cebo quedó preso en la rampa fijada al extremo de una cadena. Tal vez *Bari* se figuró que era el mismo búho con el que en otra ocasión luchara y aún recordase claramente su traidora acometida y la pelea enconada que sostuvo con él

cuando todavía no era más que un cachorro, lo cual fue causa de que tuviera que arrastrar su dolorido y herido cuerpo a través del bosque misterioso y empavorecedor. Rápidamente dio muerte al búho evocador.

Había muchos conejos presos en las trampas tic Pierrot, gracias a lo cual *Bari* no pasaba hambre. Ya bien entrada la tarde, llegó a la segunda cabaña de la línea de trampas, después de diez horas de marcha. No sufrió allí ningún desencanto porque no tenía muchas esperanzas. La nieve había cubierto esta cabaña a mucha mayor altura que la anterior, pues junto a la puerta había una capa de cerca de un metro de espesor y el vidrio de la ventana estaba blanqueado por la escarcha.

Al lado de la cabaña, que se hallaba en el linde de una región completamente estéril y despojada ya del abrigo de los bosques, Pierrot había hecho un cobertizo para la leña y *Bari* se albergó temporalmente en él. Al día siguiente rondó por el extremo de la línea de trampas, bordeando la Región Estéril, e investigó con cuidado una docena de trampas que Pierrot y Rama de Sauce dispusieron a través de un fangal en el que había muchas huellas de lince. Y transcurrieron tres días antes de que emprendiese el regreso a Gray Loon.

No andaba muy aprisa, y empleó dos días en recorrer los cuarenta kilómetros que había entre la última cabaña y la inmediata. En ésta permaneció tres días más, y cuatro después llegó a Gray Loon, donde no encontró el más pequeño cambio ni otras huellas en la nieve que las que él dejara nueve días atrás.

Las investigaciones de *Bari* en busca de Rama de Sauce fueron, a partir de entonces, una ocupación diaria y rutinaria. Durante una semana habitó en el corral de los perros, y dos veces al día, por lo menos, iba a hacer una visita al cobijo de corteza de árbol y al remanso. Esto fue la causa de que en el camino que acostumbraba recorrer, la nieve se endureciera.

Un día sus costumbres sufrieron un ligero cambio, pues pasó la noche en el cobijo de corteza de árbol, y a partir de entonces ya no durmió más en el corral de los perros inmediato a los restos de la cabaña, sino en el cobijo.

Las dos mantas le servían de lecho. Y allí esperó todo el invierno.

Si Rama de Sauce hubiese vuelto en el mes de febrero, hubiera encontrado muy cambiado a *Bari*. Nunca pareciera tan lobo como entonces, pero no aullaba como ellos, sino que, por el contrario, cuando oía el grito de la manada, gruñía ferozmente. Por espacio de varias semanas fueron las trampas las que estuvieron proporcionándole la comida, pero ahora ya cazaba por su cuenta, y lanzó el interior del cobijo como sus cercanías estaban llenos de huesos. Una vez, solo, sin ayuda de nadie, malo a un gamo joven. Y en la plenitud del tempestuoso febrero, persiguió a un reno macho tan de cerca que éste saltó por un acantilado y se rompió el cuello al caer. Se alimentaba bien y, tanto en fuerza como en corpulencia, se estaba convirtiendo en un gigante, comparado con sus congéneres. Seis meses más tarde sería tan grande como *Kazán*, Sus mandíbulas quizá fueran ya tan fuertes como las de su padre.

Combatió tres veces durante aquel invierno. Una con un lince que se le echó encima desde lo alto de un árbol en el momento en que devoraba un conejo, y dos con dos lobos solitarios. El lince le hirió gravemente antes de huir; a uno de los lobos lo mató y al otro no consiguió vencerlo, pero tampoco fue vencido por él. Y a medida que pasaba el tiempo, *Bari* se iba haciendo más salvaje y sus ensueños y sus esperanzas se iban debilitando.

Con todo, *Bari* seguía soñando. Muchas veces, cuando estaba en el cobijo, creía oír la voz de Rama de Sauce. Oía como su dulce voz le llamaba, oía también sus carcajadas y a veces la ilusión era tan completa, que se ponía repentinamente en pie, convirtiéndose, por espacio de uno o dos segundos, en el *Bari* de otros tiempos, pero pronto se echaba de nuevo, desencantado y gimiendo tristemente. Siempre que oía el crujido de una rama, se figuraba que iba a ver a su adorada amita. Confiaba en que algún día volvería y esta creencia formaba parte de su vida de la misma manera que el sol, la luna y las estrellas.

Pasó el invierno y llegó la primavera. *Bari* continuaba recorriendo sus acostumbrados caminos y a veces llegaba a la primera de las cabañas de la antigua línea de trampas. Éstas se habían oxidado y estaban inservibles.

Al derretirse la nieve, quedaron al descubierto cutre sus férreas mandíbulas huesos, plumas y restos de pieles. También entre los bloques de hielo, que flotaban en los lagos, veíanse esqueletos de zorras y de lobos que devoraron los cebos emponzoñados. Desaparecieron las últimas nieves y las pletóricas corrientes cantaban en los bosques y en los cañones. Las hierbas verdearon y aparecieron las primeras flores.

¡Seguramente era ahora cuando Rama de Sauce iba a regresar! Esto pensaba *Bari* y lleno de ansiedad esperaba. Con más frecuencia que antes visitaba el remanso en el que él y su ama se bañaron tantas veces y permanecía con más tesón que nunca junto a los restos de la cabaña y del corral de perros. Dos veces se arrojó al remanso y comenzó a nadar y a gemir, como si esperase que su ama se uniese a él para jugar. Pero cuando hubo pasado la primavera y llegó el verano, se sintió más solo que nunca, pues empezaba ya a perder definitivamente la esperanza. Las flores estaban ya completamente abiertas y la vida silvestre ponía una mancha roja en los bosques. La hierba empezaba a cubrir la cabaña, y las flores silvestres que ocultaban la tumba de la princesa india se extendían hacia la tumba de Pierrot, como si el espíritu de la fiel esposa las animara.

Las aves se habían apareado y ya empollaban sus huevos y Rama de Sauce no aparecía. Por fin *Bari* se sintió animado por la última esperanza, que sería, probablemente, su último sueño, y una tarde se despidió de Gray Loon.

Nadie podía adivinar lo que ello le costó, la lucha que mantuvo contra las cosas que lo retenían en el cobijo; el remanso, los caminos familiares del bosque y las dos tumbas, que ahora ya no estaban tan solitarias bajo el alto abeto. Se marchó, no porque tuviera razón alguna para hacerlo, sino sencillamente porque quiso marcharse.

Es posible que lo mismo los hombres que los animales tengan un guía misterioso, aunque a éste cuando se trata de los últimos le llamemos instinto, pues *Barí*, al alejarse de Gray Loon, fue recto hacia una nueva aventura.

Ésta le aguardaba allí, en el Norte, y hacia el Norte se dirigió.

## Capítulo XXIV

Cuando *Barí* se alejó de Gray Loon, corrían los primeros días de agosto. No tenía ningún objetivo al marcharse, pero en su mente existía aún el recuerdo de los primeros tiempos de su vida. Las cosas casi olvidadas y las esperanzas desvanecidas experimentaron un resurgimiento mientras se alejaba de Gray Loon, y le pareció vivir de nuevo su antigua vida cuando rompía los últimos lazos que lo retuvieron junto a la que fue vivienda de su ama. Involuntariamente siguió el camino que le indicaban estas impresiones. Un año de su vida era un largo tiempo equivalente a diez años de la existencia humana, y aunque hacía algo más de un año que abandonara a sus padres, entonces recordaba todas sus aventuras. Llegó al cañón donde le persiguieron Rama de Sauce y su padre, y le pareció que la aventura había ocurrido el día anterior. Entró en el pradecillo y se acercó a la roca que estuvo a punto de aplastar a la joven. También rememoró el momento en que el enorme oso, su buen amigo, sucumbiera a la puntería de Pierrot y hasta pudo olfatear los huesos de la pieza diseminados por entre la hierba. Después de permanecer todo un día y una noche entera en el cañón, se encaminó hacia el arroyo, en que pescara para él el gigantesco oso negro, y se tropezó con otro oso, tal vez hijo o nieto de aquél y que, como aquél, estaba pescando, *Bari* descubrió los lugares en que escondía su pesca y, como en otro tiempo, estuvo alimentándose de ella durante tres días. Luego se dirigió: al Norte, y como atraído por los recuerdos, se apresuró, a visitar el pantano de los castores. Llegó cuando se estaba poniendo el sol, el cual teñía el cielo de magníficos resplandores. Cuando se hallaba a unos cien metros del pantano y sin verlo todavía, se detuvo para olfatear el aire y prestar atención. Percibió la emanación de los castores que tan bien conocía. Pero, ¿y *Umisk Diente Roto* y los demás? ¿Los encontraría? Aguzó el oído y a los pocos instantes oyó un chapuzón. Lentamente y sin hacer ruido se acercó al lugar en que conociera a *Umisk*. La superficie del pantano se ondulaba ligeramente y por ella asomaron dos o tres cabezas. Vio como un castor transportaba una rama a la opuesta, orilla. Después examinó el dique y advirtió que estaba...: casi igual que un año antes cuando lo dejara. De momento no se dejó ver, sino que permaneció escondido... entre los árboles y luego se echó de manera que, aun estando oculto, pudiera ver lo que sucedía en el pantano.

A la puesta del sol renació la vida en la colonia. Por la orilla en que salvara a *Umisk* de la zorra, apareció una nueva generación de castores, tres de ellos tan gordos que apenas podían andar. Y *Barí* lanzó un suave gemido.

Permaneció toda la noche entre los árboles y al fin el pantano volvió a ser su morada. Las cosas, como es natural, habían cambiado mucho en el fondo, y los

habitantes de la colonia dieron muestras de que no aceptaban la presencia de *Bari* como hicieran sus mayores. Hay que tener en cuenta que *Bari* no era ya ningún cachorro. Corpulento, de piel negra, tenía todo el aspecto de un temible lobo, y aunque él no se hacía temer, los castores lo miraban siempre con pavor y desconfianza. Sin embargo, *Bari* ya no sentía el infantil deseo de jugar y tener compañía, y podía soportar su soledad perfectamente. *Umisk* por su parte, estaba ya muy crecido. Aquel mismo año buscaría compañera, y, a la sazón, estaba muy ocupado en reunir provisiones para el invierno. Es muy posible que no reconociera en *Bari* a su antiguo compañero, del mismo modo que acaso *Barí* no Reconociera a aquél a quien había salvado la vida.

Durante todo el mes de agosto el perro permaneció junto al pantano, aunque a veces realizaba excursiones que lo tenían dos o tres días alejado de allí. Tales expediciones le llevaban siempre hacia el Norte, y aunque a veces torcía ligeramente hacia el Este, nunca seguía la dirección del Sur. Por fin, en los primeros días de septiembre se alejó definitivamente del pantano.

Por espacio de muchos días marchó sin rumbo fijo. Se alimentaba de conejos, perdices y bayas, manjar este último que le gustaba de veras. A veces, en aguas bajas, conseguía coger algún pez, y en alguna ocasión se aventuraba en prudentes luchas con puercos espines, cuya carne constituía para él una golosina. También mató los gamos jóvenes. En varias ocasiones estuvo en contacto con los hombres, pero sin que ninguno, a excepción de un cazador *cree*, lo descubriera. Una vez tuvo que agazaparse mientras pasaban unas canoas por el río Geikio, y protegido por la oscuridad de la noche olfateó las paredes de alguna tienda habitada. Un día llegó tan cerca del puesto de Wollaston, de la Compañía de la bahía de Hudson, que oyó los ladridos de los perros y los gritos de sus amos. No dejaba de buscar al ser que había desaparecido de su vida, olfateaba las proximidades de las puertas de las cabañas y rondaba las tiendas, sin dejar de vigilar las canoas con ojos en que se pintaba la esperanza.

Una vez creyó que el viento acarreaba el olor de su amita, y fue tal la emoción, que las patas se negaron a abstenerle y su corazón dejó casi de latir; pero la ilusión duró poco, pues el olor que percibía era el de una joven india que salió de una tienda con un cesto en las manos. Al verla, *Bari* se apresuró a desaparecer sin ser visto.

Estaba muy próximo diciembre cuando Lerue, un mestizo de Lac-Bain, descubrió las huellas de *Bari* en la nieve reciente y, buscando con la mirada, tuvo de él una rápida visión antes de que se escondiera en un matorral.

—*Mon Dieu!*, le digo que sus patas son tan grandes cómo mi mano y que es negro como un cuervo —exclamó en el almacén de la Compañía en Lac-Bain—. ¿Una zorra? *Non*. Es tan grande casi como un oso. Un lobo, *oui*, Y negro como el diablo, *m'sieu*.

Mac Taggart era uno de los que oyeron estas palabras. Estaba firmando una carta que había escrito a sus superiores, cuando llegaron a sus oídos las palabras de Lerue,

Se detuvo, y de la pluma cayó una gota de tinta sobre la carta, Al mirar al mestizo, experimentó un estremecimiento. Precisamente en aquel momento entraba María, pues Mac Taggart la había requerido de nuevo. Sus negros ojazos parecían enfermos y gran parte de su salvaje belleza había desaparecido.

—Se marchó —decía en aquel momento Lerue haciendo chasquear sus dedos. Mas al ver a María se interrumpió.

—¿Dices que era negro? —preguntó Mac Taggart sin levantar los ojos del papel—. ¿No viste si tenía algunas señales de perro?

Lerue se encogió de hombros.

—Huyó con la rapidez del viento, *m'sieu*. Era un lobo.

Sin hacer ruido alguno, de manera que los demás nada oyeron, María murmuró algo al oído del factor, y éste, doblando la carta, se levantó apresuradamente y salió del almacén. Estuvo ausente cosa de una hora, con gran extrañeza por parte de Lerue y de los demás. Pocas veces entraba María en el almacén y menos aún la veían en parte alguna, pues permanecía escondida en la vivienda del factor. Y cada vez que Lerue la veía, decíase que le parecía más delgada y que sus ojos eran mayores. Le gustaba la joven y había pasado muchas horas junto a la ventana de la habitación en que ella dormía, para lograr entreverla alguna vez fugazmente. Sentíase feliz porque sabía que la muchacha estaba enterada del amor que había despertado en él y veía que una luz de alegría iluminaba sus grandes ojos cuando se encontraban sus miradas. Aparte de ellos dos, nadie estaba enterado del secreto, y Lerue, pacientemente, observaba y esperaba. «Algún día...», decíase, y esto era todo, aunque estas palabras eran portadoras de un mundo de esperanzas. Cuando llegase aquel día llevaría a María ante el padre misionero de Fort Churchill y se casarían. Era un sueño, pero bastaba para hacerle soportar pacientemente los largos días y las interminables noches pasadas en las linfas de trampas. Ahora los dos eran esclavos del poder que allí reinaba. Mas alguna vez...

En ello estaba pensando Lerue, cuando regresó Mac Taggart después de una hora de ausencia. Dirigióse hacia la estufa, alrededor de la cual había media docena de hombres reunidos, y, dando un gruñido de satisfacción, se sacudió la nieve que llevaba sobre los hombros.

—Pierre Eustach ha aceptado la oferta del Gobierno y va a servir de guía a estos dibujantes de mapas que en le invierno quieren ir a las Tierras Estériles —dijo—. Ya sabes, Lerue, que tiene dispuestas ciento cincuenta trampas. ¡Hermosa línea! ¿Verdad? La he tomado en arriendo por toda la estación, y eso me obligará a pasar unos días fuera cada semana. ¿Qué os parece el negocio?

—Excelente —contestó Lerue.

—Sí, excelente —añadió Roget.

—Una región llena de zorros —dijo a su vez Mons Roule.

—Y fácil de recorrer murmuró Valence con su voz afeminada.

## Capítulo XXV

La línea de trampas de Pierre Eustach tenía una longitud de cuarenta y cinco kilómetros y se extendía hacia el oeste de Lac-Bain. No era tan larga como la de Pierrot, pero era como una arteria principal que cruzara el corazón de una región donde abundara la caza. Había pertenecido anteriormente al padre de Pierre Eustach, antes a su abuelo y en principio a su bisabuelo, el cual según aseguraba Pierre, era de pura raza francesa. En los libros de la factoría de Mac Taggart no figuraban más que los nombres del padre y del abuelo. Era aquella la mejor región de caza que había entre el Lago del Seno y las Tierras Estériles. Cuando *Barí* llegó a ella, era ti mes de diciembre.

La Gran Tormenta había llegado aquel invierno más que de costumbre y una semana después no se percibía la huella de un solo animal en el inmenso campo nevado. *Barí*, al revés de otros animales, no se ocultó, debajo de la nieve, sino que esperó a que ésta se helara, cosa que sucedería cuando el cielo se despejase. Era corpulento, fuerte y nervioso. No tenía aún dos años de edad, pero pesaba ya cerca de cuarenta kilogramos. Su pecho y su espalda se parecían a los de los perros *malemute*<sup>[10]</sup>, pues, a la vez que la robustez, poseían, la ligereza. Sus ojos, además de estar más separados que los de los perros de trineo, eran mayores y estaban enteramente desprovistos de la película de sangre que caracterizaba al lobo y a los cruzados de lobo y perro, Sus mandíbulas eran como las de *Kazán*, quizá más poderosas aún.

Durante toda la semana que duró la Gran Tormenta, viajó sin comer. Hubo cuatro días de nieve, grandes remolinos y terribles vientos, y después tres días de frío intenso en que todos los seres vivos permanecieron quietos en los abrigos que se habían excavado en la nieve. *Barí* buscó refugio cuando la tormenta llegó a su punto culminante, pero no permitió que la nieve lo cubriese.

Todos los tramperos que tenían su radio de acción desde la bahía de Hudson hasta la región de Atabasca, sabían que después de la Gran Tormenta los animales de pelo salían de sus refugios en busca de comida, y que si estaban bien dispuestas las trampas, los cepos y los cebos envenenados, el resultado de la caza sería tan espléndido como no podía serlo durante el resto del año. Algunos de los cazadores salieron a visitar sus trampas seis días después de la tormenta, otros transcurrida una semana, y otros al cabo de ocho días. Fue el séptimo día cuando Mac Taggart salió a recorrer la línea de las trampas de Eustach, la cual le pertenecía, en aquella estación. Empleó dos días en dejar al descubierto los cepos, quitarles la nieve, reconstruir las trampas y arreglar de nuevo los cebos. Al tercer día estaba ya de regreso en Lac-Bain.



Fue entonces cuando *Bari* llegó a la última cabaña de la línea de caza de Mac Taggart. Las huellas de éste aparecían recientemente marcadas en la nieve de los alrededores y *Bari* las olfateó. Cuando percibió el olor de su enemigo sintió como si la sangre se le encendiera. Tardó un breve instante en recordar a quién pertenecía el olor que henchía su olfato, pero, al lograrlo, un furioso gruñido surgió de su garganta. Permaneció largo rato observando la cabaña. Luego, a paso lento, empezó a dar vueltas a su alrededor, acercándose cada vez más, finalmente, se detuvo a olfatear el umbral. No percibió ruido ni olor que le indicase la presencia de ningún ser vivo en su interior, mas acabó de convencerse de que era el olor de Mac Taggart lo que olfateaba. Se alejó hacia el inmenso desierto, siguiendo la dirección de la línea de trampas que llegaba hasta Lac-Bain. Tembloroso, excitado, lanzó un gemido. Antiguas escenas se reproducían fugazmente en su cerebro. Recordó la lucha en la cabaña, a Rama de Sauce y sus investigaciones en busca de la amita querida. También acudió a su memoria el incidente de su caída en una de las trampas que Mac Taggart había preparado para cazar conejos, En su gemido había cierta tristeza y una sombra de esperanza, mas se calló al recordar nuevamente la pista que acababa de descubrir, aquella emanación, no era de la cosa amada, sino de algo odiado y que ansiaba destruir. Por un momento la Naturaleza le permitió asociar ciertos recuerdos, pero el instante de lucidez pasó en seguida. Dejó de gemir, pero profirió un terrible gruñido.

Por espacio de quinientos metros siguió, sin apresurarse, las huellas y dio con la primera trampa. El hambre le había hecho enflaquecer y parecía un lobo famélico. En aquella primera trampa, Mac Taggart había puesto como cebo el cuarto trasero de un conejo y *Bari* se acercó a él con la mayor prudencia, pues había aprendido muchas cosas en la línea de trampas de Pierrot. Sabía por experiencia lo que significaba la presión de aquellas manipulas de acero, y Rama de Sauce le había enseñado a huir de los cebos envenenados. Por eso cerró con cuidado los dientes sobre la carne del conejo y lo sacó tan limpiamente como pudiera haberlo hecho el mismo Maje Taggart. Antes de que oscureciera había visitado cinco cebos, comiéndose los cebos, sin sufrir contratiempo ninguno. La sexta era una trampa y comenzó a dar vueltas a su alrededor hasta que hubo formado un camino con sus propias huellas, endureciendo la nieve.

Luego se acercó a un seto de bálsamos y allí construyó su lecho para aquella noche.

El día siguiente fue testigo de los comienzos de la lucha que iba a librarse entre la inteligencia humana y: los animales. Para *Barí*, comerse los cebos de la línea de trampas de Mac Taggart no significaba una declaración de guerra, sino simplemente un medio de vida. Sé proporcionaba alimento de la misma manera que vivió durante algún tiempo de las trampas de Pierrot. Sin embargo, comprendió perfectamente que esta vez infringía una ley y que con ello se creaba un enemigo. De haber, sido aquella estación buena para la caza, habría abandonado las trampas, porque la mano invisible

que guiaba sus errantes correrías le impulsaba a regresar hacia el pantano de los castores y Gray Loon. Pero permanecía en aquellos lugares cubiertos de blanca nieve, tanto que a veces se hundía hasta las orejas, y donde la línea de trampas de Mac Taggart era como un maná dispuesta, para su uso cotidiano. Siguiendo las huellas del factor, llegó al tercer cepo, donde mató un conejo y se lo comió; sin dejar más que unos trozos de piel y algunas manchas rojas sobre la nieve. Después del hambre pasada sentía una voracidad insaciable y antes de que terminará el día había robado, por lo menos, los cebos de una docena de trampas de Mac Taggart. Se tropezó también, con tres cebos envenenados consistentes en carne de venado o grasa de reno saturados de estricnina, y las tres veces su fino olfato le advirtió el peligro. Pierrot había notado más de una vez el hecho extraordinario de que *Bari* podía descubrir la existencia del veneno aun en el caso de que estuviera cuidadosamente inyectado en el helado cuerpo de un gamo. Los lobos y las zorras comían la carne que él rechazaba gracias a su olfato supersensitivo. Por eso pasó de largo junto a los cebos mortíferos de Mac Taggart, después de haberlos husmeado. Las huellas que dejaba en la nieve eran un visible indicio de su desconfianza, Y donde Mac Taggart se había detenido aquel mediodía para comer, *Bari* describió los mismos prudentes círculos.

Al segundo día, ya menos hambriento y más atento al odiado olor de su enemigo, comió menos, pero dejó sin cebo más trampas. Mac Taggart no era tan hábil como Pierre Eustach para evitar que el olor de sus manos quedase en los cepos y en las trampas. Por lo tanto en todos ellos descubría *Bari* las huellas de su enemigo. Ésto acrecentó el odio que el perro experimentaba hacia el factor. En la mente de los animales deben de haber procesos de ideas sumamente sencillas que no pertenecen por completo a la razón, ni tampoco al puro instinto, pero que producen resultados que podrían atribuirse tanto a la primera como al segundo. *Bari* no podía llegar por el raciocinio al conocimiento de que el hombre a quien pertenecía aquella línea de trampas era la causa de todos sus dolores y sufrimientos, pero sí se sentía poseído de su intenso odio hacia él. Mac Taggart le había hecho daño, había herido a Pierrot y fue la causa de la pérdida de su adorada Rama de Sauce. Y Mac Taggart estaba allí, cerca de él. Si antes había ido errante de un sitio a otro, ahora marchaba ya con rumbo fijo. Debía seguir el rastro del factor comiéndose los cebos que hallara en su camino y luego llevar a cabo de una vez su venganza.

Al segundo día, en medio de un lago helado, descubrió el cadáver de un lobo, víctima de uno de los cebos envenenados preparados por Mac Taggart. Y estuvo una hora hincando los dientes en diferentes puntos del cuerpo muerto, hasta que la piel quedó completamente destrozada. No probó la carne porque le repugnaba y si desbrozó la piel fue por espíritu de venganza hacia los lobos. Cuando estuvo a diez kilómetros de Lac-Bain se detuvo y volvió sobre sus pasos. En aquel punto la línea de trampas cruzaba una corriente helada, mas allá de la cual había una amplia llanura, por la cual se extendió, Arrastrado por el viento, el humo y el olor procedentes de la factoría. La segunda noche, *Bari*, después de una Abundante cena, se echó en un

matorral y al tercer día se encaminó hacia el Oeste, siguiendo la línea de trampas.

Aquella mañana, a primera hora, Mac Taggart salió a recoger la caza y después de cruzar la corriente que discurría a diez kilómetros de Lac-Bain descubrió huellas de *Bari*. Se detuvo y las examinó ansiosamente. Después, arrodillándose en el suelo, se quitó un guante y recogió un pelo de oscuro color.

—¡El lobo negro!

E, involuntariamente, sus ojos se volvieron en la dirección de Gray Loon. Luego, más concienzudamente que nunca, examinó una de las huellas que aparecían impresas con claridad en la nieve. Al ponerse en pie, la expresión de sus ojos denotaba que había hecho un descubrimiento desagradable.

—¡El lobo negro! —repitió—. ¡Bah, Lerue está loco! Es un perro. —Y luego, en voz más baja, como si temiera que alguien le oyese, añadió—: ¡*El perro de Rama de Sauce!*

Continuó su camino, siguiendo las huellas del perro y poseído de una excitación más poderosa que la de la caza. Como él era un ser humano, podía razonar y el resultado de sus razonamientos fue pensar en Sari. Pocas dudas abrigaba ahora acerca de esta cuestión. Ya había tenido tal idea cuando Lerue dio cuenta de su descubrimiento; ahora, después de examinar las huellas, acabó, de convencerse. Tales huellas eran de un perro y el perro era negro. Cuando llegó al primer cepo, cuyo cebo había sido robado, maldijo a *Barí* mentalmente al mismo tiempo que se maravillaba de que el cepo no se hubiese disparado.

Durante todo aquel día Mac Taggart estuvo siguiendo el rastro de *Barí*, pudiendo hallar que los cebos de los cepos habían desaparecido y que en el lago había un lobo destrozado a dentelladas. El mal humor que le causará el descubrimiento de *Barí* se transformó en ira, ira que era cada vez mayor. No era aquella la primera vez que se practicaran semejantes robos, pero la zorra o el lobo que los practicara se limitaban a despojar cuatro o cinco trampas. Y en ese caso, *Barí* había ido de cepo en cepo y sus huellas en la nieve probaron que se había detenido ante cada uno de ellos, cosa que a Mac Taggart le pareció prueba de una astucia diabólica. *Barí* había evitado cuidadosamente el veneno y ni siquiera una vez aventuró imprudentemente una pata en la zona peligrosa de un cepo o de una trampa; sin motivo aparente había destruido un visón espléndido, cuya hermosa piel aparecía destrozada sobre la nieve. Al anoecer, Mac Taggart llegó a una trampa que había hecho presa a un lince, y advirtió que también *Barí* había destrozado el costado plateado del animal, dejando la piel casi inservible. Mac Taggart lo maldijo en voz alta con loca furia.

Poco después llegó a la cabaña que Pierre Eustach construyera a la mitad de su línea de trampas, y allí hizo inventario de las pieles recogidas. No llegaba a la tercera parte de las piezas cazadas. El lince estaba casi destrozado y el visón partido completamente en dos. El segundo día comprobó aún mayor número de desperfectos y de trampas despojadas. El factor creyó volverse loco. Cuando llegó, ya casi anohecido, a la segunda cabaña, las huellas de *Bari* aparecían recientemente

impresas en la nieve, quizás una hora antes, y durante la noche oyó aullar al perro tres veces.

Al tercer día Mac Taggart no volvió a Lac-Bain, sino que se dedicó a la caza de *Bari* tomando las mayores precauciones. Había caído una nevada bastante fuerte que había dejado en la tierra una capa de unos cuatro centímetros de espesor y, como si quisiera burlarse de su enemigo, *Bari* había dejado abundantes huellas alrededor de la cabaña en un radio de cien metros. Media hora más tarde, Mac Taggart consiguió encontrar el rastro verdadero del perro y lo siguió hasta que, dos horas después, llegó a un fangal cubierto de matorrales. *Bari* avanzaba en la dirección del viento; de vez en cuando percibía el olor de su perseguidor, y, lo menos una docena de veces, se detuvo a esperar hasta que el factor estuvo tan cerca, que pudo oír el ruido que hacía al abrirse paso por entre los matorrales y especialmente el leve cheque de las ramas de éstos contra el cañón del rifle. Entonces, con repentina inspiración que nuevamente obligó a Mac Taggart a perseverar en sus maldiciones, describió un ancho círculo y retrocedió hacia la línea de trampas. Cuando el factor llegó a ella, hacia el mediodía, *Bari* había ya empezado sus destrozos, devorando un conejo despojando tres cepos en el espacio de un kilómetro, después continuó a lo largo de la línea en dirección la factoría de Lac-Bain.

Al quinto día, muy malhumorado, Mac Taggart regresó a la factoría. De los cuatro franceses, únicamente había quedado Valence en la factoría, quien pudo oír el relato poco después las maldiciones que dirigía a María, omentos más tarde entraba ésta en el almacén con el terror reflejado en los ojos y un carrillo hinchado de una bofetada. Y mientras el almacenero le entraba el salmón en conserva que el factor había pedido para comer, Valence halló la oportunidad de murmurar quedamente al oído de la joven:

—*M'sieu* Lerue ha cogido en un cepo un zorro plateado. Te ama, y esta primavera próxima tendrá algún dinero reunido. Desde su cabaña, a orillas del río *Little Black Bear With No Tail*<sup>[11]</sup>, te manda este recado: «*Procura estar dispuesta a huir para cuando lleguen las pequeñas nevadas*».

María no le miró, pero le oyó y sus ojos brillaron como estrellas cuando el almacenero le entregó la lata de salmón. De aquí que el empleado dijera dirigiéndose a Valence:

—¡Demonio! ¡A veces todavía es hermosa!

A lo cual Valence asintió moviendo la cabeza y sonriendo.

## Capítulo XXVI

A mediados de enero la guerra entre *Bari* y Mac Taggart era ya para el perro algo más que un mero incidente o una aventura pasajera y un suceso desagradable para el hombre. Ante todo, aquella lucha representaba el derecho de vivir tanto para uno como para otro. *Bari* continuaba recorriendo la línea de trampas, la que devastaba constante y regularmente, y cada vez que descubría las huellas recientes del factor de Lac-Bain, experimentaba con más intensidad la impresión de que se estaba vengando de un mortal enemigo. Y un día y otro, burlando la persecución de Mac Taggart, continuó robando los cepos y las trampas y destruyendo la piel de los animales que encontraba en ellos. De tal modo se ayezó en este juego, que su placer principal consistió, no en comer, sino en destruir. El fuego de su odio aumentaba de día en día y llegó a tal punto que hasta mordía la nieve en aquellos puntos donde habían quedado impresas las huellas del factor. Y a medida que su loca ira iba creciendo, iba siendo más clara la visión que tenía de Rama de Sauce. Los días y las noches de soledad le causaban una intensa opresión, semejante a la de los días siguientes a la desaparición, y en las noches estrelladas o alumbradas por la luna, profería quejumbrosos aullidos de añoranza. Mac Taggart, al oírlos, se estremecía mal de su grado.

El odio del hombre era distinto del de *Bari* y tal vez rilas implacable, porque a este odio se mezclaba un terror supersticioso e indefinible. El factor se reía, maldecía de este resentimiento, pero lo sentía tan aferrado a *él* como lo estaba el olor de sus huellas al olfato de *Bari*. Éste no vengaba solamente una ofensa propia, sino que, al mismo tiempo, trataba de vengar a Rama de Sauce. Así, al menos, lo creta Mac Taggart, el cual no olvidaba a la muchacha ni dejaba de tener una sola noche la visión clara de su rostro. Cierta noche tormentosa llegó a imaginarse que oía su voz confundida con los gemidos del viento... Por cierto que casi inmediatamente oyó un aullido distante en el bosque. Fue aquélla una noche de pánico inolvidable durante la que, sin atrevase a permanecer en la cama, encendió la pipa y estuvo sentado hasta que llegó el día. Maldijo de la tormenta y de *Bari*, pero ya no era el hombre de indomable valor de otros tiempos. No había dejado de odiar al perro, pues nunca sintió tal animadversión para nadie, fuera hombre o animal, pero ahora tenía una razón más poderosa aún para desear su muerte. Ocurriósele primero en un ensueño de pesadilla y luego se adueñó de su mente. Era la idea de que *el espíritu de Rama de Sauce guiaba a Bari en la devastación de su línea de trampas*.

Hacía ya algún tiempo que no hablaba del maldito lobo en la factoría. Escondía las pieles destrozadas por los dientes de *Bari* y guardaba para sí el secreto. Aprendió

todas las estratagemas de los cazadores de zorros y lobos de las Tierras Estériles. Probó diferentes venenos, uno de ellos tan poderoso, que bastaba una gota para producir la muerte; ensayó la estricnina en cápsulas de gelatina y luego metidas en grasa de venado, de reno, de alce y hasta en carne de puerco espín. Por último, al preparar sus cebos envenenados, sumergía las manos en aceite antes de tocar el veneno y los cebos, de manera que no se pudiera percibir el olor del hombre. Lobos, zorros, armiños y visones morían al comérselos, pero *Bari* se acercaba a ellos y los dejaba. En enero Mac Taggart envenenó todos los cebos, y eso le produjo, por lo menos, un resultado satisfactorio, porque a partir de aquel día *Bari* no se atrevió a tocarlos, matando y comiendo solamente los conejos que encontraba en las trampas.

En el mismo mes de enero fue cuando Mac Taggart vio por vez primera a *Barí*, Había dejado su rifle apoyado en un árbol y se alejó de él a cosa de cuatro metros. Como si *Bari* se hubiese dado cuenta y quisiera burlarse de él, en cuanto el factor levantó la mirada, vio que tenía al perro delante, en el claro, a menos de veinte metros de distancia, mostrándole los dientes y con los ojos llameantes. Por un momento el factor permaneció inmóvil, como petrificado. Ante él estaba *Bari*; reconoció la mancha blanca del pecho, la punta de la oreja del mismo color, y el corazón le latió apresuradamente en el pecho. Luego fue acercándose al rifle poco a poco, mas cuando ya estaba a punto de alcanzarlo, *Bari* desapareció rápidamente.

Esto sugirió a Mac Taggart una nueva idea. A través de los bosques, a lo largo de la línea de trampas, pero a cosa de quinientos metros de distancia de ella, el factor abrió otro camino. Y frente a cada trampa o cebo la nueva senda formaba un ángulo agudo cuyo vértice se acercaba a la vieja línea de trampas. Gracias a ello creyó: poder acercarse sigilosamente a las trampas y disparar en un momento oportuno sobre *Barí*. De nuevo razonaba el hombre, pero también esta vez fue vencido por el animal, porque el primer día en que Mac Taggart siguió la nueva pista, *Barí* fue tras él. Al principio le extrañó y por tres veces abandonó el nuevo camino para dirigirse a la línea de trampas, hasta que, por fin, se convenció de que era aquélla la pista más reciente y volvió a marchar tras las huellas del factor de Lac-Bain. Mac Taggart no se enteró de lo que había ocurrido hasta que, al regresar, vio en la nieve las huellas de *Bari*. Éste había recorrido todas las trampas aproximándose por lo tanto a todas ellas desde el vértice de los ángulos que forjaba la nueva senda.

Después de una semana entera de inútil persecución, de permanecer al acecho y de aprovechar los menores cambios del viento, período durante el cual Mac Taggart sufrió frecuentes accesos de ira, tuvo otra idea. No sabía como no se le había ocurrido antes.

Se apresuró a regresar a la factoría de Lac-Bain y los días después estaba nuevamente sobre la pista. Aqueja vez llevaba en un fardo una docena de fuertes cepos de lobo recientemente sumergidos en grasa de castor y un conejo cogido el día anterior. No cesaba de mirar con inquietud al cielo, que estuvo despejado casi toda la tarde pero que entonces comenzaba a cubrirse de grandes masas de negras nubes.

Media hora más tarde empezaron a caer los primeros copos de nieve. Mac Taggart examinó uno de los copos atentamente. Era blando y ligero, cosa que le satisfizo. Antes de la mañana habría quince centímetros de nieve reciente sobre sus huellas.

Detúvose junto a la primera trampa, y comenzó su tarea. Primero quitó el cebo envenenado y lo substituyó por el conejo que llevaba consigo. Hecho esto, dispuso alrededor los cepos de lobo. Tres de ellos los preparó ante la entrada de la trampa, de manera que *Barí* tuviera qué pasar forzosamente sobre ellos para llegar al cebo, y los nueve restantes los diseminó a corta distancia. No los sujetó con cadenas. Si *Bari* caía en uno de aquellos cepos, al hacer esfuerzos por libertarse, no dejaría de quedar cogido por otro u otros, lo que substituiría ventajosamente a la cadena. Una vez terminados sus preparativos, se apresuró a huir en la oscuridad de la noche invernal en dirección a la cabaña. Sentíase en extremo satisfecho. Aquella vez no podía fracasar. Además, tomó la precaución de disparar todos los cepos que había en el camino de Lac-Bain. Así en ninguno encontraría *Bari* nada que comer hasta llegar a la trampa rodeada por los cepos de lobo.

Aquella noche cayó una abundante nevada y el mundo entero parecía haber quedado cubierto por su blanco manto. Los copos de nieve quedaron prendidos a los árboles y arbustos, pusieron puntiagudos gorros a las rocas. El suelo estaba tan blando que cualquier cosa que cayera de la altura de la mano de una persona, perforaba la capa de nieve. *Barí* salió temprano a recorrer la línea de trampas, pero aquella mañana andaba con más cuidado que de ordinario, porque no podía guiarse por el rastro de Mac Taggart. Al llegar a la primera trampa vio que estaba disparada y que no había caído pieza alguna en ella ni tenía cebo. Visitó todas las trampas, una tras otra, y las encontró también disparadas y sin cebo. Recelosamente husmeó el aire, tratando en vano de percibir la emanación del humo o del hombre. Hacia el mediodía llegó a la trampa que habían dispuesto para él alrededor de la cual había doce cepos de lobo ocultos bajo la nieve, con las mandíbulas abiertas y esperándole. Permaneció un instante al lado de la línea peligrosa, husmeando el aire y escuchando. Vio el conejo, y sus mandíbulas se cerraron ruidosamente, pues su hambre era mucha. Dio otro paso, siempre receloso, pues, aunque no sabía por qué, presentía el peligro, y ansiosamente lo buscó con ojos, narices y orejas, pero no percibió en torno suyo sino una gran paz y un profundo silencio. Nuevamente hizo chascar sus mandíbulas. ¿Cuál era el motivo de su alarma? ¿Dónde estaba el peligro que no podía ver ni husmear? Lentamente dio tres vueltas a la trampa, aproximándose cada vez más a ella. Tanto se acercó que sus pies llegaron a tocar el límite exterior del círculo en que estaban los cepos. Durante un minuto permaneció inmóvil y con las orejas gachas. A pesar del rico olor del conejo, percibía *algo que le inducía a alejarse*, Y se habría marchado, pero en aquel momento llegó a sus oídos algo semejante a un chillido y al volverse, vio a un armiño, más blanco que la misma nieve, devorando al conejo. Olvidando su presentimiento del peligro, lanzó un gruñido colérico, pero su pequeño rival no le hizo ningún caso.

Y entonces fue cuando se abalanzó sobre la trampa que Mac Taggart le había preparado.



## Capítulo XXVII

Y la mañana siguiente, Mac Taggart oyó cierto ruido en la trampa. Hallábase a trescientos metros de ella. ¿Sería un lince? ¿Un lobo? ¿Sería *Bari*? Echó a correr lleno de ansiedad, y cuando llegó adonde podía presentir la escena, su corazón le dio un vuelco de alegría al observar que su enemigo estaba cogido. Se acercó empuñando el rifle y dispuesto a disparar en el caso de que el perro pudiese libertarse.

*Bari* estaba de lado, jadeante de fatiga y extenuado de dolor. De los labios de Mac Taggart salió un grito de triunfo en cuanto, al acercarse más al perro, vio que la nieve estaba a su alrededor endurecida y teñida de sangre. Ésta procedía, en gran parte, de las mandíbulas del pobre animal, de las cuales manaba abundantemente cuando levantaba la cabeza para mirar a su enemigo. Los dientes de acero, ocultos bajo la nieve, habían realizado perfectamente su cruel cometido. Tenía cogida una de las patas delanteras a la altura de la primera articulación y los dos pies traseros estaban también aprisionados. Otro cepo le había asido por el costado y al tratar de desasirse se hizo en la piel un desgarrón tan grande como una mano de hombre. El estado de la nieve revelaba perfectamente los esfuerzos que *Sari* realizara durante toda la noche y sus ensangrentadas mandíbulas demostraban cuán en vano trató de destrozar los cepos de acero. Estaba ya casi sin aliento y tenía los ojos encarnizados, mas no por eso, después de varias horas de agonía, había perdido el ánimo ni el valor. Al ver a Mac Taggart hizo un movimiento para saltar sobre él, pero se cayó de lado sin lograrlo. Mas si tenía presas las patas, tanto el pecho como la cabeza los tenía libres y el gruñido que profirió al ver al factor fue tan feroz que pareció ser lanzado por un tigre. Allí estaba, a tres metros de distancia, el ser que más odiaba en el mundo, todavía mucho más que a los lobos. Pero en aquel momento estaba indefenso, así como lo estuviera cuando cayó en el lazo de la trampa de conejo.

La ferocidad de su gruñido no preocupó ya a Mac Taggart. Vio cuán completamente a su merced estaba su enemigo y, riendo con carcajadas de triunfo, apoyó el rifle en el tronco de un árbol, se quitó los mitones y llenó su pipa. Aquello era lo que había estado deseando desde hacía tanto tiempo. En su alma había un odio tan feroz como el que sentía *Bari*, un odio tan profundo como el que podría experimentar un hombre por otro. Siempre tuvo el propósito de matar a tiros a su enemigo en cuanto lo cogiera, mas en aquel momento juzgó preferible darle una muerte lenta, insultándolo y gozando del feroz espectáculo cuando *Bari*, con el cuerpo sangrante, se retorciera y tratara de morderlo. Era la suya una venganza magnífica y estaba tan absorto en su victoria, que no oyó el ruido de unos pasos que se acercaban sobre la nieve. Pero oyó una voz de hombre, lo que le hizo volverse

rápidamente.

El que había hablado era forastero y, por lo menos, diez años más joven que él. Representaba unos treinta y cinco y era muy simpático. Su jovialidad le bacía semejante a un muchacho, sin que esto perjudicara a su virilidad. Sus ojos claros miraban francamente por debajo del borde de su gorro de pieles; su cuerpo era esbelto, como el de un indio; y en su rostro no se advertían los duros trazos característicos del que está acostumbrado a vivir en las soledades. No obstante, antes de que volviera a hablar, Mac Taggart se percató de que aquel hombre conocía a fondo la vida en aquellas selvas. Llevaba una chaqueta impermeable de piel curtida de reno y, atada a la cintura, una larga cuerda. El interior del abrigo estaba forrado de pieles. Se calzaba con zapatos de nieve y llevaba a la espalda una mochila pequeña y henchida. También era portador de un rifle enfundado y todo él tenía aspecto de viajero que ha corrido mucho. Mac Taggart habría podido decir, sin equivocarse, que últimamente había recorrido más de mil quinientos kilómetros, pero no era eso lo que le hizo estremecer, sino el temor de que la verdad hubiera trascendido de extraño modo hasta el Sur, la verdad acerca de lo sucedido en Gray Loon, y que aquel desconocido llevase debajo de su abrigo de piel de reno la escarapela de la Real Policía Montada del Noroeste. Por un momento se sintió dominado por el terror y permaneció sin pronunciar palabra.

El desconocido había proferido tan sólo una exclamación de asombro; luego dijo con los ojos fijos en *Barí*:

—¡Pobre animal! Lo ha cogido usted de mala manera.

Algo había en su voz que tranquilizó a Mac Taggart.

Además, observó que se había interesado más por el capturado perro que por él mismo. Dio un suspiro y contestó:

—Es un ladrón de cebos.

El desconocido dejó el rifle enfundado en el suelo y se acercó más a *Barí*.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Si es un perro!

—Sí —contestó Mac Taggart, observando al recién llegado con la mayor atención—. Un perro.

Se arrodilló casi ante *Barí* y dirigiéndole compasivo la palabra, exclamó.

—¿De manera que eres un ladrón de cebos? ¿Un perdido? ¿Y la policía te ha pillado? Hay que confesar, sin embargo, que no lo ha hecho de un modo muy limpio.

Se incorporó nuevamente y miró a Mac Taggart.

—No había forma de cogerle —observó el factor, enrojeciendo ante la mirada tenaz del desconocido, Pero entonces se despertó su animosidad contra *Barí* y añadió —: Y voy a dejarlo que se muera poco a poco, que desfallezca de hambre y se pudra en los cepos, para que pague el mal que ha hecho.

Recogió su arma, y mirando fijamente a su interlocutor mientras ponía el dedo en el gatillo, añadió, pronto a hacer fuego:

—Soy Mac Taggart, el factor de Lac-Bain. ¿Va usted hacia allí, *m'sieu*?

—Algunos kilómetros he de andar en esa dirección. Voy hacia el Norte, hasta más allá de las Tierras Estériles.

Mac Taggart experimentó de nuevo un extraño estremecimiento.

—¿En viaje oficial? —preguntó.

El preguntado afirmó con la cabeza.

—¿Tal vez de la policía? —insistió Mac Taggart.

—Es posible —dijo el forastero mirando atentamente a Mac Taggart—. Y ahora, señor, como acto de cortesía hacia la Ley, le ruego que mate de un tiro a ese pobre animal antes de marcharnos. ¿Quiere usted hacerlo o prefiere que lo haga yo?

—La ley de los cazadores —dijo Mac Taggart— dejar que se pudra en la trampa el ladrón de cebos. Está animal es el mismo demonio. Oiga usted...

Apresuradamente, pero sin olvidar ningún detalle, dio cuenta de las largas semanas y de los interminables meses que llevaba luchando con *Bari*, de la desesperante inutilidad de todas sus estratagemas y de la extraordinaria astucia del animal que por fin había conseguido coger en la trampa.

—Es el mismo diablo —exclamó rabioso al terminar— Y ahora, ¿quiere usted matarlo de un tiro o dejarlo morir poco a poco, como es justo?

El forastero contemplaba a *Bari*, que tenía la cabeza vuelta para no ver a Mac Taggart, y dijo:

—Creo que tiene usted razón. Dejémosle que se pudra en los cepos. Si se dirige usted a Lac-Bain, *m'sieu*, le acompañaré un rato. Haré tres kilómetros en esa dirección.

Recogió su rifle y Mac Taggart echó a andar delante. Al cabo de media hora el forastero se detuvo y señaló al Norte.

—He de recorrer en esa dirección mis buenos setecientos kilómetros —dijo sin dar importancia a semejante viaje—. Por consiguiente, me despido de usted.

No ofreció su mano a Mac Taggart, mas, al marcharse, añadió:

—Puede usted dar cuenta de que por aquí ha pasado Juan Madison.

Recorrió medio kilómetro hacia el Norte, a través de los bosques espesos, y luego torció hacia el Oeste y hacia el Sur más tarde, de manera que una hora después de haber dejado a Mac Taggart estaba nuevamente ante *Bari*.

Y como si hablase a una persona, le dijo:

—De manera que has sido todo lo que ese tuno me ha contado, ¿eh? ¿Eres un proscrito? ¿Y has sido capaz de derrotarle en una lucha constante de dos meses? Pues por eso vales más que él y por eso quiere que muera poco a poco. Te llama bandido y demonio —añadió riendo—. Es curioso, y de poder ser, nos estrecharíamos la mano tú y yo. Dice que eres salvaje. Yo también lo soy. Le dije que me llamo Juan Madison, pero mi nombre es Jaime Carvel. También le di a entender que estoy mezclado con la policía, pero en eso no mentí, pues me buscan todos los policías que hay entre la bahía de Hudson y el río Mackenzie. Somos, pues, amigos, y como estamos los dos en una situación parecida, celebro mucho haberme tropezado

contigo.

## Capítulo XXVIII

Jaime Carvel tendió una mano. *Bari* había iniciado un gruñido, pero calló en seguida. Jaime se puso en pie y se volvió para mirar en la dirección en que se alejara Mac Taggart. La expresión de su rostro no podía ser más cordial cuando miraba a *Bari*. Y a su alrededor había algo que parecía inundar de alegría el día gris y calentar el aire frío, algo extraño e indefinible que infundía contento y esperanza, del mismo modo que una estufa encendida en tiempo frío anima y conforta. *Bari* sintió aquella influencia y, por vez primera durante aquel día, los músculos de su cuerpo perdieron su tensión. Abandonóse a la fatiga y sus dientes comenzaron a castañetear, tal era el estado en que se hallaba. Daba a entender su debilidad y en sus ojos encarnizados expresaba el hambre que sentía. Y Jaime Carvel le tendió nuevamente la mano, aquella vez acercándola más.

—¡Pobre diablo! —dijo, dejando de sonreír—. ¡Pobre perro!

Tales palabras sonaron como una caricia en los oídos de *Bari*. Eran las primeras que oía con acento bondadoso desde que perdió a Rama de Sauce y a Pierrot. Dejó caer la cabeza hasta que su mandíbula inferior descansó en la nieve y Carvel pudo ver la sangre que manaba de ella.

—¡Pobre perro! —repitió.

No demostró miedo alguno al acercar las manos, pues estaba animado por la mayor confianza y por una extraordinaria compasión. Tocó la cabeza de *Bari*, le dio algunas palmadas cariñosas y luego, lentamente y con alguna precaución, buscó con las manos el cepo que tenía cogida la pata anterior del animal. Éste se esforzó por comprender lo que ocurría y surgió la verdad en su cerebro al sentir que se abrían las mandíbulas de acero y podía retirar su pata herida. Entonces hizo lo que había hecho a nadie más que a su amita: sacó la lengua y lamió la mano de Carvel, el cual se echó a reír. Luego, con sus vigorosas manos, abrió los otros cepos y *Bari* quedó libre.

El perro quedó inmóvil unos instantes, con los ojos fijos en su salvador, quien, sentándose en un tronco caído que había cerca, comenzó a llenar la pipa. *Bari* lo miró mientras la encendía y observó con interés la primera bocanada de humo que despidió. Jaime, que estaba a unos tres metros de *Bari*, hizo a éste una alegre mueca y le dijo:

—A ver si te rehaces pronto. No tienes ningún hueso roto. Todo se reduce a unos cortes. Tal vez haríamos bien en... marcharnos pronto.

Volvió el rostro en dirección a Lac-Bain, ante el temor de que Mac Taggart pudiese regresar, y tal vez *Bari* experimentó la misma sospecha, pues se puso inmediatamente en pie. Estuvo tambaleándose un momento y después recobró el

equilibrio. En aquel instante el proscrito abría la mochila y sacaba de ella un trozo de carne cruda y roja.

—De pieza cobrada esta mañana —explicó a *Bari*—. Es de reno joven, tan tierno como una perdiz. ¡Pruébala!

Y echó la carne ante *Bari*, el cual no pudo interpretar mal el gesto. Estaba hambriento y la carne se la daba una mano amiga. Ansiosamente hundió los dientes en ella. Renacía la vida en su dolorido cuerpo. Ni por un momento dejó de mirar a su compañero con sus enrojecidos ojos. Carvel cerró nuevamente su mochila y luego, poniéndose en pie, tomó el rifle, se calzó los zapatos de nieve y miró hacia el Norte.

—Anda, vámonos —dijo—. Hemos de andar un poco. Era una franca invitación de amigo, aunque, por otra parte, pudiera parecer una orden, *Bari* le miró extrañado y permaneció inmóvil, mientras Carvel se alejaba hacia el Norte. Luego miró hacia Lac-Bain sin resolverse a seguir a su nuevo amigo, mas éste le preguntó:

—¿Vienes?

*Bari* le vio sonreír cariñosamente y ello despertó en él desconocidas sensaciones. La voz de Carvel no era como la de Pierrot, al que no había amado nunca, y tampoco se parecía a la de Rama de Sauce. No tenía mucha confianza en los hombres, pero la voz de aquél le desarmó. Sintióse penetrado del deseo de seguirle y por vez primera en su vida quiso ser amigo de un hombre. Por lo tanto, echó a andar detrás de su salvador.

Aquella noche acamparon en un bosque de cedros y bálsamos que estaba situado a quince kilómetros hacia el Norte de la línea de trampas de Mac Taggart. Dos horas antes había comenzado a nevar y la nieve había borrado el rastro de los dos. Carvel armó su tienda de seda y encendió una hoguera. Después de haber cenado, *Sari* se tendió delante del fugitivo, mirando atentamente mientras éste fumaba. Habíase quitado el gorro de piel y la luz del fuego parecía un muchacho.

—Resulta agradable tener con quien hablar —dijo a *Bari*— y más si nuestro interlocutor nos comprende, aunque no pueda contestar. ¿No te sucede a veces que sientes deseos de aullar y no tienes por qué hacerlo? Pues lo mismo me ocurre a mí. Muchas veces he pasado un mal rato por desear hablar y no tener con quién.

Se restregó las manos y las tendió hacia el fuego. *Bari* observaba sus movimientos y escuchaba sus palabras, en tanto que sus ojos expresaban tal simpatía y adoración, que Carvel se sintió satisfecho. El perro se arrastró hasta casi llegar a los mismos pies del hombre y éste le acarició la cabeza.

—Soy una mala persona, amigo —le dijo—. Y como es muy natural que quieras conocer mi historia, voy a contártela. —*Bari* lo miraba como si comprendiese, y Carvel, cual si hablase a una persona, continuó—: Hace cinco años yo tenía padre. Madre no. Y mi padre era una buena persona. ¿Entiendes? Mas un día llegó un bandido, llamado Hardy, y lo mató de un tiro por enemistades políticas. Pero lo estupendo del caso es que no: condenaron a la horca al asesino, porque era hombre muy rico y tenía muchos amigos influyentes; el castigo se redujo a dos años de

prisión. No llegó a estar encerrado.

Carvel sonreía y sus ojos brillaban a la luz de la hoguera. *Barí* estaba atento y había tal resplandor de inteligencia en su mirada que cualquiera hubiese jurado que comprendía.

—No fue a la cárcel —continuó Carvel mirando fija, mente a *Barí*—. En cambio, mi pobre padre estaba en la tumba. Por eso me presenté al asesino, ante los jueces, ante los abogados y ante sus parientes y amigos que asistían al juicio y *allí lo maté*. Luego huí por una ventana, *antes* de que se recobrasen de su asombro, y, a partir de entonces, voy errante por la selva, Y me atrevo a decir que Dios me protege, porque el verano pasado hizo una cosa extraordinaria en mi auxilio, cuando me perseguían de cerca los de la policía y la cosa se iba poniendo fea. Ocurrió que encontraron ahogado a un hombre en la región del Reno cuando mis perseguidores se figuraban haberme acorralado. Y dio la casualidad de que el pobre muerto se parecía tanto a mí, que lo enterraron con mi nombre. De manera que oficialmente estoy muerto. Por eso no debo temer ya nada ni a nadie, con tal de que por algún tiempo no me acerque adonde puedan reconocerme. Y mientras tanto no puedo dejar de creer que Dios me ha ayudado. ¿No te parece?

Se inclinó como si esperara la respuesta de *Barí*, el cual quizá le había comprendido. Pero en aquel momento oyó otras voces lejanas que cambiaron el gemido de su garganta en un fiero gruñido, Carvel también las oyó y se puso en pie mirando hacia el Sur.

Luego se volvió hacia el perro y le dijo:

—Parientes tuyos, camarada: lobos.

Y entró en la tienda en busca del rifle y los cartuchos.

## Capítulo XXIX

**B**ari se puso en pie y quedó rígido como una estatua cuando Carvel salió de la tienda. El hombre permaneció silencioso unos instantes, observando al perro. ¿Contestaría éste a la llamada de los lobos? ¿Pertenería a la llanada? ¿Se iría con ellos? Los lobos se acercaban y no describían rodeos como habría hecho un reírlo o un alce antes de aproximarse, sino que avanzaban en línea recta hacia el campamento. Carvel comprendió perfectamente la razón de este hecho. Durante toda la tarde *Barí* estuvo dejando huellas de sangre en la nieve y los lobos las descubrieron bajo los árboles, donde la nevada no las había ocultado, pero no se alarmó en lo más mínimo, porque más de una vez, en sus cinco años de andar errante, había combatido con lobos. En una ocasión estuvo a punto de ser derrotado, pero ello ocurrió en las Tierras Estériles. Ahora tenía la defensa de una hoguera y, aun en el caso de que se apagara el fuego, le quedaba el recurso de encaramarse a los árboles. Si temía era solamente por *Barí*. Y sin poder contenerse, le preguntó:

—¿Vas a marcharte con ellos?

Si *Barí* lo oyó, no lo dio a entender, pero Carvel, que lo observaba atentamente, vio que el pelo de su espinazo se erizaba, hasta parecer un cepillo, y que luego empezaba a gruñir con rabia y odio. Era su gruñir igual al que impidió avanzar al factor. Entonces Carvel desenfundó su rifle y lo examinó para convencerse de que estaba en disposición de prestar sus servicios.

Los lobos habían enmudecido, y Carvel, conociendo la razón de este silencio, prestó atención. Oyó el ruido: que produjo el seguro de su rifle y por espacio de algunos minutos no turbó la imponente paz más que el chisporroteo de la hoguera. De pronto, los músculos de *Barí* perdieron su rigidez. Se fue hacia atrás y se colocó de frente hacia el lado al que Carvel tenía vuelta la espalda. En fiera actitud mostraba los dientes y gruñía a la oscuridad del bosque. Carvel se volvió rápidamente y apenas pudo reprimir un movimiento de espanto al ver que un par de ojos fulgurantes y verdes estaban clavados en él. Luego estos ojos se multiplicaron hasta ser incontables. Dio un grito de sorpresa. Aquellos ojos eran semejantes a los de los gatos, pero mayores. Algunos, reflejando de lleno el resplandor de la hoguera, tenían un matiz rojizo. Otros eran azules, otros verdes. La visión de aquellos ojos sin cuerpo producían una impresión angustiosa. Dirigió una rápida mirada a su alrededor y comprobó que estaba cercado por los lobos, pero el número de ellos era mayor en la parte donde los viera la vez primera. En aquellos momentos y ante el cordón, olvidó a *Bari*. Había allí cincuenta o cien lobos, fieras que no temían nada en el mundo a excepción del fuego. Habíanse acercado sin hacer el menor ruido. Por lo tanto, de



haberse presentado más tarde, cuando Carvel y *Bari* hubieran estado dormidos y el fuego apagado...

Se estremeció al pensarlo y por un instante sintióse poseído de profundo temor. Se había propuesto no disparar mas que en caso de necesidad, pero olvidando tal propósito, se echó el rifle a la cara y lo disparó hacia el punto en que los enemigos parecían congregarse en mayor número. *Bari* conocía perfectamente el significado de los disparos y, lleno del deseo de saltar al cuello de uno de sus enemigos, se precipitó hacia ellos. Carvel, al observarlo profirió un grito. *Bari* saltó hacia las tinieblas e inmediatamente se oyó el choque de su cuerpo con otros y una algarabía de fieros gruñidos. Ello le causó extraña emoción. Fue el perro el que atacó y los lobos esperaron su acometida. No se podía dudar, pues, acerca del resultado, su amigo de cuatro patas se había arrojado a las fauces de la muerte.

Oyó el fatídico chasquido de las feroces mandíbulas al cerrarse. Era horrible. Su mano se dirigió hacia la pistola del calibre 45, que llevaba en la cintura, y dejó caer su descargado rifle sobre la nieve. Empuñando el arma automática, se dirigió hacia las tinieblas. Casi en el acto se le oyó proferir un grito que podía haberse oído a un kilómetro de distancia, y al mismo tiempo surgió del arma un fognazo dirigido a la combatiente masa. Había ocho tiros en el arma y hasta que el gatillo golpeó en el vacío, no cesó Carvel de hacer fuego. Luego prestó atención, jadeando ruidosamente. Ya no había ojos fosforescentes en la oscuridad ni se percibía el menor ruido. La rapidez y el ímpetu de su ataque habían hecho huir a los lobos. Mas, cuando éstos se fueron, no vio a *Barí* por ninguna parte. De pronto notó que una sombra se arrastraba hacia el círculo de luz y, conteniendo el aliento, se restregó los ojos. Era *Bari*. Corrió hacia él, lo cogió por el vientre y se lo llevó junto al fuego.

En sus ojos había un resplandor interrogativo. Cargo de nuevo sus armas, echó combustible al fuego y saco de su mochila algunos trapos con los cuales vendo o mejor que pudo las heridas más importantes de *Barí* las cuales interesaban las patas. Y por lo menos una docena de veces le preguntó admirado:

—¿Por qué demonios has obrado así, tonto? ¿Qué te han hecho los lobos?

Carvel se pasó la noche en vela, vigilando atentamente por si el ataque se renovaba.

Su aventura con los lobos acabó de destruir la reserva que pudiera existir entre el hombre y el perro. Durante los largos días de camino en dirección al Noroeste, Carvel cuidó a *Bari* como si se tratara de un niño enfermo. A causa de las heridas del perro solamente recorrían algunos kilómetros al día. *Bari* se daba cuenta de ello y su amor por aquel hombre, cuyas manos eran tan suaves como las de Rama de Sauce y cuya voz se dirigía a él tan cordialmente, era cada vez más profundo. Ya no tenía miedo ni recelo alguno de él. Carvel, por su parte, observaba atentamente al perro. El vasto desierto en que se hallaban y la soledad que los rodeaba le dieron la oportunidad de fijarse en detalles de poca importancia acerca de *Bari*. Por fin hizo un descubrimiento que le interesó mucho. Cuando se detenían en el camino. *Barí* se volvía siempre hacia

el Sur y, si estaban acampados, husmeaba preferentemente el aire procedente de tal punto. Carvel pensó que ello era muy natural, ya que los cazaderos habituales del perro debían de hallarse en aquella dirección. Mas, a medida que pasaban los días, empezó a observar otros detalles. De vez en cuando, al mirar hacia la región que dejaban atrás, *Bari* gemía blandamente y durante todo el día se mostraba muy intranquilo. No daba señales de querer abandonar a Carvel, sin embargo, éste estaba cada vez más convencido de que había alguna razón poderosa para la actitud de *Bari* y de que está debía de consistir en que, procedente del Sur, algo llamaba al perro.

La intención del viajero era dirigirse a la región del Great Slave, que se hallaba a unos mil doscientos kilómetros al Noroeste, antes de que cayesen las nieves blandas que anuncian la primavera. Desde allí, cuando comenzara la licuación de la nieve, marcharía en canoa hacia el Oeste, en dirección al Mackenzie, y últimamente tomaría el camino de las montañas del Norte de Columbia.

Sin embargo, estos planes sufrieron en febrero una forzosa alteración. El hombre y el perro fueron sorprendidos por una gran tormenta en la región del lago Wholdaia, y cuando el peligro era mayor para ellos. Carvel halló una cabaña en el corazón de un espeso bosque de abetos en cuyo interior había un hombre muerto. Hacía ya bastante tiempo que había fallecido, y estaba helado como un carámbano.

La cabaña fue un excelente hallazgo para Carvel y para *Bari*, en especial para el primero. Evidentemente pertenecía al muerto y a nadie más. Era cómoda y agradable; había en ella bastantes provisiones, y, además, su difunto propietario había reunido una gran cantidad de pieles antes de enfermar. Carvel las examinó satisfecho, comprobando que le darían por ellas mil dólares en cualquier factoría. Al cabo de una semana había descubierto la línea de trampas del difunto y comenzó a cazar, por su cuenta.

Esto ocurrió a trescientos kilómetros al Noroeste de Gray Loon, y muy pronto observó Carvel que *Bari* no miraba directamente al Sur en los momentos en que llegaba a él la llamada misteriosa, sino al Sudoeste. De día en día, el sol iba ganando mayor altura sobre el horizonte e iba calentando más. La nieve se ablandaba bajo los pies y en el aire se advertía el aliento de la naciente primavera. Todo ello hizo que *Bari* sintiera la nostalgia de las solitarias tumbas de Gray Loon, de la cabaña incendiada, del cobijo abandonado, de Rama de Sauce. En sueños, veía todas estas cosas y oía de nuevo la suave y dulce voz de su amita, sentía el contacto de su mano jugaba con ella por los bosques. Carvel, sentado a su lado observaba mientras dormía, tratando de comprender la razón de cuanto estaba viendo y oyendo.

En abril, Carvel se dispuso a llevar las pieles a la faceta de Lac-la-Biche, de la Compañía de la bahía de Hudson, que estaba aún más al Norte. *Bari* lo acompañó hasta la mitad del camino, desde donde se volvió a la cabaña. Allí lo halló Carvel a su regreso, y ello le produjo tanta alegría, que dio al perro un fuerte abrazo.

Vivieron en la cabaña hasta el mes de mayo. Comenzaban a hincharse las yemas de los árboles y de las plantas, y flotaba en el aire el olor de todo lo que crecía y

renacía.

Aquella misma noche, Carvel descubrió las primeras florecillas.

—Ya es hora de que continuamos nuestro camino —dijo a *Bari*—, pero, como he cambiado de idea, tenemos que volver hacia allí.

Y señaló el Sur.

## Capítulo XXX

Comenzaron su viaje hacia el Sur. Carvel se hallaba de un extraño humor. No creía en presagios, tanto si éstos eran buenos como si eran malos, pues la superstición ejercía en él muy escasa influencia. Sin embargo, su afición a correr aventuras y sus años de andar errante y solo habían desarrollado en él la imaginación.

Carvel sabía que una fuerza irresistible arrastraba a Bari hacía el Sur, y no a un punto cualquiera de él, sino a un lugar determinado. Aunque sin razón ninguna que lo justificase, la situación empezó a interesarle, y como no tenía el tiempo fijado ni le preocupaba el porvenir, comenzó a hacer experimentos. Durante los dos primeros días advirtió, por medio de la brújula, que el perro tendía a marchar hacia el Sudeste. Al día siguiente, Carvel torció hacia el Oeste y pronto pudo advertir que una singular desazón se apoderaba del perro. Al mediodía volvió a dirigirse hacia el Sudeste y observó que *Barí* recobraba en el acto su alegría, precediéndole y dando carreras y saltos.

A partir de entonces, y por espacio de muchos días Carvel fue en la dirección que el perro se empeñaba en seguir.

—Seré muy tonto, si quieres —dijo al animal una noche—, mas no entiendo dónde quieres ir. Te seguiré siempre y cuando no te propongas visitar de nuevo la línea de trampas de aquel sinvergüenza de Lac-Bain. Si es así...

Y miró fijamente a *Barí*, el cual mantuvo también en alto sus ojos.

Una semana más tarde, *Barí* contestó la pregunta de Carvel torciendo hacia el Oeste para apartarse lo más posible de Lac-Bain. Al mediar la tarde cruzaron la línea de trampas de Mac Taggart; pero *Barí*, sin detenerse, caminó hacia el Sur, y tan aprisa, que a veces Carvel lo perdía de vista. Parecía muy excitado, y si Carvel se detenía para descansar, gemía impacientemente, siempre con el hocico tendido hacia el Sur. La primavera las flores, la tierra cubierta de verde, el canto de *los pájaros* y las dulces brisas cargadas de frescos perfumes. Todo, le recordaba el día en que perteneció a Rama de Sauce. Los largos meses de frío y de hambre habían transcurrido ya y habían sido relegados al olvido por las nuevas visiones que llenaban su cerebro. Habían vuelto los pájaros, las flores y los cielos azules, y seguramente con ellos Rama de Sauce, la cual le estaría tal vez esperando detrás de aquel bosque que se divisaba.

Algo más fuerte que la curiosidad empezaba a apoderarse de Carvel. Ésta se había convertido en idea fija y esperaba con ansiedad la realización de las esperanzas que sin duda abrigaba el perro. Mientras tanto llegaron al pantano de los castores y entonces fue cuando el misterio de la aventura intrigó verdaderamente a Carvel.

Desde la colonia de *Diente Roto*, *Barí* llevó a su nuevo amo al arroyo en el que pescaba el oso negro y desde allí tomó rectamente el camino de Gray Loon.

Eran las primeras horas de una tarde maravillosa, tiempo era espléndido y el rumor de las aguas de tenares de arroyuelos llenaba el bosque con su agradable música. Bajo los rayos del sol, la vid carmesí brillaba cual si fuese sangre y en los lugares descubiertos el ambiente estaba perfumado por el aroma de las flores azules. En los árboles y en los setos, los pájaros construían sus nidos y después del largo sueño de invierno. La naturaleza despertaba en un magnífico resurgimiento. Era aquélla la luna del apareamiento, de la creación de los hogares, y *Bari* volvía al suyo. No para aparearse, sino en busca de su amita. Tenía un ciego convencimiento de que Rama de Sauce se hallaba en aquella época acaso al borde de la garganta donde la viera por última vez. Pronto jugarían juntos, como jugara en sueños los días precedentes, y su alegría le movió a proferir insistes ladridos como si instase a Carvel a que se diese prisa. Cuando llegaron al claro, *Bari* se detuvo y permaneció inmóvil. Carvel contempló las ennegrecidas ruinas de la cabaña y las dos tumbas bajo el alto abeto. Empezó a comprender y sus ojos se volvieron hacia el perro, que permanecía atento y como si esperase algo. Profunda emoción sobrecogió a Carvel, el cual, haciendo un esfuerzo, dijo al perro:

—Me parece que has llegado a tu casa.

Mas *Bari* no le oía. Con la cabeza en alto y el hocico en dirección del cielo azul, husmeaba el aire. ¿Qué era lo que llegaba a él con el perfume de los bosques y la emanación de la verde hierba? ¿Por qué temblaba? ¿Qué había en el aire? Carvel se hacía a sí mismo estas prestas y sus interrogadores ojos trataban de hallar las respuestas. Nada. Allí no había más que muerte y desolación. Mas, de pronto, *Bari* profirió un aullido extraño que era casi humano, y desapareció con la rapidez del viento.

Carvel abandonó su mochila y su rifle y echó a correr en persecución de *Bari*, a través del claro, hacia los bálsamos enanos y hacia un sendero que la hierba había cubierto. Corrió hasta perder el aliento y por fin se detuvo para escuchar. A sus oídos no llegó el menor indicio de la proximidad de *Bari*. Sin embargo, después de descansar unos momentos, siguió el sendero que se extendía por debajo de los árboles del bosque.

*Bari* se había detenido junto al profundo remanso en que tantas veces se bañara Rama de Sauce. Al oír el ruido de la corriente, sus ojos brillaban de un modo extraño. Buscaba a su amita y tenía esperanzas de descubrir su blanco y esbelto cuerpo en algún rincón sombreado por los árboles, o bien, bañado por la esplendorosa luz del sol. Buscaba especialmente por aquellos lugares que tantas veces, en sus juegos, les habían servido de escondite: la gran roca agrietada, las masas pétreas que se adelantaban sobre el remanso y bajo las cuales solían bucear como las nutrias, los abetos enanos que se inclinaban hacia el agua y bajo los cuales la joven gustaba de refugiarse, mientras él surcaba las aguas del remanso en una afanosa busca. Mas, por

fin, hubo de convencerse de que no estaba allí y de que debí ir más lejos para buscarla.

Se dirigió al cobijo de corteza de árbol. El claro en que fue construido estaba inundado por el sol. El refugio estaba todavía allí, y *Barí* no lo halló cambiado. En el suelo, frente a la choza, estaba la causa de la intranquilidad que le poseyera al olfatear el aire: una pequeña y humeante hoguera e, inclinada sobre ella, una persona. No pareció a *Barí* nada inusitado el hecho de qué tal persona poseyera dos hermosas trenzas que descansaban sobre sus espaldas. Gimió. Al oír el gemido, la desconocida se irguió y fue volviéndose lentamente.

Y también esta vez pareció a *Barí*, la cosa más natural del mundo que aquella persona no fuera otra que Rama de Sauce. La había perdido el día anterior y hoy la recuperaba. En respuesta al gemido que lanzara el perro, del fondo del alma de Rama de Sauce brotó un grito que semejaba un sollozo.

Minutos después, Carvel llegaba junto a ellos. El perro tenía la cabeza apoyada en el pecho de la joven y ésta lloraba como una niña, con el rostro pegado al cuello de su fiel amigo. No los interrumpió, sino que permaneció contemplándolos. Y fue entonces cuando una misteriosa voz, surgida del silencio y de la paz de la selva le reveló algo de la historia de la cabaña incendiada, de las dos tumbas y de la irresistible atracción que el Sur ejercía sobre *Barí*.

## Capítulo XXXI

Aquella noche no era la misma la hoguera que había en el claro. Más grande que la anterior, no denotaba haber sido escondida con el temor de que alguna mirada enemiga la descubriera. Cerca de ella estaba Carvel. Y así como aquel fuego ya no era el pobre fuego con que Rama de Sauce acostumbraba hacer la comida, tampoco Carvel el proscrito que oficialmente había muerto, era el Carvel de antes. La barba había desaparecido de su rostro y no llevaba ya la chaqueta de piel de reno. Estaba arremangado y su faz tenía un color rojizo, no precisamente por la influencia de los vientos y de las tempestades. Sus ojos brillaban como nunca en su vida, y tenía la mirada fija en Rama de Sauce, la cual estaba sentada junto al fuego e inclinada un poco hacia él. La hoguera hacía brillar su maravilloso cabello. Carvel ni siquiera se atrevía a respirar, mientras ella permanecía en semejante actitud. Sus ojos tenían un resplandor de adoración y, como ella se volviera rápidamente, sorprendió tal mirada antes de que él pudiera desviarla. Y también los ojos de ella, como todo su rostro, expresaban nuevas esperanzas y alegrías. Carvel sentóse a su lado, asiendo tiernamente una de sus trenzas, comenzó a hablarle. A sus pies, contemplándolos, estaba *Barí*.

—Mañana o pasado iré a Lac-Bain —dijo con voz cuya dureza contrastaba con el tono cariñoso que antes empleara al hablar con ella— y no volveré hasta que... hasta que lo haya matado.

La joven miraba fijamente al fuego y por unos instantes reinó un silencio que solamente interrumpían los chasquidos de la leña al arder. Mientras tanto, Carvel acariciaba las trenzas de su compañera y recordaba hechos pasados. ¡Qué magnífica oportunidad perdió el día en que se encontró con Mac Taggart! ¡Ojalá lo hubiese sabido todo ya! Y al pensar en la muerte que el factor diera a Pierrot, apretó los dientes. Rama de Sauce le había referido toda su historia, dándole cuenta de su fuga y del suceso de la garganta, a la que se arrojó, sabiendo que ello era entregarse a una muerte cierta. Le refirió también su milagrosa salvación y como fue descubierta, casi sin vida, por Tuboa, la vieja india *cree* a quien Pierrot, por caridad, permitiera cazar en una parte de su dominio. El joven sentía revivir en su interior la gran tragedia y el horror de la hora terrible en que la luz de la dicha desapareciera para Rama de Sauce, y en las llamas en que tenía fijos los ojos creyó ver el rostro de la fiel y vieja Tuboa cuando reunía sus gastadas fuerzas para transportar a la muchacha del torrente a su choza, separados por una distancia de varios kilómetros. También le pareció ver cómo vivió la joven en aquella cabaña durante las largas semanas del invierno época en que estuvo entre la vida y la muerte. Mas la que murió durante las grandes nevadas

fue Tuboa. Los dedos de Carvel oprimieron nuevamente una de las trenzas de Rama de Sauce y, dando un suspiro y sin dejar de mirar al fuego, dijo.

—Mañana iré a Lac-Bain.

Rama de Sauce, que también tenía los ojos fijos en la hoguera, guardó silencio un instante, pero, por fin, replicó:

—Tuboa se proponía matarle en cuanto llegase la primavera y él saliera de caza, mas, al morir mi protectora, comprendí que era yo la que debía darle muerte. Por eso me traje el rifle de mi vieja amiga. Ayer lo cargué. *M'sieu, Jaime* —añadió mirando triunfante a su compañero—, no tiene usted necesidad de ir a Lac-Bain, *porque ya he mandado un mensajero para que él venga aquí.*

—¿Un mensajero?

—Sí, un mensajero. De esto hace dos días. Le mande a decir que no estaba muerta y que le esperaba para ser su esposa. Y vendrá, Jaime... vendrá tan de prisa como pueda... Pero... no es usted el que ha de matarle.

El corazón le latía apresuradamente y dirigiendo a Carvel una sonrisa, añadió:

—El rifle está cargado y... lo dispararé yo.

—Hace dos días —comentó Carvel—. Y desde Lac-Bain aquí hay...

—Llegará mañana —contestó Rama de Sauce—. Mañana al ponerse el sol, aparecerá en este claro del bosque. Lo presiento. Algo ha estado cantando en mi interior todo el día... Mañana... mañana... Tendrá prisa por llegar... mucha prisa.

Carvel inclinó la cabeza y se llevó a los labios las trenzas de la joven, la cual, teniendo la mirada fija en el fuego no lo pudo ver. Sin embargo lo sintió y ello llenó su alma de un vivo alborozo.

—¡Jaime mío! —murmuró en voz tan baja que Carvel no pudo oírla.

De haber estado aquella noche allí la vieja Tuboa, es posible que descubriera extraños presagios en los vientos hacían susurrar blandamente las copas de los árboles. Era una noche magnífica, una de esas noches en que hasta las sombras y las altas estrellas parecen estremecerse henchidas de una misteriosa vitalidad. Es probable que la vieja Tuboa, dada su experiencia, hubiese adivinado, o por lo menos, que hubiese sospechado lo que Carvel, a causa de su juventud y confianza, no podía sospechar. «Mañana... llegará mañana», así lo había dicho Rama de Sauce alegremente. Mas a la vieja Tuboa, los árboles le habrían susurrado: *¿y por qué no esta misma noche?*

Eran las doce cuando la luna llena estaba precisamente encima del claro. En el cobijo dormía Rama de Sauce, y a la sombra de un bálsamo alejado del fuego reposaba *Barí*; Carvel descansaba más lejos aún, junto a unos abetos. Ni el perro ni el hombre pudieron oír ruido alguno, pues después de todo un día de camino se hallaban sumamente fatigados.

Sin embargo, no habían andado tanto ni recorrido tan larga distancia como Mac Taggart. Entre la salida del sol y la medianoche había salvado sesenta kilómetros, llegando al claro en que estuviera antaño la cabaña de Pierrot. Dos veces llamó desde



el lindero del bosque y, como no obtuviera respuesta, se dedicó a escuchar y esperar bajo la luz de la luna. Rama de Sauce debía de andar por allí. A pesar de lo cansado que estaba, su sangre semejaba un fluyente e inextinguible incendio. La excitación le poseía hacía muchas horas; mas entonces, hallándose tan cerca de la realización de sus deseos, su antigua pasión era un vino embriagador que llenara sus venas. Por allí cerca debía de estar Rama de Sauce esperándole. Nuevamente llamó y con el corazón alterado aguardó la respuesta. No llegó, mas casi en seguida hubo de experimentar una emoción que le cortó el aliento. Percibía en el aire el inconfundible olor del humo.

Con el instinto del hombre avezado a la vida selvática, se puso de cara al viento, que aquella noche era más que una débil brisa que discurría bajo el cielo estrellado. No volvió a llamar, sino que se apresuró cruzar el claro. Rama de Sauce estaría cerca del fuego y al pensar en que dentro de unos segundos iba a verla no pudo contener una exclamación de alegría. Llegó lindero del bosque y el azar guió sus pasos hacia el sendero cubierto de hierba. Siguió la dirección que el camino le señalaba y pudo advertir que el olor de iba acentuándose.

El instinto le aconsejó que fuera prudente al avanzar. Procuró evitar las ramas que hubiera por el suelo y ello le permitió andar sin producir ruido alguno. Al llegar, finalmente, al pequeño claro en que la hoguera de Carvel enviaba al cielo una columna pequeña aromático humo, de tal modo redobló su cautela que ni siquiera despertó a *Bari*. Tal vez en el fondo sentía aún cierto temor o quizás obró así deseando sorprender a Rama de Sauce en su sueño. La aparición del cobijo aceleró los latidos de su corazón. Estaba el lugar casi tan alumbrado como si fuese de día, y pudo observar en la parte exterior del refugio pendían algunos efectos propios de mujer. Avanzó tan suavemente como pudiese hacerlo una zorra, y un momento después su mano asía el lienzo que ocultaba la entrada. Levantólo, asomó la cabeza. Oyó respirar a la joven. Volvió el rostro y la luna, al dar de lleno en él, reveló cuán violenta era la pasión que lo animaba. Luego, con las mismas precauciones, entró.

Sin duda alguna no fue el ruido lo que despertó *Bari*, el cual estaba a doce pasos de distancia. Lo probable es que fuera el olor, pues, antes de que despertara, su hocico se estremeció. Por espacio de segundos estuvo contemplando la forma humana que se inclinaba a la entrada del cobijo. No era Carvel. El extraño olor, el olor de la bestia humana llenó su olfato. Aquella emanación le pareció un veneno. Púsose en pie y abrió la boca dejando al descubierto sus blancos y largos dientes. Mac Taggart desapareció en el interior de la cabaña e, inmediatamente, oyóse un repentino y agitado rebullir de lucha, una ahogada exclamación semejante a la que lanzaría cualquiera que fuese despertado por una desagradable sorpresa y, finalmente, un largo grito de espanto. En respuesta a él, *Bari* corrió como, una exhalación hacia la cabaña, al mismo tiempo que profería un gruñido que era un presagio de muerte.

Junto al abeto, Carvel se revolvía intranquilo. Oía extraños ruidos, mas era tanta su fatiga que los creyó ligados a su sueño. Por fin se incorporó y casi

instantáneamente se puso en pie de un saltó y echó a correr hacia el cobijo en que se hallaba Rama de Sauce. Ésta, en aquel momento, salía gritando: «¡Jaime, Jaime!» estaba pálida como la nieve y tenía los ojos desencajados. Al ver a Carvel se arrojó en sus brazos, sin cesar de pronunciar su nombre.

En el interior del cobijo se oía un extraño fragor en que se mezclaban las iras de un perro y el espanto de un hombre. Olvidando que sólo la conocía desde la noche anterior, oprimió a la joven contra su pecho, y ella, lejos de rechazarlo, le rodeó el cuello con los brazos al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Oh Jaime, mi Jaime! ¡Es esa bestia! ¡Ha llegado! ¡Está ahí! ¡Es el asesino de Lac-Bain! ¡Y *Bari*...!

Carvel se dio cuenta en el acto de lo que sucedía y, tomando en brazos a Rama de Sauce, se alejó con ella del refugio, en cuyo interior la tragedia era cada vez más horrible. La dejó en el suelo una vez estuvo junto a los abetos, mas los hermosos brazos de la muchacha seguían rodeándole, lo que le permitía sentir las convulsiones de terror de aquel cuerpo que se estrechaba contra el suyo. Los sollozos entrecortaban la respiración de Rama de Sauce, la cual no apartaba los ojos del rostro de su compañero. Éste la atrajo más hacia sí, y acercando su rostro al de ella, sintió por un instante el cálido temblor de otros labios sobre los suyos casi al mismo tiempo que oía:

—¡Jaime! ¡Jaime mío...!

Cuando Carvel volvió al fuego, solo, empuñando su pistola automática, *Bari* estaba ya ante el cobijo, esperándole. Carvel, cogiendo una rama encendida, entró en la choza. Al salir, una mortal palidez cubría su rostro. Arrojó la rama al fuego y volvió al lado de Rama de Sauce, la cual le aguardaba envuelta en una manta como él la había dejado. Jaime se arrodilló y rodeándola con sus brazos, le dijo:

—Está muerto.

—¿Muerto, Jaime mío?

—Sí. *Bari* lo ha matado.

Ella permaneció muda un instante. Luego, cariñosamente, besándole el cabello, Carvel le susurró al oído sus planes para el futuro.

—Nadie sabrá lo ocurrido, mi dulce bien. Esta noche lo enterraré y quemaré el cobijo. Mañana mismo nos encaminaremos a la factoría Nelson, donde hay un padre misionero. Después, volveremos, y yo construiré una cabaña en el mismo lugar en que tuviste la otra. Pero antes, dime: ¿me amas?

—Sí, sí... te amo...

De pronto hubo una interrupción en el dulce diálogo. *Barí*, por fin, emitía su grito triunfal, un grito que se elevó hasta las estrellas, difundiéndose por encima de las copas de los árboles y llenando los tranquilos ámbitos del cielo. Fue un aullido de victoria. Sus ecos fueron apagándose poco a poco y de nuevo reinó el silencio y una inmensa paz sólo interrumpida por el susurro de los árboles estremecidos por la suave brisa nocturna. Del Norte llegó el grito de un somormujo que llamaba a su hembra.

En torno de Jaime se estrecharon más los brazos de Rama de Sauce. Y Carvel, desde lo más profundo de su alma, dio gracias a Dios.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón<sup>[8]</sup> y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de*

*Abraham* (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

# Notas

[1] enfermedad epidémica descubierta en Esperia (Italia) en el mes de agosto de 514.  
(*N. del Ed.*) <<

[2] cachorro de perro; perrito (en idioma *cree*). (N. del Ed.) <<



[3] Dése prisa, padre! (*N. del Ed.*) <<

[4] Cierta tribu India llama «barís» a los mestizos de perro y de lobo. (*N. del T.*) <<

[5] querida (en idioma *cree*. (*N. del Ed.*) <<

[6] Por los mil cuernos del diablo! (*N. del Ed.*) <<

[7] Tienda india. (*N. del T.*) <<

[8] *Voz cree* que significa inflamación de una herida por envenenamiento de la sangre.  
(*N. del T.*) <<

[9] Muy probablemente deformación de «Viernes Santo» o «el vientre del Espíritu Santo», modificado para evitar la blasfemia. O, alusión a los monjes de «ábito gris» como los franciscanos. (*N. del Ed.*) <<

[10] perro originario de la zona ártica, una de las razas más antiguas dentro de los perros de trineo. Como perro de trineo es naturalmente fuerte. Es capaz de cargar pesos considerables (hasta 20 kg) durante decenas de kilómetros. Se caracteriza por presentar una abundante y espesa capa de pelo que cubre un cuerpo fuerte y musculoso. Su presencia, siempre con la cabeza erguida, le dota de cierto aspecto imponente que da la impresión de ser un perro muy serio. Sin embargo esta apariencia no está reñida con un carácter afable y juguetón con sus dueños. (*N. del Ed.*) <<



[11] Osezno negro y sin rabo. (*N. del T.*) <<